

MIS (primeros)

400

LIBROS

Cuándo, dónde, cómo y por qué los escribí.

Memorias literarias de
Jordi Sierra i Fabra

sm

www.literaturasm.com



Dirección editorial

Elsa Aguiar

Coordinación editorial

Paloma Jover

Coordinación de diseño

Lara Peces

Diseño de cubierta

Lara Peces y Marta Mesa

Diseño de interiores y maquetación

Atelier Villar+Vera

Foto

Javier Calbet / Archivo SM;

Jordi Sierra i Fabra; EFE;

THINKSTOCK; Francesc Gómez

© Jordi Sierra i Fabra, 2012

www.sierraifabra.com

© Ediciones SM, 2012

Impresores, 2

Urbanización Prado del Espino

28660 Boadilla del Monte (Madrid)

www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE

Tel.: 902 121 323

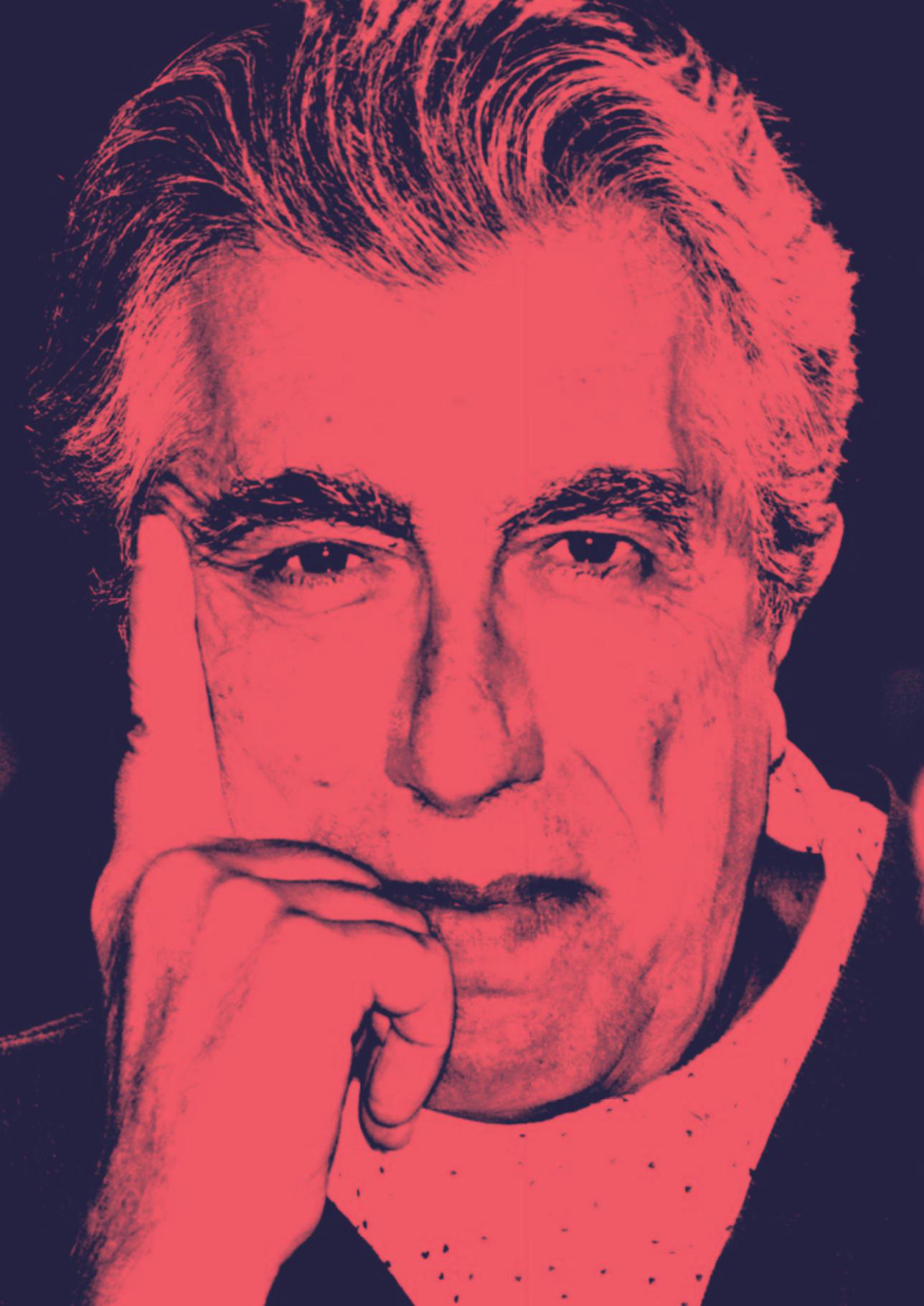
Fax: 902 241 222

e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Í N D I C E

p. 5	PRESENTACIÓN. <i>Por Victoria Fernández</i>
p. 11	INTRODUCCIÓN
p. 17	PRÓLOGO
p. 38	LOS AÑOS ROCKEROS. 1971-1976 (<i>primera parte</i>)
p. 48	LOS AÑOS ROCKEROS. 1976-1982 (<i>segunda parte</i>)
p. 76	LOS AÑOS DE LA REFLEXIÓN. 1982-1985
p. 88	LOS AÑOS DE CRECIMIENTO. 1985-1992
p. 132	LOS AÑOS REALISTAS. 1992-2001
p. 202	LOS AÑOS DE LA LUZ. 2001-2012



P R E S E N T A C I Ó N

Por Victoria Fernández

Hace dos años (febrero 2010), esperando un vuelo en el aeropuerto de Barcelona y charlando sobre sus próximos proyectos, Jordi Sierra i Fabra me habló por primera vez de este libro que el lector tiene en sus manos: «Ya casi está. En 2012 cumpla 40 años como escritor. Llego a los 400 títulos y los tengo todos documentados. Sé cuándo, dónde y por qué escribí cada uno de ellos —ya sabes que tengo la manía de apuntarlo todo—, y me apetece contarlos. Echar la vista atrás y reordenarlo todo. Repasar mi vida, haciendo una especie de «memorias» (sin cotilleos personales ni nada de eso, claro) centradas en mis libros, en mi profesión de escritor... porque, en realidad, esa ha sido mi vida: escribir, escribir, escribir... Pero ¿tú crees que le interesará a alguien leer algo así?».

«Hombre —le contesté—, por falta de lectores no será. Diez millones de libros vendidos durante estos 40 años, debe querer decir que, en principio, tus libros interesan... aunque dependerá de cómo lo enfoques y cómo lo escribas. Porque, además, de unas memorias se suele esperar esa parte de intimidades personales y de ajustes de cuentas profesionales que añaden morbo a cualquier biografía, pero un repaso de 400 libros paso a paso... Para los estudiosos de la literatura, fenomenal (no andamos sobrados de documentación sobre autores en España, y menos sobre los que os dedicáis a la literatura infantil y juvenil). Para lectores menos especializados, no sé. Como proyecto, me parece interesante, pero arriesgado... ¿Y dices que los de SM se atreven a editarlo?».

«Sí, sí, ya está todo hablado. En 2012 sale».

Y aquí está. Y además con este breve prólogo, que no estaba hablado, y que acepté redactar cuando a principios de este año

me lo pidieron desde SM, encantada de participar en un proyecto, cuanto menos, atípico y por admiración y afecto: al propio Jordi, a sus editores y a lo que uno y otros simbolizan en el empeño que desde hace ya muchos años compartimos: el amor por la literatura y la promoción de la lectura entre niños y jóvenes.

Quede dicho de antemano, porque este no es (no podría serlo) un prólogo «profesional» al uso: hay demasiadas implicaciones personales que impiden el distanciamiento aconsejable cuando se busca la objetividad. Renuncio, pues, a ella, y advierto que esta es la presentación del libro de un amigo muy querido y de un escritor al que, repito, admiro.

Mucho más después de haber leído este *Mis (primeros) 400 libros. Memorias literarias de Jordi Sierra i Fabra*, que me ha sorprendido y me ha hecho reír –el humor, y especialmente ese saber «reírse de sí mismo», es uno de los rasgos personales más agradables de un Jordi que nunca ha dejado de ser aquel niño empeñado en ser escritor pese a tenerlo todo en contra–. Y me ha sorprendido porque el anunciado repaso minucioso de 400 libros ha resultado ser una **novela** ágil y amena, ambientada en la gris España predemocrática y con un arrebatador protagonista (el niño, el joven y el adulto Sierra i Fabra) empeñado en que nadie le robe sus sueños. La historia de una pasión, en definitiva, que arrastra página a página al lector, desvelando a la vez la «cocina literaria» de un autor, su azaroso itinerario por el mundo editorial y la fascinante forja de una personalidad limpia, directa y franca, apoyada en un «código ético» propio, que a él le gusta resumir en cinco palabras: «paz, amor, respeto, honradez y esperanza».

Todo ello se refleja en sus libros de prosa limpia y directa, ritmo torrencial y temáticas actuales y atrevidas –la violencia, la ecología, el pacifismo, la explotación infantil, el hambre, el paro, las drogas, los conflictos familiares, la anorexia, la homosexualidad, los malos tratos, la memoria histórica–, abordadas todas ellas con rotunda sinceridad, porque siempre escribe de asuntos que le interesan y siempre dice su verdad: «Como contador de historias, mi compromiso ha sido siempre firme y fiel con la vida, con los seres humanos, con la naturaleza y, muy especialmente, con lo que siento. Sigo escribiendo lo que me place, denunciando lo que no me gusta y haciendo que mis lectores se enfrenten a sí mismos, como si mis libros fueran un espejo en el que ellos se reflejan».

Probablemente sea esa autenticidad su secreto para conquistar a los lectores, adolescentes refractarios a los sermones bienintencionados de tanta pseudoliteratura «educativa» y paternalista, que han ido encontrando en sus historias la voz de un «colega» que los trata de igual a igual, dispuesto a llamar a las cosas por su nombre, fácil de leer y siempre original e imprevisible en sus propuestas, porque no hay género que se le resista: ciencia ficción, novela negra, intriga, humor, fantasía, poesía, biografía, amor, aventuras... Un narrador nato, versátil y cómplice

que nunca defrauda, y al que leen con gusto, e incluso siguen como fans, con auténtica devoción.

«Prolífico» es uno de los adjetivos que más se han utilizado para calificarle, demasiado a menudo con algún desdén, desde ciertos círculos literarios. Él, claro, no se lo ha tomado como un agravio; su amplia producción le parece natural: «¡Pero si yo me dedico a esto! ¡No hago más que escribir! Y no me gusta perder el tiempo».

Entrenado a escribir desde niño, con una gran capacidad de fabulación, facilidad para concentrarse en la escritura en cualquier situación, y con un inevitable carácter compulsivo que le obliga a estar siempre en activo, no es de los autores a quienes les aterra la hoja en blanco. Él suele tener dos o tres novelas en marcha a la vez (y otras muchas ideas en la cabeza), que acaba de un tirón o toma y deja, a impulsos, según las historias «se lo piden». Su peculiar sistema de trabajo es uno de los aspectos más fascinantes y mejor reflejados en este *Mis (primeros) 400 libros*. Y hace presagiar que, con la marcha que lleva, la próxima edición revisada podría llevar por título *Mis (primeros) 1.000 libros...* ¡Al tiempo!

De cualquier manera, el mencionado desdén de algunos círculos críticos –desconocedores de su obra y, en general, de la interesante producción de literatura infantil y juvenil española, que desprecian por «menor»– no se compadece con el aprecio que los especialistas que componen los jurados de los premios literarios le han demostrado, otorgándole prácticamente todos los que se convocan en España en la especialidad de literatura infantil y juvenil. 30 ha coleccionado hasta ahora (31, pues en el momento de escribir estas líneas le acaban de conceder el Cervantes Chico 2012 por toda su obra y por su contribución a la literatura infantil y juvenil), desde su primer Gran Angular en 1980 (*El cazador*) hasta el Barcanova de 2011 (*L'estrany*), pasando por el Nacional de Literatura Infantil de 2007 (*Kafka y la muñeca viajera*) y El Barco de Vapor 2010 (*Historia de un segundo*), junto al Villa de Bilbao 1975 (*La revolución del 32 de Triciembre*), el Ateneo de Sevilla 1979 (*En Canarias se ha puesto el sol*) y el Ciudad de Torre vieja 2011 (*Sombras en el tiempo*), en el ámbito de la literatura para adultos. Sin olvidar que ha sido elegido por dos veces candidato español al Premio Andersen, el «Nobel Infantil-Juvenil» (2006 y 2010), y que desde 2011 es miembro del Patronato del Instituto Cervantes, siendo el primer autor de literatura infantil y juvenil que merece este reconocimiento.

Un currículum apabullante, en fin, para un autor inclasificable que, a los 57 años, decidió «devolver» a la sociedad algo de lo mucho que la vida le ha dado, creando dos fundaciones para ayudar a jóvenes que quieren ser escritores. Una en Barcelona, Fundació Jordi Sierra i Fabra, y otra, Fundación Taller de Letras Jordi Sierra i Fabra para Latinoamérica, en Medellín, Colombia, su país de adopción, que ya ha conseguido el reconocimiento internacional

con el Premio IBBY- Ashai 2010 de Promoción de la Lectura. Además, desde la fundación en España, y en colaboración con la Fundación SM, se convoca desde 2005 el Premio Jordi Sierra i Fabra para escritores menores de 18 años, que él mismo controla y dinamiza (apoyado, como en todo, por su cómplice Antonia), atendiendo personalmente y con total entrega a todos los chicos y chicas que envían sus originales. Uno de sus proyectos más queridos, que pronto crecerá en internet, es una revista literaria *on-line*, *La Página Escrita* (título también de otro de sus libros atípicos: un «método de escritura», el suyo, publicado por SM en 2006), que albergará las colaboraciones de jóvenes escritores.

De todo ello, y de mucho más sin duda, se enterará el lector en estas originales *Memorias*. Doy fe de su autenticidad y de que retratan fidedignamente al auténtico Jordi Sierra i Fabra. Un lujo de escritor y un lujo de persona. Y, como a las claras queda, también un querido amigo.

Victoria Fernández, agosto de 2012



HOY

I N T R O D U C C I Ó N

Titular un libro como yo he titulado este puede tener muchas lecturas. Posiblemente la mía sea la más inocente. Siempre he dicho que escribo muy en serio pero que, en lo que a mí respecta, aunque mi vida sea escribir, separo y guardo distancias. Trato de reírme de mí mismo; descubrí hace años que es sanísimo. ¿Con lo de «Mis (primeros) 400 libros» hago una broma? ¿«Amenazo» con 400 más? ¿Le guiño un ojo al destino? ¿Busco el aplauso de los acólitos mientras provocho a los irredentos? Lo único cierto es que, habiendo llegado a esa cifra, ¿por qué no gritarlo (aunque sea en voz baja), con el orgullo justo y la sonrisa feliz del que sabe, como dijo Woody Allen, que los hitos están para ser superados?

No tengo estudios, ni cultura académica, ni he pretendido nunca ser lo que no soy. Lo de los estudios me ha perseguido toda la vida. De niño leía libros de alquiler, a cincuenta céntimos. Libros de consumo. Nadie guió mis pasos lectores y de la nada, ya en la adolescencia o primera juventud, salté de Dostoievski a Hemingway o de Faulkner a Stendhal sin más razón que mi instinto compulsivo. Y aunque leía mucho, nunca fue suficiente. Nunca es suficiente. De mayor compensé mis carencias educativas viajando. Descubrí que cada ser humano, ya sea un rockero famoso o un pescador polinesio, es un mundo en sí mismo y un gran libro abierto. Aun así, no fue triste. Leer me salvó la vida. Leer, sea una novela buena o mala, es un regalo. Pero aún hoy, cuando en una conversación hay gente más lista, preparada o inteligente que yo, lo cual suele suceder a menudo, me callo. No siento vergüenza, pero sí humildad ante mi incultura. Sé de dónde vengo y lo que he trabajado para llegar hasta aquí. Haber escrito 400 libros de todos los géneros, me permite alguna licencia. Como, por ejemplo, creer que uno a uno forman

unas memorias, el legado de una vida o parte de una vida, porque la palabra «primeros» entre paréntesis no es solo una esperanza, sino una firme voluntad de seguir hasta el último aliento. Por suerte, de escribir no te jubilan; depende de ti, de tus capacidades físicas y mentales. Morir haciendo lo que a uno le gusta debe de ser reconfortante.

Quien espere encontrar en este libro una biografía típica se equivoca. No van a aparecer chismes de mi época como director de revistas de rock ni detalles que no estén relacionados con mi vida de escritor. Son unas «memorias literarias», es decir, un repaso a una existencia vinculada siempre a la literatura, una vida dividida en 400 y pico partes, aunque en las primeras páginas sí haya un amago de biografía, para explicar por qué me hice escritor y cuáles fueron mis primeros pasos, qué me impulsó y qué me guio. Cada libro es una historia; cada historia, una epopeya. Eso es lo que hace fascinante este «trabajo». No hay una novela igual a otra: las editoriales son distintas, el trabajo previo es diferente, las personas, los viajes... Además, nunca he querido repetirme, escribir dos novelas policiacas seguidas o cansarme con un registro, un tema o un personaje. En este sentido he mantenido y alimentado al niño que hay en mí, porque es la única forma de que los años no te pesen.

¿Por qué unas «memorias», y por qué «literarias»?

No me han dado el Premio Nobel. Nunca me lo darán. No soy famoso pese a mis muchos premios y pese a haber vendido diez millones de libros en cuarenta años. Entonces, ¿por qué escribo esto?

Para poner orden en estos (primeros) 400 libros. Por eso. Orden y rigor ante posibles errores o interpretaciones equivocadas de historiadores o críticos futuros. Y para dejar constancia de que los hice, y cómo y cuándo y por qué y hasta dónde los preparé o escribí.

Nunca pensé que mi manía de apuntar las fechas, los lugares donde desarrollé tal o cual guion previo y hasta el número de páginas escrito día a día de cada una de mis obras fuera a servirme de algo. Jamás pensé en hacer un libro como este. Hoy me alegra haber sido tan minucioso. Se puede ordenar mi vida, hacer un diario completo, con las fechas que aparecen aquí y a través de los créditos de cada libro. Cualquier lector se dará cuenta con ello de que me he pasado esa vida (al menos desde los veintidós años) haciendo lo que me gusta: pensando, preparando guiones y escribiendo libros. Me encanta cocinar cada detalle, sentir que surge de mí. Ese es el placer del escritor, no del que escribe simplemente para comer. Jamás he dado un texto a un «secretario» para que lo «pasara a máquina». He trabajado siempre solo. Soy puñetero hasta en eso. El placer de ver nacer y crecer una obra es algo que va más allá de todo. Soy el único responsable de cada cosa que he escrito originalmente (traducciones aparte, es obvio). A lo largo de cuarenta años han surgido voces que afirman que si se escribe tanto es imposible escribir bien. Ray Bradbury decía: «Cantidad es igual a calidad. Cuanto más escribo, mejor escribo. La cantidad da



experiencia, y solo de la experiencia puede surgir la calidad». Yo me quedo con eso. He sido (soy) compulsivo, y esto es parte de mí. Me pertenece como una segunda piel. Otra frase memorable de Ray Bradbury: «En la rapidez está la verdad. Cuanto más deprisa escribas, más sincero serás». Yo siempre he sido muy, muy rápido, sobre todo por haber venido del periodismo, aunque fuese musical, y haber hecho de *freelance* algunos años. Creo en la sinceridad de la rapidez, sin artificios, natural y libre. Y una más: «Cuanto más hago, más quiero hacer. Uno se vuelve voraz. Le entran fiebres. Conoce júbilos». En realidad, Bradbury tiene un sinfín de frases memorables que deberían conocer, ante todo, los futuros escritores: «Al escribir uno recuerda que está vivo y que esto es un privilegio»; «Si no escribiese todos los días, uno acumularía veneno y empezaría a morir, o a desquiciarse»; «Uno tiene que mantenerse borracho de escritura para que la realidad no lo destruya»; «El primer deber de un escritor es la efusión, ser una criatura de fiebres y arrebatos»; «Soy una rareza de feria, el hombre con un niño dentro que lo recuerda todo»; «Más que pensar mucho en mi camino, he hecho cosas y he descubierto quién era y qué era después de hacerlas»; «Escribo todas mis novelas en un chorro de pasión deliciosa»; «Hay escritores que tardan años en dar con la historia original que llevan dentro; otros, apenas unos meses»...

Yo las firmo todas.

Y añado esta otra frase que dijo Isabel Allende: «La vida es puro ruido entre dos silencios abismales».

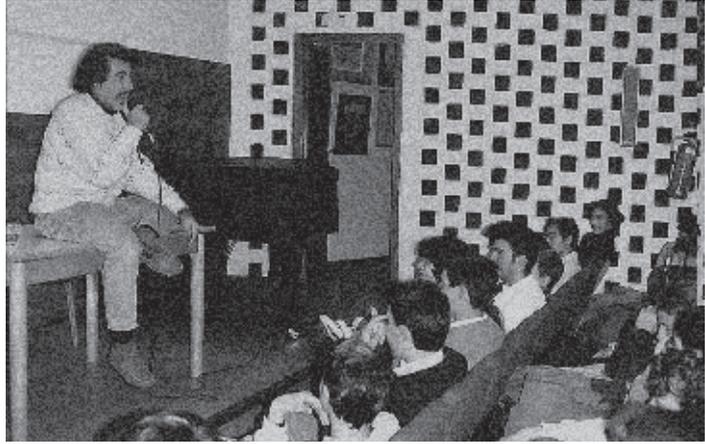
¡Pues a hacer ruido!

A la hora de preparar estas memorias me enfrenté con un problema: de qué forma presentar esos más de 400 libros escritos. Había tres: ordenarlos a medida que hice los guiones previos, ordenarlos a medida que los fui escribiendo u ordenarlos a medida que se iban publicando.

La primera no me sedujo. Hay libros que he escrito muchos años después de haber hecho el guion previo, aunque para mí ese guion es el libro casi en un 90%. La tercera tenía el mismo problema, y agravado, porque muchos libros que he escrito y que han sido importantes en mi proceso, sobre todo los fracasados, nunca han sido publicados. Yo necesitaba hablar de ellos para mostrar toda mi evolución, las luces y las sombras. Así que la única forma real de presentar el recorrido era la segunda: hacerlo a través de lo escrito y en orden. De ahí que en cada libro destaque cuándo hice el guion previo y cuándo fue editado. Para mí son detalles muy relevantes, esenciales, aunque para un posible lector lo sean menos. Situar, además, cada novela en su contexto histórico, en su año, es muy importante a la hora de valorarla. El tiempo nos da la medida de todo, y un libro pertenece siempre al momento en que fue creado. Imagino, por otra parte, que todos los que defienden que hay que tardar años en «escribir» un libro, y revisarlo decenas de veces, se escandalizarán viendo el tiempo de trabajo de muchas de mis obras. Pero para mí el tiempo de trabajo real siempre es el previo,

El día de Sant Jordi en Barcelona y la Feria del Libro de Madrid son citas a las que Jordi no ha faltado en más de 30 años, fiel a sus lectores.

Jordi en un encuentro
en Guadalajara
(España) al día
siguiente de morir
Freddie Mercury.



no el de la escritura en sí. Soy compulsivo e intuitivo. Muchos grandes, al morir, han abominado de sí mismos por haber hecho tan pocos libros en su vida. Tarde para arrepentirse. Una vida ha de servir para ser saciada y colmada. Si solo hubiera hecho un libro al año me habría muerto de aburrimiento. No digamos ya un solo libro en dos, tres, cinco años. Quizás no sea un «escritor», solo un «contador de historias». Quizás. El mundo de la literatura está lleno de palabras grandilocuentes y personajes que se miran el ombligo y pontifican sobre los demás, lo divino y lo humano, lo que está bien y lo que está mal. Olvidan, seguro, lo más importante: que escribir es una gozada. La mejor. Los que «se duelen» escribiendo tienen la sana opción de dejarlo. ¿Son masoquistas o queda muy bien decir lo mucho que han sufrido haciendo una novela? Yo nunca he querido ni he sabido mentir. ¿Para qué? Lo que hay es lo que hay. Saber comunicar es un don; contar una historia que llegue a los demás, un privilegio. La cultura de la crítica y el desprecio son habituales para enmascarar la impotencia propia. El respeto suele olvidarse o ignorarse como defensa natural. Incluso el lenguaje de estas *Memorias* es, ante todo, coloquial. Se trata de contar algo, nada más.

La primera persona a la que hablé de la posibilidad de hacer este libro fue Elsa Aguiar, mi amiga y editora de SM. Su entusiasmo fue también parte de mi decisión. Si una vida está formada por una larga serie de eslabones, los míos siempre han tenido también un rostro humano que ha hecho de esta cadena un paradigma de libertad. Dar las gracias sería largo, pero entre estas páginas se cita a la mayoría.

Jordi Sierra i Fabra



P R Ó L O G O

1

El 22 de septiembre de 1955, mi madre entró a curiosear una casa en construcción en el n.º 20 de la calle Gomis, casi debajo del viaducto de Vallcarca. Llevábamos más o menos un año viviendo en el n.º 4 del Paseo del Valle de Hebrón (hoy Plaza de Alfonso Comín), desde que dejamos la casa de mi abuela por el enfrentamiento con mi tiastra, de la que hablaré más adelante. No teníamos dinero; no hacía mucho que mi padre, ahogado por las deudas, había querido saltar por la ventana en un arrebato de locura el día que le robaron el sueldo en el autobús, así que no podíamos comprar un piso ni en sueños, solo pagar un alquiler mínimo; pero aquel día, al salir del colegio, mi madre entró en ese edificio para ver los pisos y mi vida cambió por primera vez. Yo iba leyendo, como siempre. Debía de ser el *Pulgarcito*. No me fijé en nada salvo que en el exterior de la casa había un patio. Le dije de pronto que me iba a leer o a jugar fuera y eché a correr.

Atravesé una puerta de cristal muy grueso, prácticamente irrompible.

Yo tenía ocho años y era un arquetipo de mi tiempo, enclenque, con las costillas marcadas. Comía carne una vez a la semana y pollo por Navidad. Lo único que recuerdo del impacto fue que caía, caía, caía envuelto en miles de luces brillantes. Y esa caída duró una eternidad. Mi siguiente recuerdo es el de mi madre y una pescadera que me arrastraban por la calle y llamaban a un taxi mientras yo exclamaba: «¡Que peste!», por el fuerte olor a pescado. Y es que tenía la nariz colgando de un hilo, un corte en la mejilla derecha, otro en la comisura del labio, otro en la cabeza y una docena más repartidos por todo el cuerpo, aunque el peor era el del brazo izquierdo, a lo largo, con los tendones de la mano cortados.

Me llevaron a una farmacia. De ahí, al dispensario de la Mutua General de Seguros, en la calle Balmes con Gran Vía, donde trabajaba mi padre. Cuando entró y me vio ensangrentado, lo único que se me ocurrió decirle, aterrado, fue: «Perdona, he roto un cristal», consciente de que se lo harían pagar y no teníamos dinero. El dolor era lo de menos. Me hacía más daño eso. Del dispensario me llevaron, por fin, al Hospital Clínico. Tuve que esperar mucho rato, al lado de un chico con un cuchillo clavado en el estómago, a que decidieran cuál de los dos estaba peor. Mientras, me iba desangrando. No recuerdo quién ganó. Lo que sí sé es que un tal doctor Suñol me salvó el brazo y la movilidad de la mano: llegó a tiempo de cogermelos tendones, ya encogidos al límite, y cosérmelos. Pasé tres horas en el quirófano, vi el hueso de mi brazo, vi cómo me quitaban cristales minúsculos de todas partes, reí cuando me cosieron el corte de la planta del pie y grité de dolor cuando me hundieron enormes agujas en la cara para dormirme el rostro. Finalmente, convertido en una momia y colgado de alambres, pasé a una habitación en la que había un chico de dieciocho años, sin piernas debido a un accidente de moto, que se pasó los días siguientes sin hablarme, absorto frente a su fatalidad.



*Para ser escritor
el tiempo no cuenta,
solo la paciencia
y la formación
personal.*



Lo único que quedó a salvo fue el brazo derecho. Y con él, un cartón, un papel y un lápiz. Un día, para superar el aburrimiento, escribí mi primer relato.

Aquel día descubrí dos cosas fundamentales: la primera, que escribiendo yo no tartamudeaba (porque era un tartamudo duro, duro de verdad, de hacer gestos y quedarme bloqueado sin respirar); la segunda, que escribir es algo solitario, propio, individual, y que nunca, nunca, has de hacer caso de nadie, ni en lo bueno ni en lo malo.

Lo de no tartamudear fue una revelación. Mi mano fluía. Las ideas que vertía mi mente se convertían en letras, palabras, frases, y no se detenían, formaban un dulce torrente. Estaban unidas. Mano y mente en un todo armónico. Era capaz de vomitar incesantes parrafadas, exactamente iguales a las que leía en todo lo que pillaba.

Mi primer relato se tituló «Asalto al First National Bank». Lo mismo que libros, devoraba películas los fines de semana en los cines de barrio, programa doble; y en las pelis de gánsteres en blanco y negro siempre salía el First National Bank. Unos ladrones lo robaban y al escapar se despeñaban por un barranco. Aquella «novela» tenía tres páginas. Se la di a mi padre en busca de su aprobación y una palmadita en la espalda, y él, tras leerla, la rompió, me dijo que no hiciera tonterías y que aprovechara la convalecencia para estudiar matemáticas, su eterna monomanía.

Jamás volví a enseñar nada a nadie, ni a mis amigos, ni a las chicas con la ilusa pretensión de impresionarlas. Nunca. Esa fue mi gran lección. Por eso hoy me duele que tantos chicos y chicas



Portadas de los libros que escribía Jordi entre los 10 y los 12 años, con más de cien páginas cada uno, todos policíacos.

den lo que escriben a sus amigos, familiares, profesores o a mí, buscando una opinión, un aliento, una esperanza, o lo cuelguen en internet deseando que alguien lo lea. Como decía Ray Bradbury, «todos deseamos que alguien más listo, más fuerte y más alto nos aliente», pero ese no es el camino. El camino es escribir y formarse, con tiempo y paciencia, hasta llegar a una madurez en la que tengamos criterio propio para saber si algo está bien o está mal, o si merece ya la pena el riesgo de presentarlo a un premio o a una editorial. Si a los quince años un chico o una chica escribe un libro, nadie puede asegurarle que vaya a ser escritor: depende de él. Pero si ha tenido el valor de escribirlo, ese es el primer gran paso, no que sea bueno o malo. Para ser escritor el tiempo no cuenta, solo la paciencia y la formación personal. No hay que hacer caso a los que te halagan, y menos a los que te ignoran o humillan. Mi padre, el tipo que más influyó en mi infancia y mi juventud, precisamente por su oposición a que escribiera me dio, sin saberlo, mi primera lección.

Y la entendí.

A partir de aquel accidente, pasé las horas que robaba a los estudios o a los recreos escribiendo, dibujando, jugando con las palabras. Mis primeras novelas, hasta los doce años, tuvieron ya más de cien páginas. También inventaba crucigramas (normales, silábicos, rómbicos), damerogramas, rayagramas, diagramas, pasatiempos diversos, jeroglíficos simples o largos (me encantaba contar historias con signos en lugar de palabras), saltos de caballo, letragramas, signogramas, letras movedizas, cuadrogramas y un largo etcétera. Como leía novelas baratas, copiaba su formato, pequeño, de bolsillo, así que primero me hacía el libro de ciento veinticinco páginas, al mismo tamaño, y luego lo escribía. Igual que tener primero el marco y luego hacer la pintura. Inventé una editorial, le ponía la «calificación de asesor moral» (la censura de la época), los «títulos editados», los de «próxima aparición»... Era un niño jugando, pero también un ser humano forjando un sueño. Todo esto lo conservo en mi casa. Es mi historia. Por eso me resulta fácil contarla, porque no uso la memoria, sino las pruebas, con fechas incluidas. Aquí toca hablar de una de mis posibles «virtudes»: siempre fui un optimista nato. Por ejemplo, ¿por qué guardo todo, todo lo que siempre he hecho, o he coleccionado mis gafas, mis relojes, mis mesas o demás peregrinas posesiones? Porque un día un maestro nos llevó a un museo y, al ver el original de un texto, dijo con énfasis: «¡Esto lo hizo el autor, es un documento histórico!». Y yo, plenamente trascendente, pensé: «Ah, o sea, que yo he de guardar todo lo que escriba para que un día esté en un museo...». No sé si eso denota inocencia, sueños de grandeza, convencimiento o ilusión infantil, pero sí sé que era y es la prueba de que me sentía un romántico. Yo quería viajar, hacer algo, formar parte del mundo de la literatura como Verne, Salgari o Kipling. No quería que me contaran películas: quería estar yo en las películas. Y claro, con un padre que me decía constantemente: «Somos pobres, eres



Arriba:
Portada de la obra
teatral «La venganza
de don Mendo»,
el libro que más
hizo reír a Jordi
en la infancia.

Página siguiente:
El Capitán Trueno,
junto a Rip Kirby
y Flash Gordon,
fueron sus héroes
cuando era un niño.

tartamudo... Estudia, estudia o serás como yo, un don nadie», lo tenía difícil.

Lo de la autoestima no se daba en los años 50, y menos con un derrotado de la guerra lleno de miedo. Había que nacer con ella. Nunca me sentí querido, mis padres no eran dados a alabanzas ni a caricias. Siempre me sentí solo hasta que el amor me completó y me casé.

En mi colegio no había biblioteca, ni en mi barrio, y sin embargo yo leía prácticamente un libro al día. ¿Cómo? Mis vecinos me daban pan seco y periódicos viejos del día anterior, y un trapero me los compraba por dos reales, media peseta. Era lo que costaba alquilar un libro en una librería de segunda mano que había en la esquina de Valle de Hebrón con Gomis. Para mí, aquella librería llena de libros viejos era mejor que una pastelería. Incluso en el olor. Los libros de alquiler buenos costaban cinco pesetas. Por dos reales solo podía alquilar los cutres y horteras (como yo), de gánsteres, del oeste, de marcianos... No me importaba. Así que me gustaría decir que mis raíces literarias provienen de Chéjov, Stendhal, Dostoievski o Hemingway, pero mentiría. A ellos los leí mucho más tarde. Mis maestros en la infancia fueron Silver Kane, Donald Curtis, Keith Luger, Clark Carrados, Fidel Prado y otros. Yo creía que eran autores americanos buenísimos. Con los años descubrí que eran jóvenes españoles que escribían esos libros en un par de días para poder comer, a destajo, y así fue como Silver Kane se transmutó en Francisco González Ledesma, hoy amigo, maestro, consultor y casi padre literario, al que respeto y admiro, pero al que, sobre todo, quiero.

Leer me salvó la vida. Nunca fui un buen estudiante, pero sí un buen lector. Mi padre y mis maestros me metían tanto en la cabeza que las matemáticas lo eran todo que crecí temblando ante ellas, odiándolas. Nadie me dijo que eran un juego (lo son). Cuanto más duro se me hacía entenderlas, más inútil me sentía. Por suerte, mi rabia fue siempre positiva: la de creer que un día mi destino estaría en mis manos. Los golpes me hicieron siempre más fuerte. Las palizas solo provocaban heridas o sangre. También cuenta que fuese Leo. El orgullo está dentro, no hace falta agitarlo como una bandera. Jamás dije en casa que sufría maltrato escolar. Si me rompían un jersey era porque había marcado un extraordinario gol. No quería avergonzar más a mi padre.

Además de leer novelas cutres y horteras, leía tebeos y cómics. Mis héroes fueron el Capitán Trueno, Flash Gordon y Rip Kirby (Flash y Rip, obra de Alex Raymond, aunque luego a Flash lo dibujase aún mejor Dan Barry). Luego estaban *Hazañas Bélicas* y *El Jabato*. Mis primeras novelas fueron policíacas y con el modelo de detective tipo Rip Kirby (él aparece en la portada de uno de mis libros de entonces). Las escribía, dibujaba y encuadernaba: *Venganza para cinco*, *Trece horas*, *Los rubies robados*... Le ponía la fecha a todo, así que están documentadas. También dibujé cómics: me hacía revistas copiando las mejores historietas ajenas, e inventé



a la Familia Pepe, con mis propios personajes. No leí buenos libros hasta los catorce, quince o dieciséis años. Verne, Salgari... lo que pillaba. Mi primer maestro «serio» fue Edgar Rice Burroughs y sus novelas de Tarzán. De él aprendí el ritmo, la forma de cortar capítulos, de crear clímax y ambientes. Mi héroe infantil, en cambio, fue el Guillermo Brown de Richmal Crompton. También devoré a Enid Blyton. Con dieciséis años descubrí *El filo de la navaja*, de William Somerset Maugham, y esa novela me impactó: yo quería ser como el protagonista, una buena persona. Fue uno de mis primeros espejos. Me juré que un día iría al Tíbet como él, que iba a encontrarse a sí mismo. Y fui. Con cuarenta años, pero fui, aunque por aquel entonces ya no me buscaba. Otro libro básico fue *El manantial*, de Ayn Rand. Howard Roark, el arquitecto protagonista, era capaz de destruir su propia obra antes de que fuera pervertida y manipulada. Era la máxima defensa de la libertad creativa que jamás había visto, y también un canto y un grito al valor propio. Lo convertí en otro modelo a seguir. Y aunque las respectivas películas, con Tyrone Power y Gary Cooper, distaban mucho de tener la fuerza de las novelas, debo de haberlas visto una docena de veces cada una. Esos eran mis héroes: rebeldes solitarios.

En mi colegio
no había biblioteca,
ni en mi barrio,
y sin embargo
yo leía prácticamente
un libro al día.

El libro que más veces leí hasta los diecisiete o dieciocho años, sin embargo, fue *La venganza de don Mendo*, porque era lo más divertido que había visto jamás. Otro libro de cabecera fue *Las mil y una noches*. Aún lo conservo. Por supuesto que estaba censurado, no era una traducción del original, pero tenía ilustraciones muy sugestivas, al gusto de los años 20 o 30, ilustraciones de huries vestidas con gasas y tules, bajísimas faldas por debajo del ombligo y sujetadores. Por primera vez vi el cuerpo de una mujer «casi» desnudo: hombros, cinturas... Para ser un libro de los años 50, era un milagro.

A los doce años tuve un encontronazo con la profesora de lengua. Era normal que lo pasara mal en clase de matemáticas, pero en lengua... Un par de años antes, uno de los profesores de matemáticas me sacó a la pizarra y me preguntó cuánto eran dos y dos. Para un tartamudo, decir «cuatro», «cua-tro», es un infierno. Todas las palabras que empiezan por C, P o T son terribles. Nunca podía pedir las tres bebidas que más me gustaban:

Charla en un colegio
de Medellín, Colombia.



Coca-Cola, Pepsi-Cola o TriNaranjus. Así que aquel día en que yo tenía diez años, respondí: «Cua-cua-cua...», y el maestro dijo que parecía un pato. Todos se rieron mucho. Menos yo. Tiempo después, en clase de lengua, la maestra mandó una redacción: tres folios, tema libre. En lugar de hacer lo típico, «Mi mamá me mima» o «Es primavera, qué bonito», escribí el cuento de un marciano verde, peludo, baboso y viscoso que bajaba de Marte a la Tierra y se perdía (de hecho, yo escribí *E. T.* a los doce años; Steven Spielberg me lo copió y encima se forró, el muy caradura). Cuando la maestra leyó mi cuento se puso más verde que el bicho, me dijo que era un burro y, sin el menor sentido del humor, más bien ofendida, me puso un cero. Con un cero mi padre me mataba, así que protesté: no había faltas (leía cada día), había escrito seis folios y, además, mi vocabulario era elevado porque siempre buscaba palabras nuevas en el diccionario, y no por raro, sino para mis libros. No tuve más remedio que decir, por primera vez y en voz alta, que yo quería ser escritor. Su respuesta fue contundente, tanto que marcó mi infancia. Me dijo: «¿Tú escritor, Sierra? Mira, hijo, mejor te buscas un trabajo, porque eres un inútil y lo serás toda tu vida. No sueñes».

La última parte fue lo que me hizo más daño. Si a los doce años no puedes soñar...

Aquel día jamás lo olvidaré. Me fui llorando a mi casa, me encerré en mi cuarto y grité: «¿Alguien cree en mí?». Mi padre no me dejaba escribir y en la escuela decían que no servía para nada. Según los demás, yo era tonto, tartamudo... Pero los demás no estaban en mi cabeza, y ese día descubrí que sí, que había alguien que sí creía en mí: YO. De ahí partió mi primer reto: hacer un libro gordo. Era un niño. Escribía libros de cien páginas y me parecía algo natural, sencillo. En el colegio solo leíamos el *Quijote*. Cada año. Yo lo odiaba. Pensé que un libro gordo sería mucho mejor libro, puesto que los otros los hacía muy fácilmente. Y durante dos años o más escribí *Las memorias de un perro*, mi primera «gran» novela. La terminé con quince y ya tenía muy claro que yo sería escritor. No sabía si rico, famoso... Eso me daba igual. El arte no se mide por el éxito o el dinero, se mide por lo que sientes al hacerlo. Y yo escribiendo era el tío más feliz del mundo.

A partir de aquí llegaron mis novelas iniciáticas: *Relatos fantásticos*, *Sombras*, entre los quince y los dieciocho o diecinueve años, antes o justo en el momento en que la música se cruzó en mi vida...

Pero primero volvamos un poco atrás.

2

Nací en Barcelona, el 26 de julio de 1947.

Mis recuerdos de infancia son grises. Blanco, negro y gris. Yo mismo vestía de gris. No recuerdo que en aquel tiempo hubiera colores. Yo era un niño como todos, feliz. Más tarde, cuando supe lo que me robaron, entendí la inocencia de la infancia.

Mi padre hizo la guerra. La perdió. Por lo poco que sé, se ocultó y gracias a un vecino salvó la vida, aunque tuvo que cumplir tres años de servicio militar con Franco. Digo «por lo poco que sé» porque murió sin contarme nada de su pasado. Mi padre vivió siempre con un miedo que yo jamás entendí. En el poema que escribí tras su muerte le pregunto quién le puso tanto miedo en el corazón que acabó por rompérselo. Siempre creí que era culpa mía, que su melancolía y su tristeza se debían a mí, por no haber respondido a sus expectativas. Con casi cuarenta años y él muerto hacía mucho, supe la verdad: mi padre era hijo ilegítimo y tenía una familia que no quería saber nada de él (ni de mí, por supuesto). Solía decirme que no destacara en nada, que bajara la cabeza, que no fuera contra corriente (¡eso en los años 60!), que cuando fuese al servicio militar me limitase a cumplir, que no hablara catalán... Y siempre me recordaba que éramos pobres y yo tartamudo, o sea que no podría trabajar en nada de cara al público y eso me limitaba mucho. Mi vida se presentaba como un túnel largo y oscuro. Un túnel por el que me negué a pasar. Sin saber por qué, yo crecí odiando los uniformes y las armas, las banderas, las palabras abstractas como «Dios», «patria» y «honor», la violencia (toda violencia, fuese de los toros, futbolera, conyugal o callejera). Iba a misa los domingos, comulgaba los primeros viernes de cada mes, formaba parte del engranaje de la época, pero para mí una cosa

era el Dios que imaginaba entonces, lleno de bondad, que nos iluminaba, y otra el concepto esgrimido por algunos, que lo empleaban como un hacha para cortar conciencias y cabezas, censurar y reprimir. Todo eso acabó a los veintiún años, en Madrid, cuando salí de una iglesia cuestionándome qué hacía en ella y decidí no volver jamás.

Descubrir ya de mayor la realidad de mi padre, una realidad que me ocultaron «para que no lo pasara mal», lo mismo que me ocultaban que mi tío Enrique, hermano de mi madre, estafador, no se iba de viaje sino que pasaba largas temporadas en la cárcel, no fue para nada traumático. Me liberó de mi peso y de mi culpa con respecto a él, pero me hizo comprender la clase de amargura que inundó su vida, a la que contribuí con mi desafío, mi sueño de ser escritor. Mi padre era bastardo. No me refiero al insulto, sino a la realidad. Fue el hijo ilegítimo, nacido en 1918, de un médico vallisoletano y una joven catalana que trabajaba haciendo bolsos.

Me quedé sin una identidad, sin un pasado, sin una familia. Cuando murió mi padre, mi abuelo todavía vivía. Vivió cinco años más. Y no le conocí. Que un nieto no conozca a su abuelo y un abuelo no quiera conocer a su nieto es amargo. Tampoco he conocido a mis tres tíos y tías ni a mis muchos primos, algunos periodistas, jefes de redacción de medios importantes... Pero ninguno escritor como yo. Me consuela saber que me llevé unos buenos genes de esa familia que no conocí

Cuando mi padre tenía diez años, a mi abuela la casaron con un primo que acababa de enviudar al nacer su hija. Hicieron un todo de dos mitades. Esa niña, mi tía Teresa, creció marcada por una frase: «Tu madre murió para darte la vida». Cuando mis padres se casaron y se quedaron a vivir en casa de mi abuela, los choques con mi madre y hasta conmigo fueron constantes. Cuando yo tenía siete años tuvimos que irnos.

Mi relación con mi padre siempre estuvo basada en los desencuentros. Cuanto más quería yo impresionarle, agradarle, que estuviera orgulloso de mí, peor me iba. Un día me pusieron un 3 en matemáticas y un amigo lo convirtió en un 8. Mi padre no se creyó ni loco que yo pudiera tener un 8 en matemáticas (su duda, aunque cierta, también fue humillante), así que me pilló. Jamás olvidaré su cara de frustración. Otro día me suspendieron un examen (de matemáticas, claro) y me encontré jugando al fútbol como si no me importase nada. Otra cara inolvidable. La única vez que vino a verme jugar al fútbol en un partido «oficial», fue el día que me rompieron la rodilla (la famosa tríada, ligamentos, menisco, etc.). Yo seguí jugando, cojo, por amor propio, y al terminar me dijo que había estado muy flojo. Nunca me operé de aquello porque, por un lado, el fútbol tampoco era lo mío y, por el otro, ya iba a ponerme a trabajar. Pero hubo otra razón: podía quedar ligeramente cojo. Siempre he tenido la rodilla izquierda más grande.



*Mi madre,
mujer de su época,
sin estudios,
que trabajó
desde la infancia,
me apoyó siempre.*





De tanto leer tebeos y copiar las mejores historietas a lápiz cada semana en sus cuadernos, Jordi creó sus propios personajes: la familia Pepe.

Cuando le dije que quería ser escritor (ser hijo único es duro), me miró fijamente y me preguntó: «¿Cómo se estudia eso?». Le contesté que no se estudiaba, que yo leía cada día, escribía cada día, y aprendía solo. Se puso serio y arguyó: «Lo que no se estudia, no se aprende». Ante mi insistencia, me gritó: «En España nadie lee. Te morirás de hambre. Hijo mío, eso, para comer, no da». Yo le dije que, aunque fuera poco, algo ganaría, ¿no?

No hubo forma. Me lo prohibió.

Desde entonces escribí siempre a escondidas: tenía el papel debajo del libro, lo hacía en el patio del cole, en el bordillo de la calle, en el váter... Por suerte, mis padres siempre respetaron mi intimidad y jamás registraron mis cajones, donde yo guardaba todo lo que hacía. Eso fue un milagro y por eso lo conservo. Jamás me he separado de ello. Pero si alguna vez yo insistía en mi sueño, mi padre se lamentaba y se llevaba una mano al pecho diciendo: «Me matarás de un disgusto». Murió tras dos operaciones de riñón y tres infartos.

Mi madre, en cambio, mujer de su época, sin estudios, que trabajó desde la infancia, me apoyó siempre. Pero no porque quisiera ser escritor, solo porque era mi madre. Si le hubiera dicho que quería ser buzo, me habría apoyado igual («Sí, hijo, sí, con lo pesado que eres, seguro que te vas al fondo sin escafandra»). Ella me compró la primera máquina de escribir, ya con diecisiete años, a plazos, sacando el dinero de la comida y a escondidas de mi padre. También me compró así mi primer tocadiscos. Para mí, fueron sus mejores inversiones. En el momento en que escribo esto tiene noventa y tres años y sigo «devolviéndole» mi agradecimiento por su buen ojo materno.

Mi primera escuela fue la Montessori de la calle Aribau. Cuando nos cambiamos de casa fui a una de la Avenida de la República Argentina, el Liceo Verdaguier, muy rara, porque estábamos todos los alumnos de todos los cursos en una misma planta, ¡y chicos y chicas, rarísimo entonces! Cuando se daba clase a los mayores, los pequeños nos enterábamos igual que cuando se daba clase a los pequeños y lo veían los mayores. Mis colegas fueron los hermanos Subieta. Mi padre estaba tan obsesionado con los estudios que el día que le dijo el director-único-maestro (un hombre de misa diaria) que yo era muy listo, se lo creyó, y me obligaron a hacer un curso, el segundo de bachillerato, en un verano. Mi padre no veía bien eso de que pasara tres meses sin estudiar... Arrastré ese despropósito hasta que tuve que repetir quinto para ponerme al día. Dejé esa escuela no mucho después y fui al colegio de El Salvador, cerca de casa, por donde pasa el tranvía azul que va al funicular del Tibidabo. Ahí viví el infierno del que antes he hablado. No tengo buenos recuerdos de esos años; pero guardo simpatías hacia una maestra, la señorita Sara, que me dio filosofía y me enseñó a pensar, y a un maestro, que me dio ciencias y desató (o quizás ya lo tenía) mi amor por los animales. Pero también conservo en mi memoria los golpes de algún que otro profesor.



Mis recuerdos literarios de ese tiempo, entre los trece y los quince años más o menos, son tres (aparte de los libros). Primero hice una revista de barrio, para contar lo que pasaba por allí. Edité un número y a la gente no le gustó que contara justamente «lo que pasaba por allí». La cosa acabó mal y eso dio pie a que muchos años después lo escribiera en un libro de la colección Víctor, *Noticias frescas*. Segundo, en el patio de un amigo llamado Jordi Badía representamos obras teatrales que yo escribía. Me parece que no pasamos de dos. Y tercero, con un viejo magnetófono grabamos obras «radiofónicas» también escritas por mí y con los papeles repartidos entre los de la pandilla. ¿Cómo ganábamos dinero? Pues llevábamos el magnetófono a casa de uno de nuestros padres (de los míos no, claro) o vecinos, se lo dejábamos 24 horas para que escucharan la obra, y luego lo llevábamos a otra casa. Creo que inventé el videoclub, aunque debería llamarlo gramófono-club-a-domicilio. Dinero, ganamos poco, pero reírnos... Los efectos especiales eran lo mejor. Un chasquido de regla sobre la mesa era un disparo. Me inventaba hasta la publicidad. El anuncio de la famosa «Laca Gamos» fue histórico. Nos pasábamos el día pidiendo «Laca Gamos» en todas partes y nos asombrábamos de que la gente no pillara la intención. Total, que una publicación callejera, teatro *amateur* y grabaciones de obras teatrales radiofónicas caseras fueros todos mis avales como futura estrella de la comunicación. Menos mal que mi padre nunca llegó a saber nada de eso.

Hoy creo que fue fundamental un detalle de mi infancia: pertenezco a la última generación de niños que creció sin televisor. Primero, porque éramos pobres (yo iba a ver la tele los sábados por la tarde a casa de mis primos por parte materna). Segundo, porque mi padre no compró uno hasta que yo tuve catorce o quince años (no recuerdo muy bien el momento) y tenía prohibido verlo porque debía estudiar matemáticas, matemáticas, matemáticas. Cuando él llegaba a casa por la tarde, lo primero que hacía era poner la mano sobre el aparato para ver si estaba caliente. Por el contrario, sí veía todo el cine posible. A veces dos o tres programas dobles, sábado y domingo más matinales, o estrenos (arriba, que era más barato). No es de extrañar que todas mis novelas puedan filmarse directamente, porque la mayoría son guiones de cine. Creo que he visto todo el cine que se ha hecho; una pasión que he conservado hasta el presente. Siempre he necesitado una película diaria antes de acostarme si estoy en Barcelona.

A los dieciséis años, junio de 1964, acabé el bachillerato superior, con reválida, y ya cumplidos los diecisiete, en otoño, me puse a trabajar de día y a estudiar de noche.

Cuando mi padre me preguntó qué quería estudiar, habida cuenta de que no podía pagarme una carrera ni era tan listo como para merecer una beca (y desde luego no podía ser nada de letras, como Periodismo, porque él no lo aceptaba), le dije que yo quería dejar «algo en este mundo». Eterno romántico. Dicho así parece muy dramático, pero hay que entender la situación, la época... La palabra

«arquitectura» surgió como cosa natural (quizás influido por *El manantial*). «Hacer» casas era bonito. Las casas perduraban. Lo malo es que la casa la hace, la crea, el arquitecto. Los demás son machacas. Yo, estúpido de mí, aun sabiendo que nunca iba a ejercer de aquello que estudiaría porque seguía empeñado en ser escritor, dije que sería aparejador.

Dios mío...

Cuando descubrí que eso era TODO matemáticas y que encima el aparejador viene a ser más o menos el oficinista del arquitecto, fue demasiado tarde. Estuve cinco años y medio, que para mí fueron seis o seiscientos, estudiando algo que ni entendía ni me apasionaba, que aborrecía, que me hacía sentir aún más inútil. Como además estudiaba por libre, en los exámenes éramos dos mil candidatos y solo aprobaban unos pocos. Los examinadores nos despreciaban. En lugar de valorar que trabajáramos y estudiáramos, nos consideraban la escoria. Nos permitían, en plan favor, irnos sin examinarnos para que constara «no presentado» antes que ponernos un cero. En mi sexto examen de topografía (me suspendieron ocho veces) dejé copiar todo a un amigo y a él le pusieron un seis mientras que yo tuve un tres. Todavía hoy me río cada vez que paso en mi coche por delante de ese edificio en la Diagonal.

Durante esos cinco años y medio, trabajé de día en una empresa de construcción: Construcciones Sabartés, en Gràcia. El trabajo me lo buscó mi padre, que llamó a un amigo suyo. Fui un chupatintas ejemplar. Antes había trabajado dos navidades en los almacenes Capitolio de la calle Pelayo, aprovechando las vacaciones escolares. Era una forma de ganar unas pesetas con las que comprar regalos de Reyes. La primera vez estuve en la sección de telas (más un breve paso por una caja, haciendo paquetes, de donde salí enseguida porque a una señora se le desmontó todo en plena calle); la segunda, en juguetes, vendiendo toda una novedad en España: el Scalextric.

Volvamos a esos cinco años y medio, de octubre de 1964 a mayo de 1970. Toda la época de los Beatles (se separaron en abril del 70), de Woodstock, de los hippies, del despertar sexual, de la lucha política, de las reivindicaciones, estuve trabajando ocho horas diarias y luego estudiando tres más. «Satisfaction», «My generation», «Like a rolling stone»... La banda sonora de ese tiempo me ayudó a sobrellevar mi vida, pero poco más. Cinco años y medio de frustraciones. En la constructora, pequeña, al empezar éramos cuatro, tres de la misma familia y yo. El jefe se empeñaba en que dejara de estudiar para que trabajara más, todo porque me iba antes que los demás para poder llegar a clase. Los sábados, en verano, si le pedía salir cinco minutos antes para poder coger el tren que me llevaba a El Figaró, donde me esperaban mis amigos, me decía que no, aunque no hubiera trabajo. Así perdía dos o más horas de libertad porque el siguiente tren salía mucho después. Él no supo jamás que disponía de bastante tiempo libre, aun cumpliendo con todas mis obligaciones, ni tampoco que a veces utilizaba para mis cosas su maravillosa máquina de escribir...


*Pertenezco
 a la última
 generación
 de niños
 que creció
 sin televisor.*


y su hermoso papel cebolla. Cuando entraba por la puerta tenía cinco segundos para sacar lo mío y poner en el carro una factura o lo que fuera. Menos mal que jamás me pilló. Aquellas cosas no eran más que inocentes venganzas, pero yo era joven y esas pequeñas transgresiones me ayudaban.

En estos años pasaron muchas cosas, pero son personales y poco tienen que ver con la literatura, y aquí quiero hablar de mi obra y de mi vida a través de ella. Me enamoré, y fuerte, muy fuerte, a lo bestia, por primera vez (de Dory); me volví a enamorar, aunque más fugazmente (de Pilar); tuve a mi mejor amigo (Javier); a mi pandilla (Toni Santaeugenia, Miguel Conti, Fernando Celaya y Pepo, los de las obras en el magnetófono); a mi grupo de verano en El Figaró (a los tres años pillé un principio de bronconeumonía y los médicos me recomendaron climas campestres, no playeros, así que ese pueblo fue mi paraíso hasta la juventud), etc. Mi única «heroicidad» fue fabricar una bomba junto a los compañeros de quinto de bachillerato. La hicimos estallar en el patio superior del colegio, como un juego, pero apareció la policía y se nos cayó el pelo. No estaban los primeros años 60 para fabricar bombas, y menos para hacerlas estallar en un colegio. Si fabricábamos bombas a los quince años, ¿qué no haríamos luego? No coló que fuera un experimento de física y química.

Lo fundamental es que, pese a los amores de la adolescencia y los amigos, no me rendí y seguí porfiando en pos de mi sueño: ser escritor. Ni por un momento me olvidé de eso, al contrario. Seguía produciendo cosas, sin parar. Mi amigo Migue (Miguel Conti) era hijo del dibujante Conti. Fue el primer famoso al que conocí. Jamás olvidaré el día que me llevó a Bruguera y me presentó a mis héroes, los dibujantes que leía cada semana: Vázquez, Peñarroya, Nadal, Gin, Ibáñez, Raf... Bueno, en realidad no sé ya a quiénes conocí y a quiénes no. Ese día estaba en éxtasis. Yo me preguntaba cómo era posible que Conti dibujara veinte o treinta chistes en una tarde. Hoy me preguntan cómo soy capaz de escribir veinte páginas de un libro en un día. ¿La respuesta? Trabajo y amor. También superé la tartamudez mediante una sencilla fórmula: dejé de importarme, aprendí a reírme de mí mismo. Fue el primer paso. Los «defectos» te pueden cuando te hacen daño, en la infancia o la adolescencia sobre todo. Era tartamudo, ¿y qué? Es peor ser tonto y no saberlo. Eso fue sobre los dieciocho o diecinueve años. Cuando me di a conocer como comentarista de música poco después y me hicieron entrevistas por radio, descubrí que utilizando auriculares mi dicción mejoraba, oía mi propia voz de una forma distinta, directamente en mis oídos, medía las sílabas, bajaba el tono, respiraba de otra forma...

Hoy hablo como una ametralladora.

Cuando tuve mi propia máquina de escribir (la primera, una viejísima Underwood, la alquilamos para que practicara un poco antes de que empezara a trabajar, y yo «practiqué» pasando a limpio muchas de mis paridas), primero transcribí *Las memorias de un perro*



(supongo que «mejorándolo», ¡ay! Las dos versiones, la manuscrita y esta última siguen en mi casa). Luego, entre los diecisiete y los diecinueve años, pasé a máquina mis *Relatos fantásticos* escritos en libretas escolares y di forma a un libro de otras quinientas páginas (muchas de esas historias las reescribí de mayor y se publicaron). Finalmente escribí mi obra más densa, *Sombras*, en torno a los veintiuno, ya directamente a máquina, supongo que infumable, como se deduce por el título. Y digo que «supongo» porque jamás he vuelto a leerla. Tiempo después intenté hacer una segunda parte, retomando al personaje diez años después: *Un lugar, en alguna parte*, y ha sido mi único libro inacabado. Demasiado pretencioso. El último libro antes de mi profesionalización musical en 1969 fue un conjunto de relatos cortos, de una página cada uno, que pretendía llevar (y nunca llevé) a un periódico: *100 historias de estar por casa*. Como anécdota he de decir que esos libros los firmé con el nombre de Jordi S. Fabra. Por un lado estaba de moda entre los americanos (Pearl S. Buck, William S. Maugham, etc.), pero por el otro, porque mi padre no quería que fuese escritor. Además, pensé que Fabra tenía más empaque que Sierra. Fueron apenas unos años de última rebeldía, porque en cuanto tuve la ocasión de firmar mi primer trabajo en prensa utilicé ya mi nombre completo: Jordi Sierra i Fabra.

Mi único intento en estos años de salir a la luz consistió en enviarle a Narciso Ibáñez Serrador en 1966 dos de mis mejores relatos fantásticos. Eran los días de *Historias para no dormir*, programa que hacía furor en la tele. Toda España temblaba cada semana. Estaba seguro de que eran tan buenos que Narciso los filmaría enseguida y yo daría el salto. Adiós a la oficina siniestra. Recuerdo el día que fui a correos, en la calle Mayor de Gràcia, y el empleado vio el nombre y la dirección: «Narciso Ibáñez Serrador, Televisión Española». Me miró con mucho respeto (o eso pensé yo). Durante días, semanas, esperé una respuesta que, obviamente, jamás llegó. Eso no menguó en absoluto mi entusiasmo. Lo malo era que no había oportunidades ni premios literarios para jóvenes, y si me presenté a alguno (me viene a la memoria uno del *Reader's Digest*), fue para perderlo, sin llegar a saber nunca si lo que había hecho era bueno o malo. Por eso para mí es tan importante que la Fundació Jordi Sierra i Fabra tenga su propio premio para jóvenes y por eso escribo a los participantes y les mando el informe del jurado, alentándolos siempre, amén de llamarlos por teléfono.

Una de las mejores anécdotas de mi vida tuvo lugar en torno a los diecinueve años (no puedo precisarlo con exactitud). Estaba cansado de mi fama de «buen chico». Todos los padres de mis amigos confiaban en mí y me querían de yerno (ellas no) y, por mi manera de ser, siempre bastante honesta y sincera, me cayó encima el sambenito de «tío legal» (vale, entonces no se decía así, pero nos entendemos). Así que, harto de esta situación, me dispuse a tomar el pelo a todo el mundo: dije que iba a grabar un disco. Durante tres meses fingí grabar en los estudios EMI Odeón cuatro canciones para



un EP (*extended play*). En EMI Inglaterra grababan los Beatles. Le mentí a mi padre diciéndole que iban a pagarme mucho. Mentí a mis amigos. Mentí a mis vecinos. Y mentí en el trabajo. Más de un día me fingía afónico y decía que no podía coger el teléfono porque tenía la voz cascada de tanto repetir unos agudos. Tomadura de pelo global. Ya que lo hacía, mejor a lo bestia. En este tiempo me hice imprimir una funda de disco con mi nombre y una «muy seria» foto tomada en la Plaza de Catalunya de Barcelona. En la contraportada aparecía un texto alabando a la «nueva estrella» (yo) y las cuatro canciones que se suponía incluía el EP («Extraños en la noche», «El sol no brillará nunca más», «Sin tu amor» y «Un sorbito de champán»). Finalmente metí el disco de Frank Sinatra dentro de la bolsa y deshice el entuerto. Cuando puse el disco en mi casa, con el piso lleno de vecinos, y sonó Sinatra cantando «Extraños en la noche», una vecina dijo que «no lo hacía mal». Entonces conté la verdad y pedí que se acabara lo de «buen chico». Muchos vecinos dejaron de hablarme. María Jesús, tres años mayor que yo, que vivía a mi lado (ella me introdujo en los secretos del sexo), lloró por el disgusto. Lo mismo pasó en el trabajo o en la escuela de aparejadores. A algunos les hizo gracia. A otros, no. Años después, aún había gente que me preguntaba por el disco. El más feliz fue mi padre, que ni se enfadó. Después de todo, no iba a «perder la vida cantando». Ese fue el fin del Jordi «tío legal». Esa tomadura de pelo masiva alertó a la concurrencia. Atención: yo también era capaz de organizar pollos de mucho cuidado.

Para mí fue un alivio. Ya era «normal».

Pero volvamos a la música y el orden cronológico de los acontecimientos.

En 1964, los Beatles ya habían entrado en mi vida. El día que los escuché por primera vez, todo cambió. Yo de niño oía óperas enteras por radio y mi dios era Igor Stravinsky porque cuando descubrí «La consagración de la primavera», un nuevo mundo apareció ante mí. La música de España era el flamenco (yo lo aborrecí hasta que aprendí a amarlo y a diferenciar el bueno del malo), las canciones mexicanas, italianas, francesas... Un asco. Me encantaba la Semana Santa porque programaban música clásica. Y de pronto escuché «Twist and shout» un día jugando al billar en un club de la Plaza Lesseps, al lado del cine Roxy. Como si acabase de tocar tierra un platillo volante. Me acerqué al *jukebox* y por primera vez vi aquel nombre: The Beatles.

La música se apoderó de mi existencia. Desgraciadamente, porque los libros podía alquilarlos, pero los discos no. *Cash*. Metálico. ¿Qué hacía yo para comprarme un disco, un elepé (lo que sería hoy un cedé), cada semana? Muy fácil: me iba a pie al trabajo y a la escuela, me hacía cada día un montón de kilómetros de arriba abajo por Barcelona (lloviera, nevara o hiciera calor), y con lo que me ahorra del bus y del metro me alcanzaba cada semana para un elepé. Hay que tener en cuenta que lo que ganaba se lo daba a mis padres; yo tenía una asignación semanal para transportes, cine

y poco más. Lo malo es que entonces salían muchos discos, era una locura. Los Beatles editaban dos elepés al año, más cuatro *singles*, y lo mismo todos los demás. Fue un tiempo hermoso, pleno. Así que cada sábado iba a una tienda de la calle Príncipe de Asturias llamada Phonos y me pasaba la tarde escuchando discos para ver cuál me compraba. Uno entre diez. Para no perder el tiempo, me leía las contraportadas. De esta forma aprendí inglés. Con todo lo burro que era en matemáticas, en cambio me era fácil memorizar canciones, cantantes, guitarras, bajos, baterías, productores, estudios de grabación... Además tenía olfato. Intuía cuándo un disco pegaría o no. De noche oía radios piratas fingiendo dormir, sobre todo Radio Luxemburgo. Escondía el transistor bajo la almohada y me metía un pequeño auricular en el oído. Estaba al día. En España los discos o no salían o lo hacían mucho después, así que yo estaba siempre a la última, era un avanzado. Jamás imaginé que esos conocimientos fueran a servirme de algo.

Un día, más o menos con dieciocho años, conocí a un tipo de una editorial. Me dijo que si quería ser escritor, en España, o tenía dinero o padrinos o un nombre. Yo, que era muy burro, me lo creí. Dinero no tenía. Padrinos... No conocía a nadie importante, y menos para echarme una mano. Pero el nombre me lo podía hacer yo. Todos nacemos desnudos, aunque unos lo hagan en Nueva York y otros en Ruanda. De hecho, la vida es muy simple. ¿Quién la complica? Nosotros. Con dieciocho años, nadie te hacía caso. Me pregunté en qué era yo mejor que los demás. Y la respuesta fue «escribir». Me pregunté de qué sabía yo más que los demás. Y la respuesta fue «de música». Así que escribí de música. Durante dos años mandé una carta semanal al programa número uno de la radio española, *El Gran Musical*, donde nacieron o se formaron todos los grandes del pop español de los 60. Eran cartas de quince o veinte folios en las que hablaba de los discos que oía, valorando, criticándolos, haciendo predicciones. Dos chicas que se encargaban de la correspondencia, tan fans como yo, acabaron prestándome atención. Eran Ana Elisa Andreu y Rosario Martínez Berzal (con los años, madrinas de mis dos hijos). Ellas le hablaron de mí al sumo sacerdote de *El Gran Musical*, Tomás Martín Blanco, y en agosto de 1968, con veintiún años recién cumplidos, aproveché las vacaciones e hice mi primer viaje a Madrid como delegado de *El Gran Musical* en Barcelona. Mi padre me despidió en la estación casi llorando, como si me fuera a la guerra. Era la primera vez que iba solo a alguna parte. ¿Y qué era eso de delegado de *El Gran Musical* en Barcelona? Nada. De vez en cuando leían un pedazo de mis cartas por radio, y punto. Había delegados en toda España, dos por ciudad, chico y chica, gente joven y entusiasta, amante de la música. Un gran club de fans en el fondo. Pero fuimos unos pioneros. Cuando en 1969 nació la revista *El Gran Musical* (que duró veinticinco años), yo estaba allí, debutando como periodista, con mi nombre, sin dejar de trabajar y estudiar. Eso sí, me costó, y mucho, que aceptaran mi firma. No querían que pusiera Jordi, y aún menos la i latina. Decían

que era «una falta de ortografía». O Jorge Sierra o Jorge Sierra Fabra. Tuve que decirles, muerto de miedo pero muy digno, que o Jordi Sierra i Fabra o no escribía. Y lo aceptaron. Menos mal. Bueno, eran tiempos de guerras tardofranquistas y reivindicaciones ligeramente predemocráticas. No hicimos el mayo del 68 a lo francés, pero cada cual luchaba como podía.

Comencé a respirar, a sentirme libre, a faltar a clase, a intuir que en mi vida pasaban cosas. Puesto que ya escribía «profesionalmente», fui a Radio Barcelona y primero trabajé gratis en un programa nocturno, y después, de la mano del gran Juan Castelló Rovira, como responsable de algo más o menos llamado *Los Musicales*. Éramos un grupo de jóvenes que asistíamos a los programas de la radio en directo, sobre todo al *Musical beat* los viernes por la tarde. Nos sentábamos en primera fila y entrevistábamos a los grupos que actuaban. También hacíamos de *discjockey* (el tartamudo debutó como *discjockey*, hay que fastidiarse), y en mi caso escribí alguna que otra letra en castellano para canciones famosas que coreábamos. Incluso me pidieron que representase a Radio Barcelona en un concurso nacional de adivinar canciones. Tras superar las eliminatorias, quedé segundo en la final. La perdí por culpa de «La paloma» de Serrat, que no reconocí. En 1969, y gracias a todo ello, conocí a Antonia (Antonia Cortijos Sánchez), una de las chicas del grupo. Bueno, de hecho la conocí en Madrid el domingo 6 de abril, en una escapada de Semana Santa por separado. Yo no tenía un duro para regresar a Barcelona, me enteré de que había un autocar de la radio, fui a ver si me llevaban al día siguiente y me aceptaron. Eso fue en el hotel Alcalá. En el viaje hubo lluvias torrenciales, inundaciones, una caravana de ciento cincuenta kilómetros desde Lleida a Barcelona. Fue un trayecto infernal. Ni hablamos porque ella se lo pasó durmiendo. Me enamoré en Zaragoza el 3 y 4 de mayo, en la final de un concurso de grupos llamado *Champion Musical*. Todos los conjuntos eran de Barcelona y Madrid y por eso se celebró en terreno neutral. También fuimos por separado, ella en autocar y yo en coche (y lo celebramos porque ganó uno de los grupos de Barcelona). Finalmente me declaré la tarde del martes 10 de junio en la emblemática e histórica Cova del Drac de la calle Tuset, el mismo día que aprobé el examen de conducir por la mañana. Le dije que «viviría debajo de un puente antes que dejar de escribir, y que aunque fuese un simple machaca en una oficina siniestra, era y sería escritor». Aceptó. Fue la primera persona que confió en mí. Nunca hemos vivido debajo de un puente.


*Le dije que viviría
 debajo de un puente
 antes que dejar
 de escribir [...].
 Aceptó. Fue la
 primera persona
 que confió en mí.
 Nunca hemos vivido
 debajo de un puente.*


 Durante unos meses trabajé, estudié, hice artículos robando horas al trabajo en la constructora y me ocupé de *Los Musicales*. Todo esto se terminó en 1970. De entrada, me volví a encontrar con el que había convertido aquel 3 en un 8 en mis notas de matemáticas: Mateo Fortuny, que era jefe de promoción de Discos Ekipo. En la primavera de 1970 Joaquín Luqui, que había creado *Disco Express* en Pamplona, fue fichado por *El Gran Musical*.



Mateo me recomendó a la dirección para sustituirle. Cuando hablé con ellos comprendí que era mi oportunidad, pero que antes tendría que enfrentarme a mi padre. ¿Escribir de música? ¿Convertirme en un peludo? Demasiado. En aquellos días yo ganaba seis mil pesetas al mes. Mi padre, unas trece mil. Así que les pedí a los de *Disco Expres*, sin inmutarme pero con el culo apretado, quince mil pesetas de sueldo. Era la única forma de que mi padre aceptara y le convenciera. Sí, tenía veintidós años, era mayor de edad, ¿y qué? No se podía uno enfrentar a un padre así como así, por más que me pesaran el trabajo y los estudios. Los de *Disco Expres* bizquearon, me dijeron que era mucho, y yo, con cara de póquer, les dije que si no lo valía me podían echar a los seis meses. Aceptaron.

Cuando le dije a mi padre que dejaba el trabajo y los estudios, casi le da un infarto. Cuando le dije que iba a ganar más que él, su corazón volvió a latir. No es que estuviera de acuerdo con mi decisión, pero por lo menos lo de «morirme de hambre» ya no figuraba en primer término. Me dijo que si dejaba la empresa «perdería la antigüedad» (él pasó tooooda su vida en la Mutua General de Seguros, más de cuarenta años). Construcciones Sabartés cerró seis meses después de irme. De hecho, ya estaba sentenciada por su mala gestión. En los años siguientes, y a pesar de haberme casado y tenido dos hijos, mi padre siguió mirándome como a un marciano. Él lo que veía es que yo iba con el pelo largo, que vestía excéntricamente en Londres, que mis amigos eran personas rarísimas. Que no fumara ni bebiera ni jamás tomase drogas no contaba. Para él, su único hijo era un esperpento. En cambio, el padre de Antonia, Cristóbal, me alentó siempre. Cuando lo dejé todo para escribir de música, lo único que me dijo fue «adelante».

De lo que mi padre no llegó a enterarse jamás fue de mi incidente con el TOP (siglas del temido Tribunal de Orden Público). En 1968 escribía de música en una revista clandestina hecha con ciclostil llamada *Besós*. Un día, cuando ETA cometió su primer asesinato y mató al inspector Melitón Manzanos, el director de *Besós* escribió que «por algo sería». Llegó la guardia civil, lanzaron el ciclostil por la ventana según era costumbre, al director lo metieron entre rejas y a los demás nos ficharon. Por suerte yo ya era mayor de edad. No pasó nada más, aunque eso pesó durante años, sobre todo en mi lucha por no hacer el servicio militar, decisiva en mi «carrera» de escritor.

Y es que para entonces yo ya vivía, si no como un escritor, sí, por lo menos, de escribir.

Por eso digo siempre que yo empecé a vivir en mayo de 1970. Hay un antes y un después de esa fecha.

Jordi en Apple Records,
la casa de los Beatles,
en la mesa de grabación
donde registraron
sus últimas canciones
en 1969.

3

Las cosas tampoco fueron fáciles en *Disco Expres*. El semanario, hecho con papel de periódico, se imprimía en Pamplona, pero yo escribía el 80% desde Barcelona. La empresa que lo hacía se llamaba Grafinasa, dedicada a artes gráficas y publicidad, y tenía una sucursal en Barcelona, con oficinas en la Gran Vía, al lado del Ritz. Allí tuve mi despacho al principio, hasta que el director de Grafinasa en Barcelona debió de pensar que yo ganaba mucho y que era demasiado libre y feliz. No rendía cuentas a nadie. Para un tipo como él, que vivía todavía con su madre, yo podía representar una amenaza. Primero intentó que me pasara al mundo de la publicidad y dejara *Disco Expres*. Dijo que yo era «muy creativo». Un día me pidió que escribiera una carta a Pamplona con las mejoras que yo haría en la revista, caí en la trampa y la hice, pero cuando vi que él hacía otra a continuación para acompañar a la mía, comprendí el juego e intercepté su carta. En ella usaba mis «mejoras» para desacreditarme y pedir mi cabeza y la de la persona que me había contratado. Fue toda una lección. Pero no pudo conmigo. Tuve aplomo. Seguí en mi puesto y a los pocos meses «me fui» al servicio militar por dos semanas (un poco más adelante se explica cómo). Cuando regresé, tras librarme de la temida mili, abandoné ese despacho y seguí en *Disco Expres* por libre, buscándome la vida con otras actividades y autorreduciéndome el sueldo casi a la mitad. Fue entonces cuando Mateo Fortuny y yo creamos Grupo Profesional, una empresa de «servicios» discográficos.

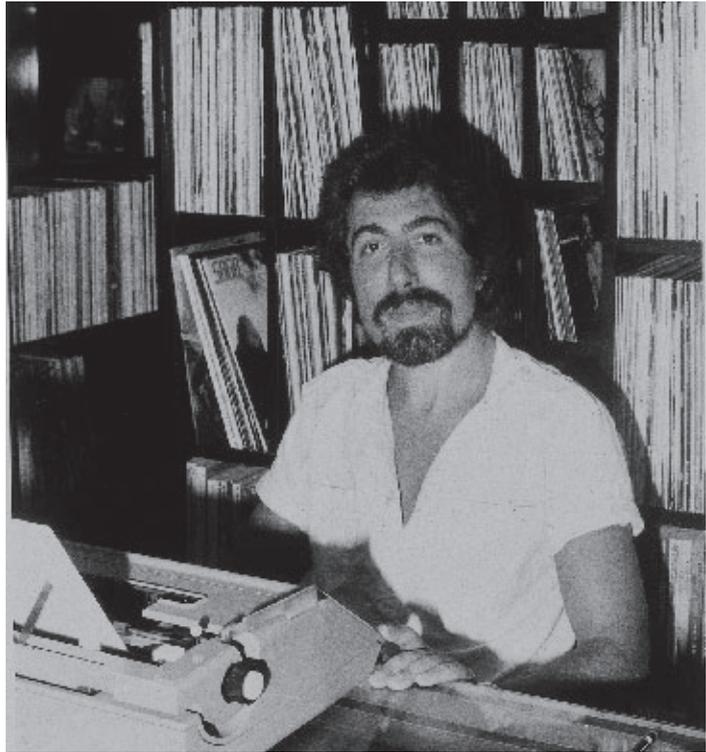
Hacer prensa musical en la primera mitad de los años 70, con Franco aún vivo, era una heroicidad. No había información de nada, los discos llegaban meses después y censurados, los datos eran



Durante más de veinte años, Jordi conoció a la mayoría de grandes estrellas del rock, los entrevistó, viajó con ellos, estuvo en sus conciertos... Frank Zappa, uno de los padres del underground de los años 60, fue uno de ellos.

mínimos, había que escribir con mucho cuidado... Los peludos éramos «una panda de maricones». Y pese a todo, yo era capaz de escribir diez folios sobre un cantante o un grupo, cada semana, en las famosas «páginas centrales» de *Disco Expres*. ¿Cómo? Era escritor. Con cuatro datos me montaba unas películas tremendas. Siempre tuve rollo. Siempre. Han pasado décadas y aún me recuerdan por aquellos artículos. Y es que no había nada. Era un desierto, un erial. De ahí que mi primer libro fuese un éxito: la primera obra sobre música editada en España. *Disco Expres* fue un hito, pero hacerlo era un milagro. Durante parte de aquellos ocho años (de 1970 a 1975, porque luego el semanario cambió de dueño y se hizo en Barcelona), yo iba cada semana a la Estación de Francia con un sobre que contenía todos mis artículos, fotos y la publicidad de las discográficas. No había mensajeros ni paquetería exprés, y menos un servicio rápido. Hacíamos un periódico, así que apurábamos el tiempo al máximo. Entregaba ese sobre al maquinista del tren Barcelona-Bilbao y, a su paso por Pamplona, invierno o verano, lloviese o nevase, a las cuatro o las cinco de la mañana, un chico de la imprenta lo recogía. Ningún maquinista nos ponía reparos. El sobre llegaba a la imprenta, se montaban los textos y *Disco Expres* salía en su día. Jamás se perdió un sobre. Jamás salimos tarde. Nunca nos dijo que no un maquinista. Es una pena que, años después, algunos críticos de Madrid, apuntados al carro del olvido, menospreciaran este trabajo. Pero también es cierto que tengo a gala haber estado siempre, para bien o para mal, en el ojo de muchos huracanes. *Disco Expres* era la publicación progre por excelencia. Sacábamos en portada a tipos raros, desconocidos, como Elton John en su día, y recibíamos cartas diciendo que nos pasábamos de modernos. Años después, esos «críticos» dijeron que *Disco Expres* era horterera por sacar en portada a alguien tan vulgar como Elton. No hay nada peor que perder la perspectiva del tiempo, no ver o saber cuándo y cómo se hacen las cosas. No importa: creamos una escuela, y me siento parte de la puesta en marcha de la crítica musical española en un tiempo en el que eso no existía. Como mucho, los medios sacaban íntegras las hojas de promoción que enviaban las discográficas con los discos. Fui el primero en «escribir-de-música». Cierto que era un crío, un fan, un loco apasionado por el rock, y que esos textos hoy parecen malísimos. Pero en la primera mitad de los 70 España, musicalmente, no era nada para el resto del mundo. Cientos de personas me han recordado aquellos artículos hasta hoy, porque crecieron y se formaron musicalmente con ellos.

Ya había conseguido un estatus. Ya era Jordi Sierra i Fabra. Me enviaban todos los discos gratis, hacía entrevistas, viajaba... Pero la espada de Damocles del servicio militar seguía pendiendo sobre mí. Llevaba años eludiendo irme, con prórrogas de estudios por lo de ser aparejador. Ahora ya no estudiaba. En el sorteo de años atrás me había tocado Sidi Ifni, el Sáhara español, en un momento en que allí había mucho conflicto. Me esperaban dos años tragando



arena. Pero lo peor no era eso. Lo peor era mi aversión a los uniformes y las armas. Había ido a médicos tratando de que me encontraran algo. Y nada. Pero mi padre, siempre enfermo, conocía a muchos médicos, y uno era militar. Fue la única vez que mi padre me ayudó a saltarme la ley, y lo hizo porque entendió muy bien lo que le dije: si me iba allí me volvería loco. Así que con un reloj de oro y cuatro mil pesetas consiguió que me dieran como inútil. El asunto no era fácil, al contrario, pero, con su ayuda, me jugué el todo por el todo. El día 8 de enero de 1971 me presenté, con el cabello rapado y el macuto listo para ser embarcado rumbo a Canarias. Cuando un oficial preguntó en voz alta (era su obligación «castrense») si alguno alegaba algo, yo fui uno de los trece o catorce que dieron un paso al frente. El oficial nos amenazó con una mili de infierno a los que volviéramos. El médico ante el que me presenté, cargado de informes y radiografías que ni miró, me preguntó qué alegaba, y yo, que me había aprendido bien la lección, dije que tenía «arterioesclerosis pleuropulmonar». Le di incluso el apartado y la página del código porque puso cara de no saber de qué le hablaba. Si me hacían embarcar igualmente y me examinaban en Canarias, adiós. Pero lo conseguí: me dejaron en tierra y me enviaron al Hospital Militar, donde el médico con el que habló mi padre tenía que haber hablado con el de los pulmones. Pasé allí unos días (desde mi cama veía mi casa, mi propia habitación a trescientos metros) junto a otros que se hacían pasar por locos o que lo estaban de verdad, y luego me hicieron barrer cada día un cuartel a la espera del dictamen, bajo los insultos de los que sí estaban cumpliendo el servicio. El 25 de enero de 1971, al borde del infarto, me declararon útil... para el cuerpo de servicios auxiliares, un cuerpo que no existía

salvo en tiempos de guerra. Es decir, que no fui inútil (mi padre también se preocupó mucho por eso, porque a los inútiles no se les dejaba trabajar en según qué cosas) y encima me dieron «la verde» (la cartilla militar) conforme había hecho el servicio, un año y medio después. Cuando el juez pronunció la palabra «útil» creí morirme. No escuché nada más. Salí aturdido, destrozado y, al contarle a los demás, empezaron a abrazarme y me dijeron de qué se trataba.

¿Alguien sabe cómo es el dulce color, el sabor y el aroma de la libertad?

Aquel 25 de enero salí del hospital a la carrera, fui a casa, cogí el coche de mi padre (su sueño fue tener un 600 de segunda mano), me dirigí al trabajo de Antonia en la casa Lavis, calle Córcega entre Aribau y Casanovas, levanté el pulgar hacia arriba cuando me vio y lo primero que le dije es que nos casábamos el 3 de abril. Ese fue el preámbulo de todo, porque en los meses siguientes, tras la boda, engendramos a mi hija Georgina y yo me puse a trabajar en mi primer libro editado, la *Historia de la música pop*. Y todo gracias a que me libré de la mili en un momento en que la objeción de conciencia era una quimera. Era libre, con el futuro en mis manos. Certifiqué algo más que ya creía saber o intuía: en la vida has de jugártela siempre por aquello en lo que crees. O eso, o te quedas.

Y las oportunidades son pocas. Dos o tres a lo sumo.

En verano de 1971 cumplí veinticuatro años. Era un crío, pero me sentía mayor. Tenía la necia costumbre de mirar las biografías de los escritores y comprobar cuándo habían publicado su primer libro. Si era antes, me deprimía. Si era después, pensaba que aún estaba a tiempo. Por lo menos disfrutaba de aquello por lo que había luchado, lo que había buscado años atrás: un nombre. *Disco Expres* era la publicación número uno, la única, junto a *El Gran Musical*, más comercial. Ya no tenía que ir a una editorial, con mis pelos largos y mi aspecto, llamar a la puerta y esperar que me echaran a los perros. Era Jordi Sierra i Fabra.

Hora de empezar a escribir «en serio».


*En la vida
 has de jugártela
 siempre por aquello
 en lo que crees. [...] Y las oportunidades
 son pocas. Dos o tres
 a lo sumo.*



LOS AÑOS ROCKEROS. 1971-1976

—(*primera parte*)

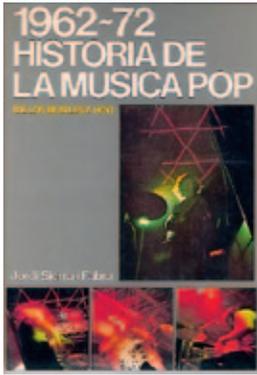
Septiembre de 1971. Antonia lee mi artículo sobre Jefferson Airplane en las páginas centrales de *Disco Expres*. Vivimos en la calle General Sanjurjo de Hospitalet y estamos embarazados.

Con Mateo Fortuny ya hemos puesto en marcha Grupo Profesional y tenemos las oficinas en la calle Madrazo esquina Vía Augusta. Hacemos entrevistas, las enviamos a los medios, confeccionamos una lista de éxitos de España llamada TOP-50 que todas las tiendas colocan como referencia y las compañías insertan publicidad. La vida fluye.

Entonces Antonia dice: «Con todo lo que sabes de música, no sé por qué no haces un libro».

No sé si aquella misma noche o al día siguiente tenía ya en la cabeza la *Historia de la música pop*. Nadie había hecho nada parecido en España, así que era un reto. Y los retos son fundamentales. Le dije que, si la escribía, no saldríamos ningún fin de semana, porque era cuando podría escribirla, y con su panza por delante me contestó que no le importaba.

Así empezó todo.



1962-1972. HISTORIA DE LA MÚSICA POP (DE LOS BEATLES A HOY)

Escrito → octubre de 1971 - verano de 1972

Publicado → noviembre de 1972,
por Edunisa

.....
Todavía hoy se considera un hito. Y lo fue, aunque entonces yo no era consciente de la trascendencia que tuvo este libro en una generación de rockeros hispanos... y latinoamericanos. Partiendo del 5 de octubre de 1962, fecha en que los Beatles editaron su primer disco, el libro ofrecía un repaso a la historia de la música de la década prodigiosa con más de cuatrocientas biografías que llegaron a ser indispensables para aficionados y profesionales. Fue un libro de cabecera y una guía radiofónica. Vendimos cuarenta mil ejemplares. Cuando estaba terminándolo, Mateo Fortuny se puso a buscar editorial. Yo tenía algo muy claro: quería que el precio fuese inferior a un elepé. En aquellos días, un disco grande costaba trescientas pesetas. Mi idea era que si un chico tenía que elegir entre un disco o el libro, se compraría el disco. Pero si compraba el libro y le sobraban, pongamos... veinticinco pesetas, cinco duros, entonces quizás no lo dudase. Apareció una imprenta que hacía cuadros para enmarcar pero que nunca había

editado un libro, Edunisa, y dijeron que sí, que lo sacarían a 275 pesetas. Yo no les hice ascos. Me daba igual que fueran ellos o una editorial grande, mientras me hiciesen caso. Estaba loco por debutar como escritor. Participé en la maquetación, vi cómo de cada página se hacía una plancha, la caja metálica con soporte de madera, cómo se formaba el texto letra por letra. Lo vi imprimir. Hoy parece antediluviano (y solo han pasado cuarenta años). Para mí aquello era el dulce sabor del «por fin», «ya he llegado» y «lo he conseguido». Jamás olvidaré el día que fui a buscar el primer ejemplar impreso, con mi Mini 1000 (lo había comprado poco antes de nacer mi hija y lo tuve hasta 1988). Llovía a cántaros. Cuando lo tuve en las manos casi sentí algo parecido a cuando el 27 de enero de ese año me pusieron a Georgina en los brazos y nos miramos por primera vez. Era mi hija. Y el libro era mi libro. Pocas veces en una vida se toca el cielo con las manos. Yo lo hice dos veces en apenas unos meses. Tener a mis hijos ha sido lo mejor que he hecho.

Cuando se publicó *Historia de la música pop* fue una conmoción. Todo el mundo habló de ella. Nadie se quedó indiferente. Los de la corbata dijeron: «¡Ah!, ¿pero eso tiene historia?». No se daban cuenta de que el rock ya era imparable, que los 60 habían cambiado el mundo y que desde 1969 la euforia rockera era como un magma ardiente que lo arrasaba todo. Y eso que Franco seguía vivo.

El libro tenía que haberse publicado antes de verano, pero no pudo ser y yo seguí escribiéndolo

y actualizándolo mientras tuve tiempo. Luego lo programamos para octubre. Pero finalmente lo presenté en El Corte Inglés de la Plaza de Catalunya de Barcelona el 17 de noviembre. Me moría de miedo. No habíamos pasado censura, lo estábamos vendiendo y allí se hablaba de hippies y de drogas. El permiso llegó por la tarde y respiramos tranquilos. Pasé ocho horas firmando, vinieron amigos, muchos músicos, y fue un éxito que sorprendió hasta a los mismos responsables de la librería de los almacenes. La foto con mi traje de satén nuevo, a primera hora, con el lugar vacío y rodeado de mis libros, es un tesoro en mi despacho. Cinco días después, el 22, hice lo mismo en Madrid, y el 23 en Valencia.

Durante cuarenta años, cientos de personas me han hablado de ese libro con cariño. Fue su tesoro. Algunos dicen que les cambió la vida. Desde políticos a banqueros, músicos o aficionados, nunca he dejado de recibir felicitaciones. Una vez el presidente de un banco lo perdió en un cambio de casa y me llamó suplicando que le facilitara una copia. Otra vez fue el tenista número uno del mundo, Guillermo Vilas, el que me telefoneó para



*Cuando se publicó
Historia de la
música pop
fue una conmoción.
Todo el mundo
habló de ella.*



pedirme más libros, ya que ese era su favorito. En Latinoamérica muchos rockeros cuarentones vinieron a verme ya en este siglo para decirme que eran músicos por mis libros de rock. Lo traían fotocopiado y asqueroso. No puedo tener más que gratitud para todos, pero en el fondo el libro se hizo solo, estaba ahí, era nuestra propia historia, la de unos locos que a través de la música cambiamos (un poco) el mundo y la vida.

Dediqué *Historia de la música pop* a Igor Stravinsky, por su «Consagración de la primavera» que me alucinó de niño y seguía haciéndolo de mayor. Lo llamé «el primer músico *underground* de la historia».

La portada de *Historia de la música pop* y mi foto del interior las hizo un personaje fundamental en mi vida de entonces: Martin J. Louis (en realidad José Luis Martín Frías). En aquellos días era el fotógrafo de las estrellas de la música hispana y estaba casado con una modelo llamada Bertha M. Yebra. Los conocí en Bocaccio, cuna de la *Gauche Divine* catalana, y sintonizamos enseguida. Formamos un gran equipo; estábamos metidos en el mundo de la música desde distintas vertientes, íbamos los cuatro juntos al cine, compartíamos un sinfín de cosas. Así que él me cedió las fotos e hizo el diseño de esa portada. Nos convertimos en inseparables durante cinco años. A través de Martin conocí también al que sería mi mejor amigo y mentor durante veinticinco años: Mariano Nadal, que por entonces debutaba en el mundo de la prensa con su revista *Pronto*. A veces pienso lo curioso de aquel tiempo, porque

en apenas cinco años viví más que en todos los anteriores. Pasaron muchas cosas, la mayoría buenas.

Al año de conocerlos, Martin comenzó a idear su propia revista, *Popular 1*, contando conmigo como parte fundamental del equipo. Imagen y textos. Vivíamos el mundo del famosco con naturalidad. Y éramos jóvenes, muy jóvenes y entusiastas. Realmente estábamos seguros de que todo era posible. Grupo Profesional funcionaba; el tándem Mateo Fortuny - Jordi Sierra i Fabra era sólido; dirigía *Disco Expres* desde Barcelona; Martin y yo planeábamos *Popular 1*.



En apenas cinco años viví más que en todos los anteriores.



MITOLOGÍA POP ESPAÑOLA

Escrito → abril-mayo de 1973

Publicado → octubre de 1973

por Ediciones Marte

En la primavera de 1973, mientras Martin J. Louis, Bertha y yo pergeñábamos el nacimiento de *Popular 1*, pusimos en marcha este libro. Mi idea fue repasar las vidas de los divos ibéricos con un toque literario y, en algunos casos, darles incluso un enfoque ensayístico y/o poético. Martin, como fotógrafo de las estrellas del pop español, tenía un archivo extraordinario, aunque para el libro no nos conformamos con ese material. Hicimos una lista de los que tenían que aparecer en la obra, pasando de gustos personales, intentando ser coherentes y mezclar a Raimon con Manolo Escobar o a Serrat con Raphael, y nos pusimos a perseguirlos para conseguir también imágenes de última hora. Ni que decir tiene que todos colaboraron con entusiasmo y en unas semanas pasaron por el objetivo. Posiblemente, vistos desde la distancia, los textos eran algo más que pretenciosos, pero por aquel entonces no había nada parecido y el éxito de *Historia de la música pop* me respaldaba para tomar riesgos. La maqueta final la hicimos Martin y yo en un fin de semana, tras el cual nos retratamos para inmortalizarnos. La nota triste la puso la in-

fortunada muerte de Nino Bravo. Yo le entrevisté en un bar de la Vía Augusta de Barcelona y grabé toda su vida en un casete. Martín le hizo las fotos de forma casual, con su BMW. Un par de días después Nino se mataba al volante de su coche, de ahí que el libro estuviera dedicado a Luis Manuel Ferri, su verdadero nombre. Alguien me propuso vender la exclusiva de aquella casete a una revista, pero me negué por respeto a la memoria del cantante. Este fue el primer libro que me editó Tomás Salvador, mi primer «descubridor» y apoyo moral en lo literario. Tomás era uno de los grandes escritores de España, pero entonces vivía de su quiosco en la Plaza de Catalunya y su editorial, Ediciones Marte, pequeña, muy pequeña, malvivía de trampear aquí y allá. No recuerdo cómo conocí a Tomás, pero incluso estuvo a punto de editarme mis *Relatos fantásticos* de juventud.

Cuando publicamos el libro Martín y yo, *Popular 1* era una realidad. Así que yo escribía entonces en una publicación semanal (*Disco Express*), en una mensual (*Popular 1*), y en Grupo Profesional, con Mateo, ya teníamos *Top Magazine*, una revista mensual, bilingüe, para profesionales (que me hacía yo casi entera), y muy pronto haríamos otra de rock, *Extra*. Ya entonces me pasaba el día escribiendo a toda mecha, muy, muy rápido. Pero ¡qué gran escuela fue eso! Y lo mismo que hoy publico en todas las editoriales, en aquellos días conseguí que nadie se molestara por escribir en tantas revistas. Mantener la dignidad siempre fue uno de mis nortes: ser honesto, no engañar a nadie. Y no era fácil.



1972-1973. ANEXO A: HISTORIA DE LA MÚSICA POP

Escrito → otoño de 1973

Publicado → diciembre de 1973

por Grupo Profesional

Después de publicar *Historia de la música pop*, mi idea era editar un libro al año siguiendo su estela, a modo de anuario, como hacían los ingleses o los americanos. Esta vez, además, nos lo autoproductimos Mateo Fortuny y yo a través de nuestra empresa. Fue una estupenda jugada, ya que luego le vendimos los derechos a una entidad bancaria para que imprimiera no sé cuántos cientos de miles de copias y las regalara por Sant Jordi a sus clientes. Solo ganamos una peseta por libro, pero con mi parte me pude comprar en 1974 el terreno en Vallirana en el que luego edifiqué mi casa-refugio para aislarme y escribir. Por otro lado, mientras trabajaba en él, al planeta le sobrevino su gran crisis: la cuarta guerra árabe-israelí y la rápida victoria de estos últimos hizo que el mundo árabe cerrara el grifo del petróleo. Fue el inicio del fin, y del gran cambio. Todo el esplendor del rock, ganado a pulso entre 1969 y 1973, se fue al diablo. Ya nada sería igual. En 1972, los ingresos por la música habían superado en Estados Unidos al cine y la televisión como bandera de los medios de



entretenimiento. La gran crisis hizo que el planeta se quedara sin energía, sin materias primas (todo eran derivados del petróleo) para hacer discos o casetes, se cancelaron cientos de giras... La debacle.

Otro hecho importante: Antonia y yo quedamos embarazados de nuevo. Fuimos a por él, y a la primera de cambio... Dani estaba en camino.



Mantener la dignidad siempre fue uno de mis nortes: ser honesto, no engañar a nadie. Y no era fácil.





EL MUNDO DE LAS RATAS DORADAS

Escrito → 1 de diciembre de 1973 -

24 de febrero de 1974

Publicado → marzo de 1975

por Ediciones Marte

Era hora de que volviera a la novela. Me picaban los dedos y el alma. Llevaba ya tres libros, todos de música, y por nada del mundo quería olvidar mi verdadera vocación: ser novelista. Cuanto mejor vivía en el mundillo del rock, viajando, con el poder que me daban mis revistas, más ansiedad tenía por retomar mis orígenes y no dejarme seducir por los cantos de sirena de la música. Pero trabajando tanto era difícil encontrar huecos para hacer una novela. Así que, una vez más, le pedí permiso a Antonia para sacrificar los fines de semana de dos o tres meses y concentrarme en la escritura. Como estábamos embarazados por segunda vez, no le importó. Y aunque no lo hubiéramos estado. Ella siempre ha apostado por mí, por lo que hacíamos, por lo que estábamos construyendo.

Escribí mi primera (e infu-mable) novela en tres meses, dedicando exclusivamente los días libres, que eran pocos, porque muchos fines de semana también los pasaba viajando, viendo conciertos o escribiendo artículos. Si hubiera sido abogado, habría

escrito de abogados. Si hubiera sido médico, de médicos. Pero era comentarista musical (nunca me gustó la palabra «crítico»), y el mundo de la música representaba un nutriente de primera para una mente activa en busca de historias. Las había en todas partes y de todos los colores. Escogí explicar un día de la vida de una estrella del pop español que está comenzando su declive y no lo sabe. Como se ve, mi pasión por las historias que suceden en un día o una noche ya estaba presente en mi debut. Lamentablemente, traicioné todos mis principios, hice capítulos largos, narré demasiado y, como todo buen principiante, quise contarlo todo, no dejar nada, demostrar lo mucho que sabía, pontificar, y me salió una farragosa historia con la que, pese a todo, estuve a punto de ganar mi primer premio literario.

Y esa sí es una historia aparte.

De vuelta a mi padre. Ya me había visto publicar libros (pero de música). Me había visto hablar por televisión sin tartamudear (Carlos Sentís, nada menos, me entrevistó en *prime time* cuando edité la *Historia de la música pop*). Me oía por la radio. Estaba casado, esperaba mi segundo hijo... Pero seguía llevando el pelo largo y vivía de una forma que él no entendía. Así que un día me dijo, de pronto: «Si te dan un premio literario, el que sea, empezaré a pensar que tienes razón y que vas a conseguirlo».

Los padres no saben (no sabemos) lo mucho que pueden hacer unas palabras, hasta el punto de marcar la vida de un hijo.

Desde ese momento yo quise ganar un premio literario, y me

presenté con mi primera novela al Premio Ciudad de Murcia de 1974. Tomás Salvador estaba en el jurado y era el editor del premio. Lo tenía bien. Ese año llegamos a la final un escritor de la tierra y yo. Ganó el murciano. Aquel día estaba con mi padre en el fútbol. Debajo de la gradería donde nos sentábamos había un teléfono público. En el descanso bajé a llamar y la esposa de Tomás Salvador me lo contó. El libro (cosa rara siendo solo un finalista) iba a publicarse, pero el éxito y el dinero eran para el otro. Subí a mi asiento y se lo dije a mi padre. Me miró de una forma mitad orgullosa, mitad seria y me soltó un lapidario: «Pero no has ganado».

Jamás lo olvidaré porque un año después, en mi segundo intento, sí gané. Pero para aquel entonces él ya no estaba.

Sigamos con 1974.

En primavera de 1974 me llamaron de Televisión Española. Cogí un avión y me fui a Madrid. En total fueron cuatro viajes (todos pagados por mí). El jefe de programas musicales me dijo que allí todos llevaban mi *Historia de la música pop* como biblia básica. Las reuniones, por cierto, se hicieron siempre en los pasillos de Prado del Rey, nunca en el despacho o el departamento de programas musicales, y la consigna era hablar en voz baja. Por lo visto había «piratería», y una competencia feroz por el reparto de horas y programas entre concursos, deportivos, informativos, etc. Todos iban a saco. Pero claro, yo no era un desconocido, así que, pese al se-

cretismo del programa, todo el mundo me vio en esos pasillos y bastaba con sumar dos y dos para saber qué hacía allí.

Recibí la oferta de hacer un programa de televisión los jueves por la noche en la primera cadena (entonces solo existían la primera y «el UHF», o sea, La 2), entre el telediario y la película. Eso en aquel tiempo era «el-no-va-más». Iba a ser el primer programa musical con dinero, con presupuesto para pagar a los artistas. En aquellos años, todos los cantantes y grupos mataban por salir en la tele, porque eso representaba dos cosas: vender muchos discos y poder cobrar más en las galas de verano. Así que las discográficas presionaban y los metían en cualquier parte, por supuesto gratis y dando las gracias. Hacer un programa con dinero para poder llamar a los artistas que nos interesarán, en lugar de poner a los que les interesaban a las discográficas, era un sueño. Las propuestas que presenté (entrevistas, actuaciones en directo, noticias) fueron aprobadas. De hecho iba a tener carta blanca. Un sueño. Entonces, en la cuarta reunión, con todo decidido para arrancar en otoño, el director de programas musicales me hizo aquella pregunta: «Muy bien, ¿y cuándo te vienes a Madrid?».

Yo me quedé a cuadros. Le recordé que si José Félix Pons, Pedro Ruiz y otros que vivían en Barcelona una vez a la semana iban a Madrid a hacer sus programas respectivos, yo haría lo mismo. Porque de grabarlo en Barcelona... nada, eso ni se contempló. El director se quedó bastante asombrado. ¿Me daba «la oportunidad» de llegar a «la casa», de abandonar «la periferia» para

ir a vivir a Madrid, y le decía que no? Asombroso. Debía de ser el primero que no enloquecía por hacer tele y encima no hacía profundas reverencias dando las gracias. Yo le dije que llegar a TVE era un paso más en una vida, no precisamente la meta, y que el programa podía durar un año, dos, tres (entonces no había «audiencias» ni *shares*), pero que tarde o temprano terminaría. ¿Y entonces qué? ¿Hacía otro? Además, ni siquiera se trataba de eso: mi vida estaba en Barcelona, quería escribir libros, sin esclavizarme, iba a nacer mi hijo Daniel en unas semanas, mi padre siempre con su mala salud... ¿Me iba a vivir yo solo y los fines de semana «pasaba por casa»? No lo dudé ni un instante. Dije que no.

Unos días después, el proyecto fue cancelado y otro departamento se «apropió» de la jugosa hora de los jueves por la noche, porque ya no había programa musical. A lo mejor habrían acabado aceptando mi oferta de ir un día a la semana a grabar a Madrid, pero se comentó que algún peso pesado de la segunda cadena había vetado que yo, un competidor en el estrellato musical, tuviera un *prime time* en la primera, y con un verdadero espacio que habría sido único en el panorama pop nacional.

Quién sabe.

Supongo que siempre he sido un tipo febril, de arrebatos y pasiones, al que no han importado los riesgos ni el qué dirán. Y como escribir me encanta... En 1974 me veía capaz de todo. Por eso afronté dos retos más, uno fallido (escribí mi primera ópera-rock) y otro acertado

(quise presentar un programa de radio para enterrar definitivamente al Jordi Tartamudo). La ópera-rock fue *Quijorock*. Escribí el libreto y trabajamos duro en él. Santi Arisa, para mí el mejor batería de España y buen amigo, fue el productor, y el grupo Mi Generación (una de mis debilidades) se encargó de ponerle música a las canciones. Tato Escayola, pez gordo de Discos Ariola, dijo que editaría el doble elepé.

Pero el proyecto se fue al garete. La discográfica quiso lanzar un *single* con la canción más pedorra de la obra (una sátira de las canciones de verano llamada «Pachanga, pachanga», con lo cual, fuera de contexto, no hacíamos más que alentar ese fenómeno), nos negamos y el disco no llegó a grabarse. Sin disco, no hubo obra de teatro. Un par de años después, aquí no estoy seguro de las fechas, Discos Columbia nos permitió hacer una maqueta en sus estudios de la calle Girona, con cuatro de las canciones. Con Mi Generación y un sinfín de músicos amigos que se presentaron voluntarios, pasamos un fin de se-



*Siempre he sido
un tipo febril,
de arrebatos
y pasiones,
al que no han
importado
los riesgos
ni el qué dirán.*

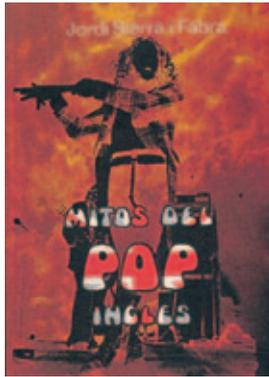


mana grabando esos temas que aún conservo. Columbia tampoco le vio salida y abandonamos el proyecto de manera definitiva.

En cambio, el programa de radio funcionó. Estaba empeñado en demostrar que era posible ser locutor. Se tituló *Semanario informativo de la música pop* y lo hice con un amigo que trabajó en la discográfica Basf. Estuvo en las ondas de Radio Peninsular durante cuatro años, cada semana. Lo malo de la radio era su esclavitud, y viajando era complicado mantener el ritmo. El mundo comenzaba a ser un lugar muy excitante, dentro y fuera del rock. Cuando no me iba de gira con Carpenters asistía a la entronización de David Bowie como rey del *glam*, y cuando no, me invitaba nada menos que George Harrison a inaugurar su discográfica Dark Horse Records, iba a ver a los Who, a Genesis, a Santana o a cualquier otro de los dioses de la época.

Un tiempo hermoso, porque la música... era música.

5



MITOS DEL POP INGLÉS

Escrito → verano de 1974

Publicado → diciembre de 1974

por Grupo Profesional

Este libro lo concebí a modo de «grandes éxitos». Muchos fans me decían que guardaban mis textos y los coleccionaban, firmaba revistas en los conciertos como si la estrella fuera yo y no los músicos que iban a actuar, y las tiendas de discos solían poner mis críticas en los anaqueles para que los compradores se guiaran por ellas. Una crítica entusiasta mía o unas páginas centrales en *Disco Expres* podían significar algunos miles de discos vendidos de más. Se trató de coger mis mejores artículos en *Disco Expres* y poco más. Primero seleccionar a los artistas que debían aparecer, luego reunir lo que había escrito acerca de ellos desde 1970, y finalmente ensamblarlo todo. Yo mismo hice la maqueta.

El 11 de julio de ese 1974 nació mi hijo Daniel.

En verano de 1974 decidí abandonar Grupo Profesional. Para mí hay algo que está por encima de todo, y que siempre ha sido mi norte: la honradez. Lo que hacíamos en Grupo Profesional era creíble (eso incluía una lista de éxitos, el TOP-50 de España, que hacía yo cada semana con llamadas a tiendas de

toda España) y eso nos reportaba respeto. El mundo del disco en aquellos días tenía fama de poco ético. Todos los *discjockeys* cobraban de las discográficas. Los de las revistas estábamos a salvo, pero... En mi caso solo tuve dos intentos de soborno, y los implicados salieron en globo. Mateo y yo no teníamos la misma visión. No quise traicionar mis principios éticos y me fui. Entonces acepté la oferta de Martín J. Louis para concentrarme en *Popular 1* como director ejecutivo (toda publicación requería de un director «con carné» de periodista, así que yo solo podía figurar como director ejecutivo). Mis dos únicas condiciones fueron seguir en *Disco Expres* y trabajar únicamente por las mañanas, para tener las tardes libres y así poder escribir mis novelas. Aunque de mala gana, Martín J. Louis aceptó. Fue el primer paso hacia mi independencia. Por fin podía dedicarme a la literatura.



Fue el primer paso hacia mi independencia. Por fin podía dedicarme a la literatura.



6

1973-1974. ANEXO A: HISTORIA DE LA MÚSICA POP

Escrito → otoño de 1974

Publicado → inédito

Mi primer gran tropiezo. Mi ruptura con Grupo Profesional hizo que me quedara sin editor para el segundo anexo de la *Historia de la música pop*. Con el libro ya a punto para entrar en imprenta, la traumática separación creó un abismo insalvable para continuar colaborando, al menos, en ese apartado. Pero no hay mal que por bien no venga. La desesperada búsqueda de un nuevo editor para seguir publicándola me hizo entrar en contacto con personas y entidades que luego fueron importantes en mi carrera profesional, entre ellas Círculo de Lectores y Ediciones 29. El dueño de 29, Alfredo Llorente Díez, le habló del tema a su distribuidor, José Luis Martín Quiroga. Este era un tipo sensacional, entusiasta y lleno de energía. Negociante pero también fan. Cuando supo que el autor de la *Historia de la música pop* y alma máter de Disco Expres y *Popular 1* buscaba un editor, se puso en contacto conmigo rápidamente. A lo largo de 1975 nos vimos mucho. Llegamos a hablar de hacer una revista propia, pero nos quedamos con la colección de libros que iniciamos en 1976.

7

LA REVOLUCIÓN DEL 32 DE TRICIEMBRE

Guion → marzo de 1975

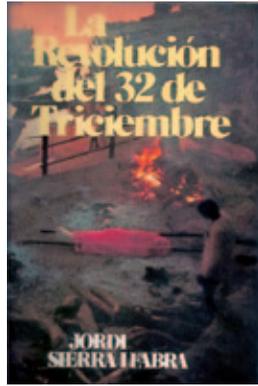
Escrito → 31 de marzo - 18 de abril
y 27 de abril - 5 de mayo de 1975

Publicado → abril de 1976

por Ediciones ATE

En *Popular 1* había conseguido tener las tardes libres. Era hora de aprovecharlo. Por la mañana era el rockero mayor del reino. Por las tardes, el novato escritor que mantenía sus esperanzas de vivir de sus novelas. Cuando leí la historia de la muerte de Gram Parsons comprendí que tenía el mejor de los argumentos.

Gram Parsons había sido miembro de The Byrds. Luego fundó la Flying Burrito Brothers Band y publicó un par de discos en solitario. Era una figura, pero su muerte, temprana, y lo que sucedió tras ella, le convirtieron en leyenda. Una sobredosis acabó con su vida y la familia, católica, reclamó el cuerpo para enterrarlo en Florida. Los amigos de Gram no estuvieron de acuerdo. Él les había manifestado su deseo de ser quemado en un lugar que adoraba: el Joshua Tree National Park (adonde iba para intentar avistar ovnis). Así que la noche antes de que el féretro fuera enviado a Florida en avión, asaltaron el aeropuerto de Los Ángeles, se lo llevaron y lo quemaron en el parque al amanecer. Hoy en



ese lugar se emplaza un monumento a su memoria.

Decidí novelar el hecho desde el momento en que se sabe de la noticia hasta la incineración. Intuí que era una gran historia. No tenía más datos, pero daba lo mismo. Por ello cambié los nombres de los personajes y me inventé la trama manteniendo tan solo el núcleo de la historia: que un grupo de hippies había robado un cadáver para cumplir con su última voluntad. El tema era precioso. Y por suerte, poco antes de planear la novela, leí *La jauría humana* de Horton Foote y, viendo su técnica de capítulos cortos y cambios de personajes, todo a través de un ritmo frenético y acelerado, recordé mi propio estilo juvenil, olvidado con *El mundo de las ratas doradas*. Lo recuperé y jamás volví a traicionarme a mí mismo.

Cada escritor ha de ser consecuente con lo que es, con su manera de narrar. Puede mejorar, aprender, asumir riesgos, pero si pretende escribir como Hemingway, Borges, García Márquez, Faulkner o cualquier otro maestro sin estar preparado o sin sentirlo, estará condenado a la nada. Ellos ya existen. Uno ha de ser fiel a sí mismo y conocer sus limitaciones.

Una vez terminada la novela decidí presentarla al Premio Villa de Bilbao, que se fallaba a fines de octubre de ese mismo 1975. Lo hice lleno de esperanza.

Entonces descubrí otra verdad incuestionable: que la vida te hace pagar un precio por todo, y que a cuanto más aspiras, más pagas.

acudía al Mundo de la Fantasía en busca de ayuda y ese extraño ser con tres cabezas, el Guardián, partía en busca de esa nota maravillosa. Primero transitaba por las brumas inferiores (el subsuelo), después por las brumas sólidas (la tierra) y finalmente por las brumas superiores (el cielo). Pese al fracaso de mi idea, no renuncié al personaje, que aparecería más adelante en otra historia mucho más infantil. Teniendo en cuenta que se me había quedado colgado el *Anexo 1973-74* de la *Historia de la música pop* (mi sexta obra en orden cronológico desde 1972), que no editara la octava representó toda una desilusión... aunque por supuesto duró poco y no me afectó demasiado. Durante años intenté editar este libro hasta que, más o menos a comienzos de los 80, ya desistí por completo.

De la misma forma que el 80% de *Disco Expres* lo escribía todavía yo, también me hacía aproximadamente el 60-70% de *Popular 1*. De esos años viene mi rapidez a la hora de escribir. A veces incluso preparaba los artículos (a mano) en los aviones, regresando de aquí y de allá. Sin embargo, bien cierto es que no hay nadie indispensable. En *Disco Expres* no me decían de quién debía hablar. En *Popular 1* sí. Yo no era el dueño. Y la idea era que el *Popu* fuera una revista internacional, y eso implicaba no hablar de artistas nacionales, aunque fueran rockeros y fabulosos. Durante meses, mi guerra por abrir la revista a lo patrio fue muy dura, pero infructuosa. Había otros artistas vetados, o a los que se daba un espacio mínimo. Al final

me cansé de ello... aunque también es cierto que ya quería dedicarme por entero a la narrativa. Hacerlo por las tardes ya no me bastaba. El rock era fascinante, sí, pero más me lo parecía escribir novelas.

El 9 de febrero de 1976 fui invitado a ir a Madrid a ver el debut de Iceberg en el Teatro Alcalá. Fue memorable. Un éxito alucinante. Iceberg lo formaban buenos amigos míos, con Max Suñer a la cabeza. Su primer disco lo habían grabado porque yo llevé al productor Alain Milhaud a su local de ensayo y se los hice oír. Había un vínculo personal, pero más aún profesional. Al darme cuenta de que no iba a poder contar lo que estaba viendo, decidí irme de *Popular 1*. No quería que nada interfiriera en mi camino. Primero se lo comenté a Antonia. Teníamos dos hijos pequeños y, en pleno éxito, siendo probablemente el comentarista musical más influyente en la prensa española, lo dejaba casi todo, aunque decidí seguir en *Disco Expres* y en la radio un poco más (dos años en ambos casos). Antonia me dijo: «Hazlo, ya comeremos». Y lo hice. Cuando al día siguiente lo comuniqué, oí de nuevo la terrible pregunta: «Pero ¿es que pretendes vivir de tus libritos?». Una frase dolorosa que me atravesó. Ninguno de mis allegados creyó en mí de joven, y lo mismo sucedía en ese instante decisivo de mi vida. Obviamente, eso resultaba siempre mucho más provocador. Lejos de desmoralizarme, conseguían hacerme más fuerte, lo mismo que a lo largo de mi vida cada crítica o cada comentario estúpido me ha dado una nueva motivación a la hora

de escribir más, y, a ser posible, mejor.

Mi marcha de *Popular 1* también fue muy comentada en los medios. Al mes siguiente de abandonar la revista, y para rebatir mi argumento de que lo dejaba porque no hablábamos de grupos nacionales, se incluyó un reportaje de Iceberg.

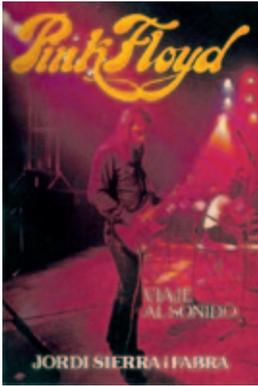
Total, que el 9 de febrero de 1976 renací por segunda vez tras mayo de 1970 y corté la última cadena que me ataba a un trabajo con más o menos horario y remunerado.

Ese mismo mes, después de hablar con José Luis Martín Quiroga, nació la colección *Música de nuestro tiempo*, conmigo como único autor.

Ah: estábamos en 1976, sin democracia ni elecciones a la vista, con el aliento de Franco en el cogote, Arias Navarro frenándolo todo, los grises repartiendo estopa, los involucionistas cargando y los de a pie soñando con el futuro. Fue un año tremendo, tan duro como intenso. Un ejemplo: yo firmé libros por primera vez por Sant Jordi en la Plaza de Catalunya. Presentaba *La revolución del 32 de triciembre*. A última hora estalló el habitual conflicto: manifestantes pidiendo cosas (Estatuto, amnistía, democracia, ya se sabe...) y los grises disparando balas de goma. El editor del libro, temeroso de que el título despertara la inquina de algún celoso policía, se jugó el tipo escondiendo los libros mientras todo el mundo, boca abajo en el suelo, esquivaba las balas de goma capaces de saltarte un ojo. Vi caer a muchos. Como debut de Sant Jordi no estuvo nada mal. Y solo es una muestra.

**LOS AÑOS
ROCKEROS.
1976-1982**

—(*segunda parte*)



9

PINK FLOYD, VIAJE AL SONIDO

Escrito → 24 de febrero, 29-31 de marzo y 1-6 de abril de 1976
Publicado → junio de 1976
por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, nº 1)

En España ya existía un editorial que publicaba regularmente libros de música, la asturiana Júcar. Yo no quise ser uno más de su nómina de autores. José Luis Martín Quiroga y Alfredo Llorente Díez apostaron por mí y así nació Música de Nuestro Tiempo, después de hablarlo mucho en 1975 y, sobre todo, tras mi independencia. ¿Viviría de mis «libritos»? Ni idea. Pero pronto lo comprobaría. El primer volumen de nuestra colección lo consagramos a Pink Floyd y yo se lo dediqué a mis amigos del grupo Mi Generación. En la contraportada aparecía yo, en el palco del estadio de Wembley, en un macroconcierto de Elton John, Eagles, Beach Boys y otros, celebrado el 21 de junio de 1975. No se aprecia en la imagen, pero tenía a mi derecha a Paul McCartney y a David Gilmour. Siempre le tuve mucho cariño a esa foto, aunque en las paredes de mi despacho hay otras mucho más históricas (la mayoría de las pocas que pude salvar al irme de *Popular 1*): Queen, Leonard Cohen, Frank Zappa, Ian Anderson, John Mayall, Robert Fripp,

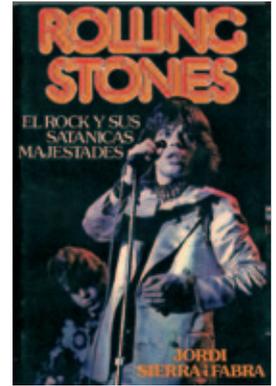
John McLaughlin, Dire Straits o el último concierto de Led Zeppelin.

Los libros nacieron bien. Además, ya tenía a uno de los mejores ilustradores de aquel tiempo, Antonio Dalmau, que hizo todas las portadas. Era un genio con el aerógrafo. Había un mercado ávido, un público, nuestras biografías estaban más documentadas, eran mejores y más bonitas que las de los libros de otras editoriales (cuyo mayor mérito era publicar las letras de las canciones por el morro, cosa a la que no nos atrevimos nosotros porque ya me había caído una multa por publicar una letra de Serrat en *Mitología pop española*. La editora me dijo: «Serrat no es el dueño, somos nosotros». La broma le costó tres mil pesetas a Tomás Salvador). La idea era publicar de dos a cuatro libros por año.

En la actualidad, la colección Música de Nuestro Tiempo alcanza precios de treinta, cincuenta y hasta cien euros en el mercado de segunda mano. Las tiradas no eran enormes: tres mil, cinco mil libros, así que son pequeñas joyas para los coleccionistas o los fans.



El primer volumen de nuestra colección lo consagramos a Pink Floyd y yo se lo dediqué a mis amigos de Mi Generación.

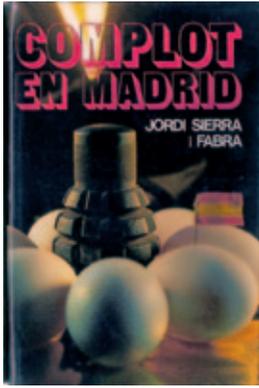


10

ROLLING STONES, EL ROCK Y SUS SATÁNICAS MAJESTADES

Escrito → 19-29 de abril de 1976
Publicado → junio de 1976
por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, nº 2)

Siguiendo con mi colección de libros de música, y tras planificar con mis dos socios los cuatro primeros títulos, consagramos el segundo a los Rolling Stones. Lo dediqué a todos «los que, para bien o para mal», habían estado en *Disco Expres*. Entre 1976 y 1978 el semanario degeneró muy rápidamente al comprarlo Gay & Company, excelentes a la hora de montar conciertos, pero no para mantener la publicación más emblemática de la música de aquel tiempo. Aun así, por amor propio, me resistí a renunciar. Siempre lo consideré mi medio de expresión más importante.



COMPLLOT EN MADRID

Guion → mayo de 1976

Escrito → 20 de mayo - 8 de junio de 1976

Publicado → marzo de 1977

por Ediciones ATE

Mi primera «gran novela», no por su éxito, sino porque fue la primera por la que cobré un sustancioso adelanto: ciento cincuenta mil pesetas. Es decir, mi sueldo de varios meses.

No recuerdo cómo llegué a Ediciones ATE ni cómo conocí a su dueño. Lo cierto es que me publicó *La revolución del 32 de diciembre*, en parte porque la Caja de Ahorros Municipal de Bilbao compraba miles de ejemplares para regalar a sus asociados y era un negocio. El dueño tenía a varios escritores más o menos jóvenes, a los que pedía libros concretos (triángulos de las Bermudas, dinosaurios y cosas así), pagaba poco y exprimía mucho. Yo estuve dispuesto a pagar el peaje; necesitaba tener «obra», así que no voy a flagelarme por ello. Por lo menos mantuve mi dignidad (como se verá al hablar de la biografía de Miguel Bosé más adelante), tanto en lo económico como en lo literario: yo no aceptaba encargos. Mantuvimos una relación estable (nunca me he peleado con un editor) y la terminamos cuando ya no le di más libros. Un día me dijo que lo

que yo necesitaba era publicidad, y que, lo mismo que Umbral iba por ahí con un pan bajo el brazo, yo tenía que hacer algo sonado. Me propuso bañarme desnudo en las fuentes de Montjuïc. Aterrador.

La idea de la novela se me ocurrió cuando, tras la muerte de Franco, se reunieron buena parte de los gobernantes del mundo, el jueves 27 de noviembre de 1975, en la iglesia de los Jerónimos de Madrid para asistir junto al rey Juan Carlos y su familia a la misa del Espíritu Santo. Allí estaban presidentes, reyes o primeros ministros de Suecia, Marruecos, Alemania, Francia, Estados Unidos... Un larguísimo etcétera. Al ver esas imágenes me pregunté qué habría pasado si un grupo terrorista hubiera volado la iglesia. Más aún: ¿y si, previendo la muerte del dictador, todos los grupos del momento se hubieran aliado para preparar con antelación la voladura del templo? Fue así como metí en un mismo saco a ETA, Al-Fatah, Septiembre Negro, Sinn Fein, Unión Demócrata Bretona, Montoneros, IRA y otros. ¿La idea? Crear un caos mundial y que, en cada país, cada grupo hiciera la guerra por su cuenta.

¿Absurdo? Que se lo digan a los del 11 de septiembre de 2001.

Frederick Forsyth estaba de moda con sus libros. Hacer un *thriller* espectacular me seducía, pero tenía que ir a Madrid a investigar sobre el terreno. Le propuse a Ediciones ATE el proyecto y le interesó sin reservas. De ahí que me adelantaran ciento cincuenta mil pesetas. Una fortuna. Los días 10, 11, 12 y 13 de mayo me fui a Madrid y

protagonicé una de las más delirantes experiencias de mi vida. Con la revista *Lecturas* del 5 de diciembre de 1975 me presenté en los Jerónimos. ¿Por qué esa revista? Porque en ella aparecían sentados en la iglesia los personajes a los que pretendía hacer saltar por los aires. Primero recorrí todas las casas circundantes para buscar el emplazamiento de un tirador. Subí en los ascensores, me asomé a más de un terrado y escogí el n.º 4 de la calle Casado de Alisal. Con dos. Luego entré en la iglesia y me puse a hacer un mapa de todo lo que veía. Saqué un metro para medir el grosor de los muros. En mi libreta apuntaba: «bomba aquí», «si vuela esto se cae el techo», «esta pared aplasta al vicepresidente de los EE UU»... Insisto: mayo del 76. Ni democracia ni nada, ETA y bombas, secuestros, asesinatos... No contento con esto me metí en las oficinas, o lo que fueran, donde había varias parejas que querían casarse, y pregunté por el párroco, rector o lo que hubiera. Como me hicieron esperar un rato, salí y abrí todas las puertas que me encontré, despachos, lavabos (me subí a uno para ver cómo era la cisterna del agua y si ahí cabía una bomba), archivos... y venga a hacer mapas. Finalmente me recibió el responsable de todo aquello y le pedí permiso para visitar las dos torres del templo. Muy cortés, me dijo esto: «Hijo, están cerradas. Aquí vienen a comulgar y a oír misa Sus Majestades, muchos ministros... Imagínate que fueras un terrorista y quisieras poner una bomba». Y yo, como un tonto, le contesté: «Es que es para poner una bomba...», y ya no me dio

tiempo a decirle que era escritor y estaba haciendo una novela.

El de la sotana se levantó, se la arremangó y salió por la puerta de su despacho gritando: «¡El retén, que venga el retén!». Ni siquiera me había dado cuenta de que, en la parte de atrás, había ciertamente un coche de la policía en vigilancia perpetua.

Me entró un sudor frío. Yo era un tipo con el pelo largo, barba, desaliñado, pañuelo al cuello, vaqueros, con unos papeles en los que había mapas de la iglesia y frases como «bomba aquí» y «bomba allá». Además, fichado por el TOP. Si me cogían, las palizas de los tres primeros días de reclusión por terrorista bastarían para dejarme aún más tonto. Todavía no sé cómo pude escapar. Recuerdo que salí en dirección contraria, crucé la iglesia a la carrera, llegué a la calle, paré un bendito taxi y le pedí que me llevara a no sé dónde. Estaba al borde del infarto. Ni siquiera respiré cuando vi que no me seguían, aunque pensé que por radio habrían dado mi descripción y que un helicóptero me rastreada por el cielo.

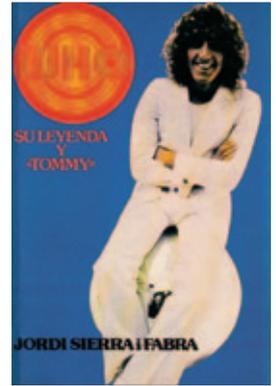
Nunca volví a los Jerónimos y, aún cada vez que paso cerca, siento el cosquilleo entre las piernas.

Escribí el libro en menos de tres semanas, en ATE hicieron una portada que me pareció horrible (unos huevos –sí, unos huevos, de gallina– con una bandera española clavada en uno, rodeando a una granada de mano), se editó en marzo de 1977 y no pasó nada. Creo que la editorial no acertó, a fin de cuentas. Era demasiado sensacionalista. Pero la idea era potente, y como *thriller*

«a la española», me sentí muy satisfecho de la historia. No sé por qué, en la última página de la novela pone que la acabé el 7 de julio (fue el 8 de junio). Tal vez porque el 7 era mi número y buscaba que me diera suerte. No la tuve, pero fue mi primera obra «profesional».



Ni siquiera respiré cuando vi que no me seguían, aunque pensé que por radio habrían dado mi descripción y que un helicóptero me rastreada por el cielo.



WHO, SU LEYENDA Y «TOMMY»

Escrito → 23-30 de junio de 1976

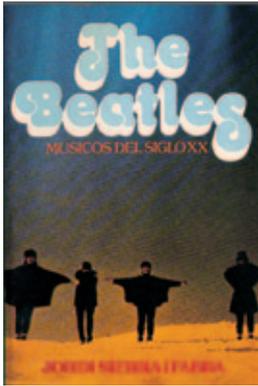
Publicado → diciembre de 1976

por Unilibro (colección

Música de Nuestro Tiempo, nº 3)



Después de los Beatles, y creo que casi igual que los mismos Stones, siempre sentí una especial debilidad por los Hollies, los Kinks y los Who. El mismo día del 0-5 en el Bernabéu a cargo de Cruyff y compañía, el 17 de febrero de 1974, Antonia y yo estábamos en Toulouse con los Who (me perdí el partido). Hubo un ataque a pedradas de los que no podían entrar y tuvimos que echarnos boca abajo en tierra... con la particularidad de que ella estaba embarazada de cuatro meses. No sé por qué, pero esa anécdota, de entre las muchas que he vivido, siempre me ha parecido peculiar.

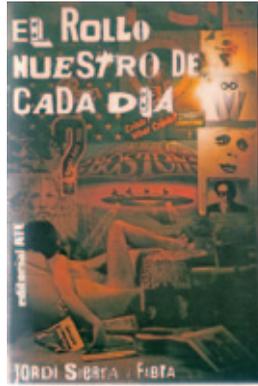


13

THE BEATLES, MÚSICOS DEL SIGLO XX

Escrito → 15-18 de julio de 1976
 Publicado → diciembre de 1976
 por Unilibro (colección
Música de Nuestro Tiempo, nº 4)

La colección *Música de Nuestro Tiempo* no podía seguir avanzando sin incluir a los Beatles, que se llevaron el n.º 4. Si por lo general tardaba una semana en despachar uno de los volúmenes, en este caso solo fueron cuatro días porque era como contar mi propia vida. Me la sabía de memoria.



14

EL ROLLO NUESTRO DE CADA DÍA

Escrito: agosto de 1976 - junio de 1977
 Publicado: abril de 1980
 por Ediciones ATE

Si en la vida he hecho un libro loco, absurdo, pero original (en su momento) y divertido (para los que vivieron el rock en este tiempo), es este.

Mis andanzas rockeras estaban ya muy llenas de historias, como para parar un carro. El mundo de la música daba para una novela al día; éramos jóvenes, teníamos hambre y con el fin de la dictadura caminábamos hacia un futuro en democracia y libertad. Mis amigos, todos músicos, estaban cien por cien pirados. El sexo empezaba a salir de las catacumbas de la represión. Después de una noche loca en casa de Pau Riba, surgió la idea de escribir la historia de un cantante homosexual que acaba conociendo a una mujer de bandera y enloquece por ella. Algo tan simple me dio pie para pasarme un montón... ¡en 1976! Ni siquiera hice un guion previo. De entrada bauticé la novela con el muy significativo título de *P.U.T.A.* (juro que no recuerdo qué significaban esas siglas, pero significaban algo y, cosa rara en mí, no lo apunté). Por supuesto, impublicable. Santi Arisa y yo tu-

vimos la idea de convertirla en una película con él de protagonista. Nada de nada. Ni locos. Era increíble que tan solo cuatro años antes yo estuviera cagadito de miedo esperando el fallo de la censura por mi primer libro, *Historia de la música pop*, y de pronto hiciera algo como *P.U.T.A.* Solo cuatro años. *Tempus fugit*. El libro estaba lleno de tacos, uno detrás de otro, era asquerosamente real. Pura poesía. En la contraportada decía: «*Esta es la historia de Lu y Mael. Existen. Son dos enrollados de hoy, dos seres humanos reales. Viven la vida al día. Vienen de ninguna parte y van a ninguna parte. Lo saben. El porro es su religión. La música, su pasión. Y el amor. Esta es la generación del presente*». Para alguien como yo, metido en el rock pero abstemio, que nunca había fumado y menos se había metido drogas, ni una calada a un porro... este libro era un desafío, una locura. Y que se editara después de mi Ateneo de Sevilla, más. Pero he dicho al comienzo que siempre he ido a mi bola. Qué caramba, lo hice, y formó parte de aquel tiempo, así que lo publiqué.

El libro quedó inconcluso en agosto de 1976, en Islaplana (el pueblo de los padres de Antonia, donde teníamos una casita heredada), y lo terminé diez meses después. Pero no se publicó hasta 1980, demasiado tarde porque ya nada era lo mismo, a pesar de que ya amanecía la «movida» madrileña. Quizás si lo hubiera pillado Almodóvar... Aún no sé cómo convencí a los de ATE para que lo editaran. Lo cierto es que haber ganado el Ateneo de Sevilla un año an-

tes me hizo crecer mucho a los ojos de mi editor, que ya era capaz de jugársela por mí. Tanto en la portada como en la contraportada aparezco, desnudo (aunque no se vea nada). En la portada, Antonia y yo preparamos una decoración llena de posters, ejemplares de *Disco Express*, una guitarra, discos... en nuestra nueva casa, la de Emérita Augusta, a la que nos habíamos mudado en 1976 porque los discos no cabían ya en la anterior. Yo aparecía derrumbado sobre un saco de diseño en el que solía sentarme, como si estuviera derrengado después de una noche loca. En la contraportada, una guitarra tapaba mi cuerpo. El nuevo título, desde luego, era por lo menos provocador.

Como lo editó ATE, no sé si vendimos muchos o pocos. Hoy es, quizás, mi mayor rareza.



A mi entender, el rock hecho en Cataluña desde 1969 había sido uno de los motores de la nueva música española.



15



DAVID BOWIE, EL «GLAMOUR» DEL ROCK

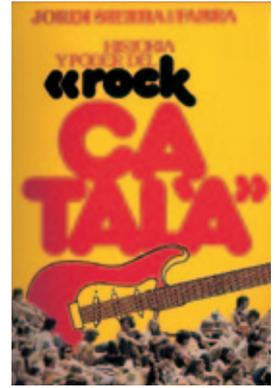
Escrito → 27 de septiembre - 4 de octubre de 1976

Publicado → abril de 1977 por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, Serie B, nº 1)

.....

La colección Música de Nuestro Tiempo iba viento en popa, así que decidimos crear una «serie B» para artistas que, en este momento, estaban de moda pero todavía no daban para un libro más grande. El primero fue para mi «camaleón» favorito, David Bowie, al que había conocido en su coronación como rey del glam rock el 12 de mayo de 1973 en el Earl's Court Arena de Londres. Aún conservo el pedazo de letrero informativo que había sobre las filas de la gradería y que me llevé como recuerdo después de que alguien me lo arrojara a la cabeza.

16



HISTORIA Y PODER DEL ROCK CATALÀ / HISTÒRIA I PODER DEL ROCK CATALÀ

Escrito → 10-20 de octubre de 1976

Publicado → marzo de 1977 por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, nº 5);

reeditado en catalán, abril de 2007, por la revista Enderrock

.....

Me costó sangre, sudor y lágrimas editar este libro. Mis dos socios no lo veían rentable, decían que era demasiado local aunque estuviera escrito en castellano. Pero, a mi entender, el rock hecho en Cataluña desde 1969 había sido uno de los motores de la nueva música española. En aquellos días, Sevilla era el corazón; Barcelona, la técnica (con músicos muy buenos y de enorme nivel), y Madrid, el escaparate. Después de muchos tira y afloja conseguí hacerlo, pero... financiándolo yo mismo con los beneficios de los anteriores libros de la colección. Fue una gozada escribirlo y entrevistar a los protagonistas, y fui, como siempre, muy minucioso con las fechas para que se convirtiera en un documento de referencia. Pero la guinda fue «el póster». Era frecuente en el rock hacer árboles genealógicos de los artistas, con sus múltiples derivados y cambios. Metí a todos los grupos y solistas del rock catalán en un gigantesco póster que se regaló

con el libro. Como quería también publicarlo en las páginas centrales de *Disco Expres*, primero hice el marco y luego tuve que encajar los árboles genealógicos en él. El original, con papel cebolla y letras minúsculas hechas con plumilla y tinta china, está colgado en mi despacho de Barcelona y es invendible, aunque me han ofrecido fortunas por él. Tardé el doble en hacer el póster que el libro.

Para conmemorar el trigésimo aniversario de su publicación, convertido ya en un clásico, se lo ofrecí a la revista *Enderrock*, la más importante del circuito catalán, con la condición de que lo regalaran a sus lectores y en nuestro idioma. Un mes antes también ofrecieron el póster.



Cerré 1976 habiendo escrito nueve libros: empezaba a probar que sí podía vivir «de mis libritos».



17



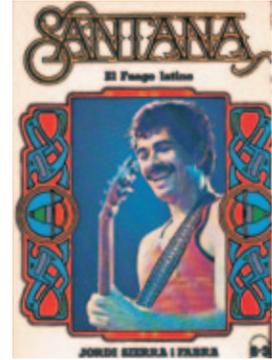
RICK WAKEMAN, MITOS Y LEYENDAS DEL BRUJO DE YES

Escrito → finales de noviembre - comienzos de diciembre de 1976
Publicado → abril de 1977
 por Unilibro (colección *Música de Nuestro Tiempo, Serie B, nº 2*)

El desmesurado teclista Rick Wakeman era popular en aquellos días en España por sus obras en solitario. Rock sinfónico elevado a su máxima expresión. Pero Rick tenía detrás su paso por Yes, y eso me decidió a incluirlo en la serie B de nuestra colección. Los artistas elegidos los consensuábamos José Luis Martín Quiroga, Alfredo Llorente Díez y yo; pero, sobre todo, Martín Quiroga y yo. Y él, que era el distribuidor, tenía su peso... y mucho entusiasmo. Cuando quería algo era difícil decirle que no, así que, si él quería a Rick Wakeman, yo, como contrapartida, le exigía a Santana. Y pactábamos.

Cerré 1976 habiendo escrito nueve libros (uno inacabado) después de dejar *Popular 1*, así que empezaba a probar que sí podía vivir «de mis libritos».

18



SANTANA, EL FUEGO LATINO

Escrito → finales de febrero - comienzos de marzo de 1977
Publicado → septiembre de 1977
 por Unilibro (colección *Música de Nuestro Tiempo, Serie B, nº 3*)

Carlos Santana siempre me había hecho pasar muy buenos ratos desde Woodstock, y todas las veces que le había visto o había hablado con él habían sido memorables. Vestido de blanco, contándome cómo había sido «impuro» hasta que su gurú le hizo adentrarse por el buen camino, tenía su magia. Lo apreciaba y por eso quise que estuviera en la colección.

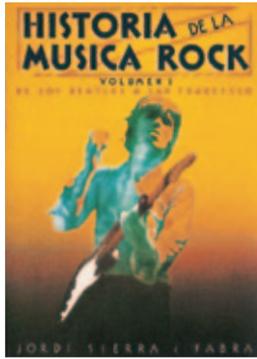


19

PETER FRAMPTON, ALIVE!

Escrito → mediados de abril - comienzos de mayo de 1977
Publicado → septiembre de 1977
por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, Serie B, nº 4)

El guitarra Peter Frampton fue el gran vendedor de 1977. Literalmente, «se salió». Escribir su biografía fue un puro ejercicio comercial, necesario para la supervivencia y el equilibrio de nuestra colección. A la crisis de 1973 le sobrevinía otra y los tiempos no estaban para purismos. Reconozco que fue un empeño de Martín Quiroga y, a la hora de votar, se imponían los números.

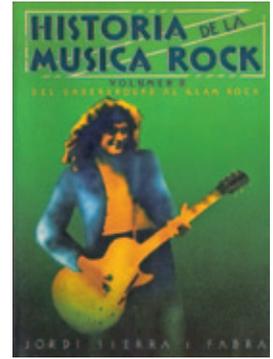


20

HISTORIA DE LA MÚSICA ROCK, VOL. 1: DE LOS BEATLES A SAN FRANCISCO

Escrito → primavera de 1977
Publicado → febrero de 1978
por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, nº 6)

Habían pasado cinco años desde el magno 1962-1972. *Historia de la música pop (de los Beatles a hoy)*, y en español seguía sin haber nada que aglutinase la historia de lo que sucedía a velocidad de vértigo en el mundo del rock. Así que planifiqué otra modalidad de texto para recuperar mi vieja idea de hacer un libro al año con lo mejor de los doce meses pasados. La nueva idea consistía en editar libros recopilatorios cada tres, cuatro o cinco años, dependiendo de los vaivenes y los cambios del universo rockero. De entrada, ya había material para tres volúmenes, y este fue el primero. Todavía hoy se cuenta entre mis libros más buscados de segunda mano, y a precios astronómicos de coleccionista. Cuando se editó, Alfredo Llorente Díez ya no estaba en el equipo de la colección y esta dependía solo de Martín Quiroga y de mí.



21

HISTORIA DE LA MÚSICA ROCK, VOL. 2: DEL UNDERGROUND AL GLAM ROCK

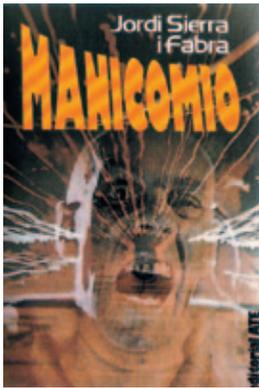
Escrito → primavera de 1977
Publicado → febrero de 1978
por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, nº 7)

Segundo volumen de la *Historia de la música* explicada en el libro anterior.



En español seguía sin haber nada que aglutinase la historia de lo que sucedía a velocidad de vértigo en el mundo del rock.





22

MANICOMIO

Escrito → verano-otoño de 1977

Publicado → octubre de 1978

por Ediciones ATE

En primavera de 1977 conocí a una enfermera de un hospital psiquiátrico. Las historias que me contó sobre los internos despertaron mi interés. Las había de todos los colores: sexuales, políticas, históricas... y profundamente humanas. Vi potencial al tema y le propuse que me describiera casos, no solo de su hospital, sino también de otros. Reuní al menos cien historias de centros psiquiátricos y escogí las que, a mi juicio, eran las mejores. El libro se convirtió en un éxito de inmediato, sin publicidad, por el boca a oreja, y escribí resúmenes de cada caso, durante varias semanas, en la revista *Pronto* de mi amigo Mariano Nadal. El éxito fue aún mayor. Dado que mi foto aparecía cada semana en la cabecera, ya no solo me reconocían algunos *fans* por la música, sino todo tipo de personas que me paraban por la calle para manifestarme su interés y lo mucho que les afectaban mis relatos. No cobré más que el adelanto que me dio la editorial, así que no sé cuántos miles de ejemplares se vendieron ni cuántas ediciones se hicieron. Pero en muchos países de Latinoamérica apareció una versión de Círculo de Lecto-

res con mis apellidos cambiados (Fabra i Sierra), amén de diversas ediciones piratas, y todavía hoy me lo recuerdan con cariño algunos lectores por lo mucho que les impresionó.

Estaba en mis últimos meses en *Disco Expres* y en la radio; mi único vínculo con la música pronto iba a producirse exclusivamente a través de los libros. Tampoco estaba mal. Por lo menos ya colaboraba como *freelance* en las revistas de Mariano Nadal. En otoño de 1977 quiso hacer una revista musical, pero no de rock, sino para *fans*. Era el tipo más listo del mundo y previó lo que iba a pasar con la música. Yo era un rockero, cabello muy largo, barba, pinta de guitarrista loco... Un día me provocó. Me dijo: «Mucho rock, mucho *Disco*



No hay nada peor en la vida que ponerse topes de edad.

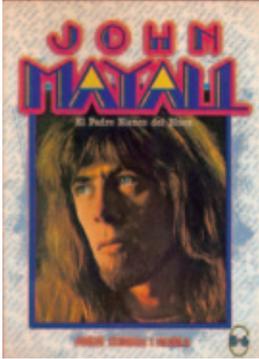


Expres, mucho *Popular 1*, pero ¿cuánto vendías cada semana de *Disco Expres* o cada mes de *Popular 1?*». La respuesta era simple: unos pocos miles de cada. Entonces me dijo que haríamos una revista que vendería un millón de ejemplares. Así nació *Súper Pop*. Ciertamente, a los seis meses llegamos al medio millón de ejemplares y, al año, al millón. *Súper Pop* se convirtió en un fenómeno, el quinto medio más vendido de España.

Yo no firmaba nada, pero constaba como asesor (cada quince días asistía a la reunión del equipo redactor), lo que me permitió seguir siendo valorado por las compañías discográficas, continuar recibiendo discos y viajando a los paraísos rockeros, sobre todo Londres y Nueva York, pero también Roma, París y un largo etcétera.

Pero antes de eso, cumplí treinta años en julio. Y fue una conmoción. ¡Treinta años! No pasé ninguna crisis a los cuarenta, ni a los cincuenta, ni a los sesenta, pero a los treinta... La culpa fue mía. Cuando empezaba me decía: «Si a los treinta no he conseguido publicar libros o ser quien quiero ser, me pongo corbata y me hago cajero de banco». No hay nada peor en la vida que ponerse topes de edad. Te marcan. A los treinta lo había conseguido, pero el número estaba ahí, pesaba como una losa. Me sentí «mayor». Entonces recordé una frase de John Lennon que me «salvó». Decía: «De repente tienes treinta años, ¡y queda tanto por hacer!». ¿Tanto? ¡Todo! Fui consciente en ese momento de que lo tenía TODO por hacer. Y me dediqué a ello.

23



**JOHN MAYALL,
EL PADRE BLANCO DEL BLUES**

Escrito → 17-24 de octubre de 1977
Publicado → abril de 1978
por Unilibro (colección Música
de Nuestro Tiempo, Serie B, nº 5)

John Mayall era una de mis debilidades, hasta tal punto que, cuando le hice saber, al regalarle este libro, una de las mejores anécdotas de mi vida, se echó a llorar de la risa. La dedicatoria decía: «A John, en recuerdo de los días en que tuve que robar comida para poder comprar sus discos».

Cuando, el 3 de abril de 1971, Antonia y yo nos casamos, nos fuimos en autobús a Andorra, que era lo más «extranjero» que podía pagar entonces, recién librado del servicio militar. Teníamos las quince mil pesetas de mi sueldo para pasar la luna de miel... y el mes. Nada más llegar a Andorra me encontré con la discografía completa de John en una tienda. Todos sus discos, que no llegaban a España. Y no eran pocos. Así que tuve que decidir entre comprarlos y no comer, o comer y no comprarlos. Antonia, que era estupenda, me dijo: «Cómpralos, que ya comeremos». Y los compré. ¿Cómo comimos? Pues las dos semanas siguientes nos dedicamos a «tomar prestado» cada día de los almacenes más famosos de Andorra la

Vella. Y, puestos a coger, cogía lo que de otro modo no nos podíamos permitir. Entrábamos con el anorak lleno de bolsillos vacíos y salíamos con la barra de pan que pagábamos y los bolsillos llenos. Ha sido el único delito de toda mi honesta vida.

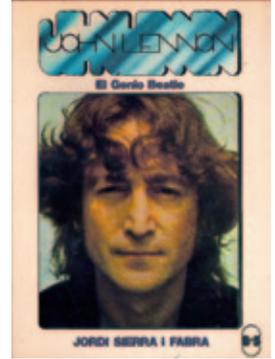
A John Mayall, por supuesto, la historia le pareció fantástica. Todavía hoy me imagino qué habría sucedido si nos hubieran pillado. Una luna de miel en la cárcel. Quizás no habría nacido nuestra hija Georgina, que fue engendrada en la modesta pensión de Andorra.



Desde que los Beatles irrumpieron en mi vida, tomé a John como ejemplo y referencia.



24



**JOHN LENNON,
EL GENIO BEATLE**

Escrito → segunda quincena
de noviembre de 1977
Publicado → abril de 1978
por Unilibro (colección Música
de Nuestro Tiempo, Serie B, nº 6)

Desde que los Beatles irrumpieron en mi vida, tomé a John como ejemplo y referencia. Algo así como un hermano mayor. Los dos tuvimos mucho en común en la infancia y primera adolescencia: la soledad, el fastidio de los profesores o los mayores en la escuela, etcétera. Así que, aunque ya había publicado el libro sobre el grupo en la colección, quise dedicarle uno a él solo después de casi siete años de carrera en solitario. Poco podía imaginarme yo lo que representaría este libro en mi vida, y las veces que lo reescribiría y lo adaptaría para otras editoriales y otras colecciones, en España y Latinoamérica, tras el asesinato de mi camarada.

25

1977-1978. EL LIBRO DEL AÑO

Escrito → noviembre-diciembre de 1977

Publicado → diciembre de 1977
por Publicaciones Heres

Erre que erre, desempolvé el viejo proyecto de hacer un libro anual sobre el rock tras un 1977 lleno de grandes discos. Esta vez convencí a Mariano Nadal para editarlo en formato de revista pequeña y venderlo solo en quioscos y a un precio muy competitivo. El plan salió bien, funcionó, pero no hubo continuidad al año siguiente. Lo que sí hicimos fue copiar el modelo para hacer novelas baratas para quioscos. La primera, de inmediato: *¿Estás vivo, Jim?*

26

¿ESTÁS VIVO, JIM?

Escrito → 1-15 de febrero de 1978

Publicado → mayo de 1978
por Publicaciones Heres

Mariano Nadal y yo tratamos de recuperar con esta novela el viejo espíritu de las novelas de quiosco, tamaño folletín, a dos columnas y a un precio de bolsillo. Para nuestro primer proyecto escribí uno de mis libros más curiosos.

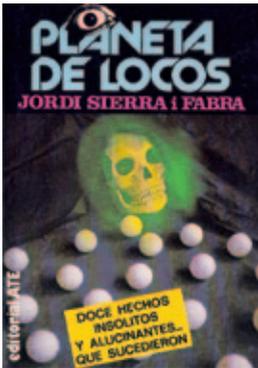
Jim Morrison, líder de los Doors y leyenda del rock, había muerto en julio de 1971 dejando tras de sí una oleada de sospechas y mucho misterio. De entrada, estaba en París huyendo de la justicia estadounidense, que le había condenado a unos años de cárcel por escándalo público. Su muerte no fue notificada hasta unos días después; nadie vio el cadáver, salvo un oscuro médico que certificó su defunción; a su entierro acudió «alguien» vestido con un abrigo en pleno julio. La misma noche del trágico suceso, un presentador de un club dijo que Jim había muerto, y su novia, Pamela, la única que estaba a su lado, murió no mucho después que él. En los años siguientes, la frase «Jim vive» se hizo popular (como la referida a Elvis) y siguieron apareciendo «pistas» que alimentaban el mito: que si «alguien» (siempre «alguien») había abierto la tumba y estaba vacía; que si «alguien» parecido a él



había sido visto en tal sitio y en tal otro... Reuní todos estos datos, ni uno más, solo los publicados en esos años, y con ellos fabriqué una historia en la que un periodista (mi álter ego) investigaba y hablaba con todos los allegados de Jim... hasta encontrarle vivo en una playa de Normandía, retirado del mundanal ruido. Su muerte había sido una aña-gaza para no ir a la cárcel y dejar la música.

Como novela era buena, y como curiosidad, también. La portada que hizo Toni Dalmau es de las mejores que he visto en la vida, con una cabeza de Jim en la que flotaban todos los ingredientes del libro, incluido yo mismo en plena «investigación». La anécdota quizás más loca de mi vida en relación con una novela llegó entonces.

Mi amigo Alberto Manzano (poeta y traductor), mitómano donde los haya, me llamó emocionado para decirme que «lo sabía», que siempre había estado seguro de ello: Jim no había muerto. Me pidió que le revelara el lugar donde le había encontrado, jurándome «no decir nada a nadie». Aluciné. Tuve que jurarle a mi vez que era una invención, a lo cual me respondió, también, con uno de los mejores halagos que jamás me hayan hecho: «Jordi, ni tú eres tan bueno como para inventarte algo así». En fin, se llevó una desilusión. No mucho después, recuperé la historia para los que se la habían perdido en el quiosco, reescribiendo el libro para mi colección Sam Numit y con el título *En busca de Jim Morrison*.



27

PLANETA DE LOCOS

Escrito → 26 de marzo - 6 de abril de 1978, 9-30 de agosto de 1979 y 26 de febrero de 1980
Publicado → septiembre de 1981
por Ediciones ATE

El éxito de *Manicomio* hizo que me planteara otro libro de relatos para ATE. Relatos reales. Y escogí temas sorprendentes para darle forma, temas que a lo largo de mi vida me habían fascinado o sacudido por alguna u otra razón, y que guardaba en mi memoria o en mis libretas de apuntes (siempre he sido un fan de la realidad). De hecho, escribí los primeros relatos aún antes de publicarse *Manicomio* y completé el libro en agosto de 1979, más un día para un último relato en 1980. Salió después de que ganara el Premio Gran Angular por primera vez en 1981 y dos años después de lograr el Ateneo de Sevilla en 1979.

Las historias de *Planeta de locos* eran variopintas, pero la primera, «No matéis a los tigres del valle», la reescribí después y se convirtió en uno de los libros infantiles más conocidos de mi primera etapa. Otros relatos los reescribí y utilicé en mi proyecto *La máquina infinita* de 1989.



28

EN CANARIAS SE HA PUESTO EL SOL

Escrito → 11 de abril - 10 de mayo de 1978
Publicado → mayo de 1979
por Planeta

Casi parece increíble que, entre tantos libros de música, relatos y demás historias, surgiera ante mí la idea de esta novela y que, además, acertara al escribirla. Pero así fue. Estaba a las puertas de mi primer hito como escritor.

Un día de 1978 (creo que el 25 de febrero, no lo anoté, ¡jay!). En televisión dan la noticia de que la OUA (Organización para la Unidad Africana, si no recuerdo mal) ha dicho que las islas Canarias no son españolas sino africanas. Yo hago el siguiente comentario: «Buen tema para un libro, una guerra civil en Canarias por la independencia». Al poco, Antonia me pregunta cuándo lo empiezo y me voy ya a mi despacho a tomar notas. Nunca había estado en Canarias, ni podía ir porque estaba liado, y me di cuenta de que me hallaba ante «el libro», el argumento que tanto había esperado o había estado buscando para dar el salto y presentarme... al Premio Planeta.

No quedaba apenas tiempo, así que traicioné mi ideario (lo de ser exacto y preciso en todo lo posible) y, para documentarme,

me compré una enciclopedia llamada *Todo Canarias* (un volumen muy grueso) y un sinfín de postales de las islas. Hice el guion imaginándome una España apocalíptica a mitad de los años ochenta, porque la novela transcurre en 1985. Resulta asombroso que en 1978 yo fuera capaz de vaticinar tres cosas que sucedieron: el golpe de Estado de 1981, la subida al poder del PSOE con Felipe González y el atentado que sufrió el líder del MPAIAC (Movimiento por la Autodeterminación e Independencia del Archipiélago Canario) a manos de los servicios secretos españoles (que no le mataron, pero le dejaron paralizado en una silla de ruedas). En aquellos días, el MPAIAC ponía bombas en Canarias y lo de la guerra por la independencia no era ninguna locura, pero en mi novela necesitaba un gobierno de derechas que fuera capaz de mandar al ejército a las islas.

Por si fuera poco, el libro tenía seis frentes con multitud de personajes, y transcurría en unas pocas horas, entre el 9 y el 10 de octubre de 1985 (no era una fecha casual: el 10 de octubre era el aniversario de la muerte de mi padre). Por un lado, en Madrid iban a ser ajusticiados los terroristas que habían puesto una bomba en el Bernabéu en un Madrid-Barcelona. Por otro lado, en Barcelona era secuestrado el famoso tren de Vandellós, que en aquel tiempo atravesaba la ciudad cargado con residuos tóxicos y radiactivos. Los terroristas del tren amenazaban con volar y contaminar la ciudad si no se ponía en libertad a sus compañeros. Además, un

comando español desembarcaba secretamente en Argel para matar al líder independentista (Cubillo). En Las Palmas, un chico se disponía a viajar al sur para ayudar al desembarco de nuevos terroristas procedentes de los campos de entrenamiento de la Cirenaica, en Libia. Y, por último, en Libia, el responsable de esos campos hacía de las suyas mientras un espía trataba de descifrar cuándo serían enviados los combatientes. No faltaba la CIA y algún capítulo con los entresijos de Washington. La novela tenía un ritmo frenético, con capítulos cortos y mucho diálogo (por otra parte, mi constante eterna).

Me presenté al Premio Planeta, sí. Y unos días antes del fallo, el mismo señor Lara dijo en un periódico que «los favoritos de ese año eran un libro sobre el crimen de los Galindos y una novela sobre una guerra civil en Canarias». Yo tenía treinta y un años. Era «favorito». Estaba emocionado. Luego, el 15 de octubre, ganó Marsé con *La chica de las bragas de oro* y, en segundo lugar, quedó la novela sobre el crimen de los Galindos (un caso muy famoso de la época). Yo quedé cuarto. Planeta solo editaba los tres primeros libros del premio.

Unos días después, el señor Lara me llamó a su despacho.

Cuando me vio aparecer, con mis melenas, mi barba y mi ropa, lo primero que me dijo fue: «¿Usted es Sierra i Fabra? Pues mire, me lo imaginaba mayor, que había hecho la guerra y pasado hambre». Toma ya.

Durante aquellos quince o veinte minutos (en los que hablé por teléfono con Manuel Fraga

y con Garrigues Walker, entonces ministro), Lara me dijo: «Si ha quedado cuarto en el Planeta, es muy probable que pueda ganar el Ateneo de Sevilla. Oiga, que no se lo estoy regalando ni ofreciendo. Solo le digo que allí la competencia es menor. Inténtelo».

No volví a verle ni supe nada de Planeta hasta el 18 de abril de 1979, cuando en Sevilla gané el que por entonces era el tercer premio de España, por detrás del Planeta y el Nadal, con una dotación de un millón de pesetas. Unos días antes llamé a Sevilla para preguntar por las novelas finalistas, haciéndome pasar por un periodista. Como la mía estaba entre ellas, pagué el avión, los tiques de la cena, y allá fuimos Antonia y yo. Era la primera vez que iba a una fiesta así siendo candidato. El jurado sabía cada rato para anunciar cómo iban las votaciones, así que la cena fue de infarto (hubo siete votaciones). Además, en la mesa había gente de la alta sociedad de la ciudad, y cuando aparecí no querían que me sentara porque mi aspecto les dio miedo. Llevaba botas, pantalones y camisa granate (SIN corbata) y una chaqueta de alpaca marrón claro. Al darse cuenta de que era finalista, cambió el tono. Cuando quedábamos dos, una señora me dijo: «Tranquilo, joven. Seguro que le publican la novela». Era evidente que ni locos pensaban que yo pudiera ganar. Cuando se anunció el fallo, la misma señora saltó de lado a lado de la mesa, chillando, para ser la primera en abrazarme. Era la mujer más feliz del mundo porque iba a poder contar que había estado

sentada junto al triunfador de la noche.

En la vida hay pocos momentos en que toques el cielo con las manos, lo he dicho antes. Esa noche lo toqué. Realmente pensé que ya estaba, que lo había conseguido. Me sentí en la cima. El efecto duró poco, pero durante unas semanas, meses... Además, el premio era de un millón de pesetas.

Cuando fui a presentar el libro a Canarias, los locutores y periodistas alabaron mi documentación, lo mucho que sabía, lo «buen canario» que era. Cuando les dije que era mi primera visita, no se lo creyeron. Empecé a darme cuenta de que mi habilidad para contar historias y manejar con fluidez apenas un puñado de datos (algo heredado de mis días en las revistas musicales) era uno de mis valores. En cuanto el libro salió, hubo malestar en la extrema derecha y la extrema izquierda. Unos decían que yo daba ideas a los terroristas. Otros, que mi libro mostraba una España fascista terrible. Una revista de derechas dijo que, en «mi delirio», hacía que un tren nuclear pasara por Barcelona. Esa era la única cosa cierta de la novela, y siguió ocurriendo durante años. En Tenerife hubo un movimiento fascista en mi contra; aparecieron en la feria y aporrearon la parte de atrás de la caseta de las firmas gritando a coro: «¡Cor-tad-le-los-hue-vos... y-las-ma-nos!». Anécdotas.

La novela tuvo un sinfín de ediciones, incluso de lujo, recopilaciones, etcétera. Calculé unas cuarenta. Me compararon con Forsyth: había escrito un *thriller*

español. Se vendieron miles de ejemplares.

Todavía unos años después, Planeta vendió en una operación a plazos unos trescientos mil ejemplares de los premios Planeta y Ateneo. Con ese dinero, inesperado, me compré un Porsche de segunda mano en 1988. Y no faltó una oferta para el cine, con Franco Nero de protagonista y un presupuesto de trescientos millones de pesetas... Por supuesto, no pasó nada.

Una última anécdota: Planeta programó la presentación de la novela en Sevilla sin consultarme previamente (en Barcelona, el presentador fue un orgulloso Juan Castelló Rovira). Yo estaba en Nueva York invitado una semana por los Bee Gees, y a continuación me había invitado Supertramp para la presentación de su gran *Breakfast in America*. Supertramp era uno de los grupos con los que mantenía una mayor amistad después de descubrirlos en 1974 en un pequeño teatro y vaticinarles que serían el grupo de los siguientes años, como así fue. Tuve que volar a España vía Madrid, dormir en Barcelona, irme al día siguiente a Sevilla, presentar el libro, dormir en Sevilla, volar a París con escala en Madrid, tomar el Concorde y regresar a Nueva York para el concierto en el Madison y la cena en las Torres Gemelas. Un ejemplo de cómo era mi «vida rockera» todavía.

Había escrito un *best seller*. Por fin. Y con treinta y un años.

La vida pronto iba a demostrarme que eso no significaba nada. Que cada libro que escribes es siempre, siempre, el primero. Y que, con él, te la juegas.



TERROR Y MUERTE EN LOS MUNDIALES

Escrito → 16-20 de mayo de 1978

Publicado → mayo de 1978

por Publicaciones Heres



No deja de ser sorprendente que, después de escribir la que sería mi primera gran novela y mi primer gran *best seller*, abordara un subproducto comercial, pero cien por cien reivindicativo en el fondo, destinado a la venta en quioscos y a cien pesetas ejemplar, como *¿Estás vivo, Jim?* Mariano Nadal y yo seguíamos tratando de recuperar el viejo folletín de muchos años atrás, novelas a precio barato, editadas a dos columnas la página. La cosa fue bien... pero ya no hicimos más.

En 1978 se celebraba el Mundial de Argentina. Todos sabíamos, después del golpe de Estado de 1976, que allí moría gente, había cientos de desaparecidos (que luego fueron miles) y las cárceles estaban a reventar de presos. Lo sabíamos... pero nadie hizo nada. Así fue como muchos lloramos viendo al dictador Videla y a su cohorte de militares refocilarse por la conquista del campeonato, incluido el no menos escandaloso amaño del partido contra Perú que abrió el camino al equipo nacional para que llegara a la final.

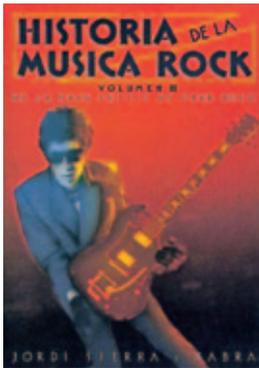
Meses antes del campeonato, tuve la idea de escribir una novelita en la que unos terroristas secuestraban al equipo nacional de Inglaterra en pleno justo antes de la final. La idea no era mala, la trama era buena y, como siempre, sin cabos sueltos, docu-

mentada. Todavía no sé si fue un chiste, un modo de vender miles de libros (que los vendimos) o un pequeño grito de protesta por el verdadero «terror y muerte» del Mundial de Argentina.



Cada libro que escribes es siempre, siempre, el primero. Y con él te la juegas.





30

HISTORIA DE LA MÚSICA ROCK, VOL. 3: DE LA GRAN CRISIS AL PUNK ROCK

Escrito → julio de 1978
Publicado → septiembre de 1978
por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, n^o 8)

Tercer volumen de mi historia del rock en bolsillo (véanse los números 20 y 21).



Todo lo que puedan decir dos personajes, que no lo diga el narrador.



31

BEE GEES, NIGHT FEVER & SGT. PEPPER'S

Escrito → verano de 1978
Publicado → octubre de 1978
por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, n^o 9)

Los Bee Gees estaban en la cresta de la ola. Primero *Saturday night fever*, la película musical más influyente de los años setenta, catapulta del carismático John Travolta. A continuación, *Grease*, adaptación del espectáculo *made in Broadway* del mismo título, aunque solo colaboraran en la banda sonora. Y finalmente protagonizaron junto a Peter Frampton la horrible «adaptación» del *Sgt. Pepper's* de los Beatles. Nosotros no sabíamos que la película sería un fracaso cuando nos planteamos la biografía del grupo para la colección, sazonando el título con los dos referentes básicos del momento. Sea como sea, los Bee Gees merecían un libro, a salvo de cualquier excusa momentánea, porque en la segunda mitad de los sesenta fueron capaces de hacer perlas como «I've gotta get a message to you» y «Massachusetts», o álbumes como *Odessa*.



32

EL CAZADOR

Escrito → agosto de 1978
Publicado → mayo de 1981
por Ediciones SM y septiembre de 2010 por Mare Nostrum de Chile

La historia que envuelve a este libro da para mucho: por qué lo hice, los problemas que tuve para editarlo, que acabara siendo mi «primera obra juvenil» cuando aún sigo creyendo que estaba a años luz de serlo. Quizás sea la menos juvenil de todas mis presuntas obras juveniles. Las etiquetas, sin embargo, son las etiquetas, y hasta expertos como Jaime García Padrino la siguen colocando en lo alto del pedestal imaginario formado por mis mejores libros... juveniles. También fue la llave que me condujo a Ediciones SM y al universo donde más y mejor he podido dar rienda suelta a la fantasía y a mi libertad como escritor, abriendo las compuertas del torrencial alud creativo que siempre me ha caracterizado.

Ya en 1978, y después de escribir *En Canarias se ha puesto el sol*, una de mis habilidades más reconocidas era mi don para escribir diálogos. Mi norma siempre ha sido: «Todo lo que puedan decir dos personajes, que no lo diga el narrador». Hacer una novela sin diálogos era la clase de reto que me provocaba. Así que desarrollé la historia de un «viejo»

cazador (cincuenta y siete años; yo tenía solo treinta y uno) que iba a la selva a cazar su último tigre antes de retirarse. Por supuesto, tenía que capturarlo vivo y, para probarse algo a sí mismo, iba sin armas. En síntesis, esa es la clase de reto que me encanta en un personaje: la superación, la resistencia, la persecución de un ideal rayano en la perfección, vivir hasta el límite, luchar siempre por algo. Si hoy volviera a escribirlo, creo que suprimiría la primera parte, cuando explico por qué mi personaje, Dubal, está viviendo en una selva junto a una indígena. Comenzaría la novela cuando él llega al valle del Sá y se inicia la caza. Pero incluso cuando se reeditó en Chile en 2010 no quise tocar nada. He dicho «si volviera a escribirla»: no me gusta tomar una obra antigua y pulirla, corregirla o adaptarla al presente. Eso no es auténtico. Aborrezco las «ediciones revisadas por el autor». Solo modifiqué *El joven Lennon* porque había errores en su primera edición y era necesario corregirlos.

En la novela, Dubal descubre a dos tigres jóvenes, macho y hembra, y pasa medio libro persiguiéndolos hasta que consigue atrapar a la hembra. La otra mitad habla de la persecución que el tigre macho lleva a cabo para rescatar a su tigresa. La historia deviene así en una epopeya romántica, porque en el fondo es un libro de amor, aunque los protagonistas sean dos tigres.

El final del libro es emocionante: cazador y tigre, exhaustos, rotos, hambrientos y sedientos, quedan cara a cara en el río que separa el valle del Sá de la civilización. Y es entonces cuando

Dubal entiende que no ha de probarse nada a sí mismo, que la vida es otra cosa, y abre la jaula para que la tigresa recupere la libertad. Los dos tigres vuelven al valle y él junto a su esposa indígena. En la última parte utilicé una técnica muy acelerada para provocar que el lector se precipitara por ella como por una montaña rusa: los capítulos finales van decreciendo en tamaño, hasta el último, que solo tiene una línea.



Firmado por Hemingway, este libro sería maravilloso, pero firmado por ti, no venderemos ni uno.



Un detalle: escribí el libro en la casita de la familia de Antonia en Islaplana, Murcia, y, mientras hablaba del valle del Sá y de la selva ubérrima de la novela, miraba por la ventana, empapado de sudor (era el único ser vivo que no dormía la siesta aquellas tórridas tardes de agosto), y lo que veía eran las peladas y lunares montañas de mi entorno sin árboles. Más imaginación, imposible.

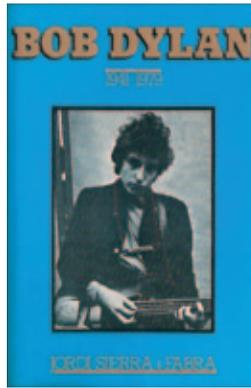
Dos meses después, *En Carnarias se ha puesto el sol* quedó cuarta en el Premio Planeta. No quise ceder *El cazador* a Ediciones ATE. Preferí guardarlo, intuyendo «algo más». Esperé a ver qué sucedía con mi novela

de suspense y, en abril de 1979, ganó el Premio Ateneo de Sevilla. Nada más publicarse y convertirse en un éxito de ventas, llevé *El cazador* a Planeta. La respuesta fue inolvidable: «Firmado por Hemingway, este libro sería maravilloso, pero firmado por ti, no venderemos ni uno». Yo respondí: «¿Qué hago, me pongo a dar saltos de alegría por compararme con él o a llorar porque no vais a editarlo?».

No lo editaron, así que acabó en un cajón y allí pasó un largo tiempo hasta que el azar (aunque nunca he creído en él, sí en el destino) me llevó a ver en un periódico el anuncio de la convocatoria del Premio Gran Angular de literatura juvenil, un premio que se convocaba por tercera vez pero que, en sus dos primeras ediciones, había quedado desierto. ¿Juvenil? Insisto: las etiquetas me dan pánico. Mi novela era tan juvenil, pese al protagonista de cincuenta y siete años, como *Moby Dick* o *La isla del tesoro*, que en su día no fueron obras «juveniles». Así que la presenté al premio. ¿Qué día lo ganó? Nada menos que el 23 de febrero de 1981, el día del golpe de Estado que pretendía devolvernos a la dictadura. Me contaron luego que el jurado estaba deliberando atento a la radio por si tenía que salir corriendo. Siempre he creído que, asustados, cogieron el primer libro que encontraron sobre la mesa (el mío), lo seleccionaron y salieron a escape. En aquellos días no se llamaba por teléfono al ganador, así que tres días después recibí una carta en la que se me notificaba que había ganado medio millón de pesetas.

El cazador fue, pues, mi bautizo en la literatura infantil y juvenil, y el resto es historia. Más adelante, al hablar de *¡Sorpresas!*, contaré lo que sucedió a mi llegada a Ediciones SM. Cuando se publicó, junto con *Cinco panes de cebada*, de Lucía Baquedano, nos convertimos en los primeros autores españoles de Gran Angular. Éramos pioneros.

Una última anécdota. Firmando libros en la Feria del Libro de Madrid, vinieron a verme dos hombres y me dijeron: «Bueno, nos quitamos el sombrero ante usted, porque sus técnicas de caza están a la última y se nota que es un cazador experimentado, pero díganos, porque mi amigo y yo discutimos acerca de ello: ¿ese valle está en Birmania o en la India?». Ni que decir tiene que jamás había cazado nada, que amo demasiado la vida animal como para matar a un ser vivo, y que lo único que hice fue emplear algo de lógica imaginándome cómo se puede cazar a un tigre vivo, porque ni siquiera me documenté al respecto. No conocía a ningún cazador. El valle del Sá y todo ese mundo fascinante lo inventé.



BOB DYLAN, 1941-1979

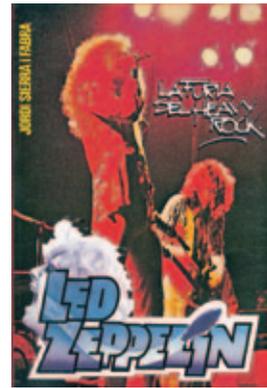
Escrito → noviembre de 1978

Publicado → abril de 1979
por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, nº 10)



Se lo debía a Dylan. Para mí, la mejor canción de la historia sigue siendo «Like a rolling stone», que sonará en mi funeral junto a «Imagine» de Lennon y «Baby I'm gonna leave you» a cargo de Led Zeppelin. Escribir una biografía suya resultó apasionante y creo que fue uno de los dos mejores volúmenes de la colección. Escribir estos libros de música era fácil, pero la documentación... Hoy todo está en Internet. Entonces había que acudir a los periódicos ingleses, los libros que compraba en mis viajes a Londres y poco más. Preparar cada uno era más importante que escribirlo.

Para cuando apareció este libro, José Luis Martín Quiroga había muerto.



LED ZEPPELIN, LA FURIA DEL HEAVY ROCK

Escrito → finales de diciembre de 1978 - comienzos de enero de 1979

Publicado → octubre de 1979
por Unilibro (colección Música de Nuestro Tiempo, nº 11)



Después de Dylan, faltaban mis monstruosos Led Zeppelin, el grupo que cambió las formas del rock desde su primer disco, editado tempranamente en 1968. Fue otro placer y el segundo de los dos mejores libros de la colección. Por desgracia, a ellos los conocí ya en las últimas, poco antes de la muerte de su batería John Bonham.

Fue la última biografía que leyó y programó José Luis Martín Quiroga antes de morir.



Cuando se publicó El cazador, junto con Cinco panes de cebada, de Lucía Baquedano, nos convertimos en los primeros autores españoles de Gran Angular.





GOLPE DE ESTADO

Guion previo → 19-22 de enero
y 29 de enero - 2 de febrero de 1979
Escrito → 5-27 de febrero de 1979
Publicado → inédito

Había sido finalista del Planeta. Vivía en una nube. Iba a comerme el mundo, y eso que todavía no había ganado el Ateneo de Sevilla cuando escribí esta nueva novela de suspense. Creí que ya podía con todo. Pero no. Mi nuevo reto fue novelar la Operación Galaxia, es decir, el primer intento de golpe de Estado que hubo en España en democracia, previo al del 23 de febrero de 1981.

La novela está muy documentada, in situ, y sigue la línea de *Complot en Madrid* y *En Canarias se ha puesto el sol*. Pero olvidé algo fundamental: estábamos en España en 1979, con Suárez y la UCD en el gobierno, con una democracia en precario equilibrio y el ruido de sables constante en los cuarteles, ETA asesinando, huelgas... ¿Cómo se me ocurrió hacer un libro así? ¿Quién iba a publicarlo? Nadie. Pero yo, ufano, me presenté por segunda vez al Premio Planeta el año en que ganaron Vázquez Montalbán y Marsé. Estuve entre los «elegidos» para la noche del fallo. El diario ultraderechista *El Alcázar* le dedicó la contraportada al día siguiente o a los dos días de fallarse el premio. Fue un gran disgusto. También, más tarde, me llegó el rumor de que el entonces fiscal general del Estado había dicho a los editores que a los militares ni mentarlos. Mi libro acabó en el cajón del olvido.

Saqué la idea de la novela de la revista *Cambio* 16 del 3 de diciembre de 1978, en la que pormenorizaba todo lo referente al tema, acaecido en torno al 16 de noviembre anterior. Igual que con *Complot en Madrid*, me fui a la capital para trabajar sobre el terreno. Mi amiga Rosario me dejó su coche y recorrí todas las instalaciones militares de la ciudad y alrededores elaborando mapas y planos a mano, aunque fuera de lejos. Y digo todas: la base de helicópteros de Colmenar, la de la División Acorazada Brunete en El Goloso, la de la undécima Brigada de Artillería Mecanizada en la carretera de Extremadura, la de la duodécima Brigada de Infantería Acorazada, la de la Brigada de Paracaidistas de Alcalá de Henares, las bases aéreas de Torrejón, Getafe y Cuatro Vientos... También hice planos de RTVE y la cadena SER (siempre hay que ocupar radios y televisiones en un golpe de Estado) y, como colofón, del palacio de la Moncloa y la Zarzuela. En la residencia real, por poco repito la anécdota de los Jerónimos en 1976. Me metí por donde no debía y no tardó en aparecer un uniformado de dos metros armado. Me quedé a cuadros y le dije que me había perdido. Me indicó el camino y me fui... pero me siguió un coche de la policía. Paré dos o tres veces para sacar un mapa que desplegué de forma ostensible y, al final, dejaron de perseguirme. ¿Alguien recuerda cómo estaba el país en 1979?

Como ya había adquirido conciencia de profesional y me lo tomaba muy en serio, seguro de que iba a triunfar con el libro, me

fui a Cadaqués en pleno enero, a la playa, a desarrollar la compleja historia y preparar el guion. Lo escribí durante cinco días, frente al mar por la mañana y en un bar de la playa, calentito, por la tarde y la noche. Era la primera vez que me aislaba para hacer algo así, completamente concentrado. Y ya adquirí esa costumbre para siempre, realmente convertido en escritor profesional.

Regresé a casa el 2 de febrero y, tres días después, comencé la escritura, que me llevó tres semanas. Fue un gran esfuerzo, dinero, tiempo, pero nunca me he arrepentido de nada. De hecho, un escritor escribe un solo libro en su vida, un libro que divide en cincuenta, cien, cuatrocientos o los que sean. Todas las novelas que no han visto la luz forman parte de mi aprendizaje. *Golpe de Estado* fue una bomba que no estalló, que hice cuando no debía, pero que sigue explicando un pedacito de la historia de España que me atreví a novelar.

Ahí está.

El 12 de febrero de 1979, mientras escribía *Golpe de Estado*, me llamó José Luis Salgado, el segundo de a bordo de Unilibro, la editorial de mi más que amigo José Luis Martín Quiroga. Con voz entrecortada me dijo que este había muerto en un accidente de tráfico. Fue un golpe demoledor en lo personal, y en lo profesional... el lento declinar de la colección Música de Nuestro Tiempo. Martín Quiroga murió sin esposa ni hijos. La empresa, la distribuidora y la pequeña editorial en la que editábamos nuestros libros pasaron a José Luis Salgado, un tipo joven y empren-

Dijo mucho más: mi novela iba a ser la primera de un autor español en una nueva colección de *best sellers* de autores internacionales. Saldrían con cuatro de golpe; una de ellas, la mía. Quedamos para firmar el contrato el viernes 6 de febrero de 1981. El día antes me llamaron para cambiar la fecha al lunes 9 de febrero. Aquel fin de semana, ETA asesinó al ingeniero de la central nuclear de Lemóniz, en el País Vasco. Cuando llegué a Planeta ese lunes dispuesto a firmar mi contrato y recibir un hermoso cheque, me pusieron el libro en las manos y me dijeron: «Ahora no es el momento». En mi novela, los grupos antinucleares conseguían detener la construcción de la central, y eso era exactamente lo que iba a pasar con Lemóniz. Regresé a casa completamente frustrado.

Después de *Golpe de Estado*, esta era mi segunda novela que iba al cajón del olvido.

Y no sería la última. Estaba en racha.



MIGUEL BOSÉ, UNA BIOGRAFÍA

Escrito → enero de 1980

Publicado → marzo de 1980

por Ediciones ATE

Mi colaboración como asesor en *Súper Pop* me permitía seguir vinculado a estrellas del universo de la música, y muy especialmente los fenómenos de fans, aunque nunca saliese mi nombre en la revista. Miguel Bosé era una de esas estrellas, el chico de moda. Pero es que, además, Miguel era una persona inteligente, con dos dedos de frente, pese a su juventud. En estos años, además, mi mujer, Antonia, hacía escaparates para algunas compañías discográficas y los que le hizo a él le fascinaron. Fueron los primeros escaparates que se convirtieron en ventanas publicitarias y personales; no en vano ella había estudiado en la Escuela Massana, y era y es una gran pintora, entre otras cosas.

Un día Miguel me llamó para decirme que se estaban preparando varias biografías no autorizadas sobre él y me preguntó cuánto tardaría yo en escribir una. Acepté su propuesta con la condición de no tener supervisiones. A comienzos de enero de 1980 fui a Madrid tres días, estuve con él en su casa de Somosaguas y, en apenas un par de semanas, el trabajo estaba a punto. José Dalmau, de ATE, intentó comprarme los derechos totales y yo me negué. Le dije que quería mi 10% de derechos de autor, que la obra era mía. Además, quiso que firmara el contrato sin

leerlo. Fue la primera vez que me encaré con él.

Supongo que seguía estando seguro de cuál era el camino a seguir. Cobré menos anticipo del pactado y no volví a ver una peseta más. Fue mi despedida de ATE. Me había servido para alimentar mi currículo literario, pero la situación era insostenible. De todas formas, todavía vería una última vez a José Dalmau, un año después, cuando escribí *La noche*.

Miguel Bosé y yo presentamos el libro en olor de multitudes. Fue excitante. Las fans siempre me han caído bien, aunque en este caso fueran suyas.

39

X (LA INCÓGNITA)

Escrito → 27-29 de febrero, 2-4, 6-7, 11-14, 17-21 y 23-26 de marzo de 1980
Publicado → inédito

Me apetecía hacer algo raro. Si un artista no experimenta, no evoluciona, y si un escritor no prueba a excederse, no descubre sus límites. Pensaba que, con casi cuarenta libros a mis espaldas, podía permitirme el lujo. No solo me iba bien como escritor, sino también como *freelance*, haciendo artículos de todo tipo en las revistas de mi amigo Mariano Nadal.

Y escribí *X (La incógnita)*.

¿Qué tenía de raro? De entrada, estaba dividido en tantos capítulos como letras tiene el abecedario, y cada capítulo, a su vez, en siete, ocho o nueve subcapítulos más. Además, esa era la gracia, contaba una historia de forma desordenada; es decir, no era la vida de una persona desde que nace hasta que muere, sino que el capítulo F podía ser el de su nacimiento; el B, el de su vejez, y el S, alguna anécdota, independientemente de cuándo hubiera ocurrido. Fue como tirar al aire los capítulos y reordenarlos según se iban recogiendo.

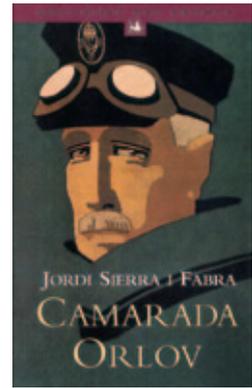
La historia era bastante delirante, porque el protagonista quedaba marcado por su primer amor, luchaba en una guerra, era un artista indomable (escritor) que defendía su libertad creativa (como el Howard Roark de *El manantial*, que quema la construcción que él ha diseñado como arquitecto porque le hacen cambios y no le gustan), se

casaba, se moría su hijo, acababa en un manicomio, volvía a triunfar, volvía a enamorarse y al final se suicidaba a lo Hemingway. La clave aparente de todo estaba en el capítulo correspondiente a la letra X, hablando de que «X tiende a infinito». No he vuelto a leerlo. Como si de una maldición se tratase, iba a dedicárselo a mi fallecido amigo Martín Quiroga.

Aún no entiendo (y eso que he hecho cosas raras menos comprensibles) cómo se me ocurrió presentarlo... al Premio Nadal. Entiendo todavía menos que fuera seleccionado entre los veinte o veintitantos finalistas. Nadie quiso publicarlo, y tampoco es que yo me esforzara mucho en moverlo. Ya entonces, si una editora me decía que no, solía guardar el libro y acababa olvidándome de él para escribir otro. Me salía más a cuenta dedicar el tiempo a escribir que a tratar de publicar lo escrito. Defecto o no, siempre me ha gustado más escribir que publicar. Soy compulsivo en lo primero, y a veces me despreocupo de lo segundo.

Pero llevaba una racha maldita desde el Ateneo de Sevilla. Empezaba a tocar de pies en el suelo. Y aún me quedaba otro encontronazo con mi siguiente novela, aunque esta acabase publicándola... ¡dieciocho años después!

40

**CAMARADA ORLOV**

Escrito → 10-14, 17-21, 24-27 de noviembre y 1-5 de diciembre de 1980

Publicado → febrero de 1998
por Ediciones del Bronce;
reeditado en julio de 2005
por Punto de Lectura

Otra novela de dimensiones épicas que, inicialmente, se llamó *El oro de Moscú* hasta el momento de sacarla a la luz, cuando mi editora, Miriam Tey, me dijo que ya había muchas publicaciones con ese título.

El tema se me ocurrió en Cadaqués leyendo la *Historia de la Guerra Civil española* de Hugh Thomas. En un párrafo decía que, cuando el oro de la República fue cargado en Cartagena en los cuatro barcos que iban a llevarse a Odessa, en Rusia, el responsable del gobierno, Francisco Méndez Aspe, le dijo al siniestro jefe de la NKVD (siglas en ruso del Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos) en España, Alexander Orlov, que él había contado siete mil ochocientas cajas. La suma de Orlov, en cambio, daba un total de siete mil novecientas: cien cajas de diferencia a su favor. Según parece, Orlov aceptó la suma de siete mil ochocientas, y de esta forma o se pasó el error por alto o Rusia ganó cien cajas de más, con cincuenta kilos de oro cada una.

Ese detalle despertó mi interés, y creé una historia en la que Orlov se quedaba con las cien cajas de más, las sacaba de los barcos en la noche y las escondía en Cartagena, en casa de su amante. La novela, una vez más, trepidante, con muchos personajes, sin dar respiro, casi terminaba sin que el lector supiese dónde estaban las cien cajas de oro. La respuesta llegaba en la última página.

Dado que los veranos todavía pasaba un mes en Islaplana, a treinta kilómetros de Cartagena, porque mi casa de Vallirana no tuvo luz hasta ese mismo 1980 pese a llevar tres años construida, consagré el verano de ese año a investigar el tema in situ y escribir el guion. Uno de los sesenta hombres que habían cargado los barcos aquella noche era familiar de Antonia, y me describió cómo eran las cajas, qué pasó, dónde dormían (ya que no podían salir de allí mientras se cargaban los barcos). Otros familiares me hicieron mapas de la Algameca (donde se guardó el oro), me facilitaron la entrada a la base marina de El Arsenal para poder describirla en el libro, me dieron todos los nombres de los responsables de la época, me contaron detalles de navegación, etcétera. La principal librería de Cartagena, Escarabajal, me facilitó los mapas y libros de historia. Una documentación exhaustiva que me permitió recrear aquellos días y dar verosimilitud a un *thriller*, cuanto menos, impactante y novedoso que, con un guion muy cerrado, escribí en diecinueve días (del 10 de noviembre al 5 de diciembre solo dejé de escribir los fines de semana, en total siete días). Técnicamente el libro, con

sus ciento treinta y siete capítulos, es impecable, y la parte final, descrita casi minuto a minuto y segundo a segundo, vertiginosa. Si lo escribí en noviembre y no tras el verano fue porque, en octubre de 1980, me fui un mes entero a Estados Unidos para elaborar el guion de otro gran proyecto que también acabó maldito: *El plan Stalin*.

Una vez escrita la novela, la guardé medio año, para mi tercer intento al Premio Planeta; no suelo desfallecer fácilmente. Envió el libro y, una vez más, intervine sin pretenderlo en un incidente con la editorial.



Siempre me ha gustado más escribir que publicar. Soy compulsivo en lo primero, y a veces me despreocupo de lo segundo.



Cada año, la productora cinematográfica Warner Brothers (la filial española) daba un millón de pesetas al libro del Premio Planeta más susceptible de convertirse en película. Por lo general, siempre recaía en el primero o el segundo premiado. Era el avance de derechos para llevarla a la pantalla. Ese año, 1981, Warner escogió mi novela, que no quedó entre las tres primeras, así que parece ser que el señor Lara

dijo que no, que el premio tenía que ser (creo recordar) para la finalista o la que quedara en tercer lugar. Warner se negó; Lara se mantuvo en sus trece, y Warner acabó dando el millón de pesetas a un libro que no llevó a la pantalla, cerrando al mismo tiempo su acuerdo con Planeta: dejó de darse ese millón en los siguientes años y ya no hubo más películas. Cuando supe lo que había ocurrido, fui a Warner pensando que, de todas formas, harían la película, pero me dijeron que, sin el apoyo de Planeta, no era posible. Así que, después de *La visita del átomo* y lo de la ETA, seguí en mala racha con la editorial. Era mi cuarta novela importante sin publicar: *Golpe de Estado*, *La visita del átomo* y *X (La incógnita)* la precedieron. Todo un récord. Mi felicidad después del Ateneo de Sevilla empezó a empañarse. Estaba en una encrucijada y tardaría en salir de ella.

Dieciocho años después, mi amiga Miriam Tey me preguntó si tenía alguna novela histórica para Ediciones del Bronce, y le di esta. Le asombró que la hubiera tenido en un cajón casi dos décadas. Le encantó. Lástima que la editorial no prosperara. Luego, la recuperé en libro de bolsillo para Punto de Lectura y tuvo una segunda vida. Mucha gente me escribió para contarme anécdotas del siniestro Orlov, que dejó una huella de sangre y dolor en la España de la Guerra Civil.



41

**JOHN LENNON,
VIDA Y MUERTE
DEL PROFETA BEATLE**

Escrito → diciembre de 1980
Publicado → enero de 1981
por Teorema (colección Música
de Nuestro Tiempo, nº 13)

La noche del 8 al 9 de diciembre de 1980, John Lennon fue asesinado en Nueva York. Aquella mañana del día 9, cuando Antonia me despertó para decirme lo, me vestí y me fui de casa. La razón era simple, la misma que cada año, en esas fechas, me obliga a escaparme y esconderme del mundo: no quería hablar de ello. ¿Para qué? Odio las tertulias y los sesudos comentarios acerca de los que ya no están. Aborrezco escribir un artículo cada vez que se muere un artista que he conocido. Me parece pura necrología. Ese día me telefonearon infructuosamente decenas de emisoras de radio para entrevistarme. Desde entonces, he huido de esa fecha y de los aniversarios («los diez años de...», «los veinte años de...») tanto como de los «testimonios vivos» que pueda aportar un tipo como yo redactando una esquila sentimental en un periódico. Me niego a escribir comentarios cada vez que se ha muerto una estrella del rock. No quiero convertirme en un «necrólogo».

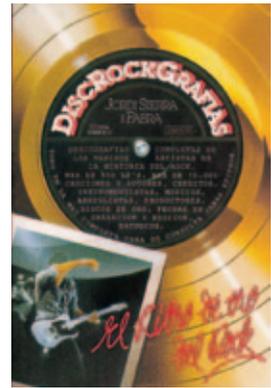
Pero sí quise tributarle mi primer homenaje como lo que soy:

escritor. Así que recuperé el libro editado en abril de 1978, lo amplié con lo sucedido y lo reeditamos en la colección mayor de Música de Nuestro Tiempo.



Me niego a escribir comentarios cada vez que se ha muerto una estrella del rock.

No quiero convertirme en un «necrólogo».



42

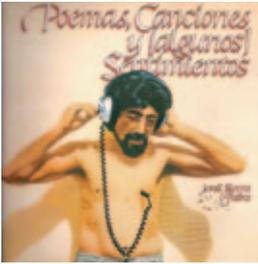
**DISC-ROCK-GRAFÍAS.
EL LIBRO DE ORO DEL ROCK**

Escrito → enero-febrero de 1981
Publicado → noviembre de 1981
por Teorema (colección Música
de Nuestro Tiempo, nº 14)

Franco llevaba muerto seis años, había democracia desde 1977, pero en España seguíamos anclados en la prehistoria, con discos que no aparecían, llegaban tarde o censurados. Hacer una guía con las discografías completas, disco a disco, canción a canción, dato a dato y fecha a fecha de los principales artistas del universo rockero se me antojó indispensable. Fue un trabajo lento y paciente, puro copiar contraportadas y créditos, más lo que yo sabía de cada disco, pero tal y como esperaba resultó útil para fans, coleccionistas o amantes de la música en general, que aún iban despistados y con lagunas históricas.

Sin Martín Quiroga, perdido el entusiasmo y desconfiando de que su sucesor cumpliera los acuerdos establecidos, este fue el último libro de la primera etapa de Música de Nuestro Tiempo. A saber hasta dónde hubiéramos llegado con la colección si mi amigo no hubiera muerto.

43



POEMAS, CANCIONES Y (ALGUNOS) SENTIMIENTOS

Escrito → entre 1971 y 1981

Publicado → diciembre de 1981

por Teorema

Ya en la adolescencia había escrito innumerables poemas, aunque básicamente eran letras para utópicas canciones. Los pocos discos con letras mías (que no quería ni firmar porque me daba vergüenza) jamás fueron éxitos de ventas (recuerdo ejemplos como «Caminando», para un grupo llamado El Tren, que finalmente firmó Mateo Fortuny, y «Cuando muere el día», un bodrio que sí apareció como J. Sierra, aún no sé por qué, en voz de un tal Karlo del que nunca más se supo). Luego, con Quijorock sí hice un trabajo más serio. Lo cierto es que, desde 1971, había ido reuniendo una gran cantidad de material «poético» que quería editar y, como Salgado me debía mucho dinero por mis libros de música tras la muerte de Martín Quiroga, decidimos que me lo pagaría publicándome mi primer poemario, con un total de mil copias íntegras para mí y para regalar.

Yo mismo diseñé y maqueté el libro con fotografías, una de mis pasiones secretas. Lo hice tamaño *single* y quedó muy aparente. El dibujo de la portada, en el que se me ve con el torso desnudo, unos auriculares y la cla-

vija hundida en el pecho, escuchando la música que sale de mi corazón, lo hizo Toni Dalmau. La foto original sobre la que trabajó la tomó en Vallirana en verano de 1981.

Durante años regalé ese libro a todo el mundo, pero Salgado se quedó con algunas copias que también comercializó, así que algunos fans se hicieron con él y hoy es objeto de culto (al menos como rareza). De entre los muchos poemas de ese libro (hay en él un repaso muy íntimo de mi primera juventud), quiero citar uno titulado «Padre», en el que destacan estas dos frases: «Me gustaría saber quién puso tanto miedo en tu corazón que acabó por rompértelo» y «Padre, daría mi voz para que mi grito llegase hasta ti». Con relación a la primera frase, yo aún no sabía entonces la historia de mi familia, y que él había sido un hijo ilegítimo rechazado por ella. Respecto a la segunda, lo que quería gritarle era que lo había conseguido, que era escritor. Así que el poemario se convirtió en una suerte de «lado íntimo» y personal de mí mismo, con fama de ostra y poco dado a abrirme a los demás.

44

LA NOCHE

Escrito → 11-18 de abril de 1981

Publicado → diciembre de 1990

por Ediciones Clip

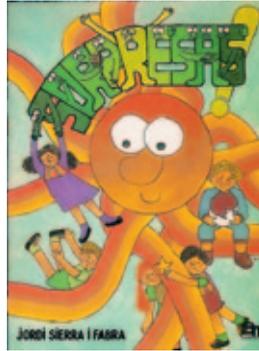
El 23 de febrero de 1981, el teniente coronel Tejero entró en el Congreso de los Diputados y puso el país patas arriba. Un golpe de Estado. Volvíamos a las andadas, a la oscuridad, al pasado de una dictadura. Menos mal que todo acabó en un susto, porque España estaba madura para el futuro y no podrida para dar un salto atrás, pero durante las horas de aquella tarde y noche, hasta que el rey salió por televisión y puso orden, nos temimos lo peor. Muchos amigos míos salieron hacia la frontera en coche; muchos otros fueron a sus locales o asociaciones políticas a ayudar a quemar papeles; muchos más se despidieron de sus hijos porque sabían que serían de los primeros en caer: escritores y cantantes parecen ser los más peligrosos para los militares. Aquella noche nadie durmió, o al menos nadie con miedo a estar en alguna lista.

Unos días después, un amigo de Valencia me contó su odisea: se había escondido en un piso vacío, muy asustado, y con una radio a la que se le acabaron las pilas después de las marchas militares y los bandos que allí propagó Milán del Bosch. Pasó el resto de la noche sin saber nada, y mucho menos que el rey había detenido la asonada. Por debajo de su ventana vio incluso pasar los tanques de Betera. La noche más terrorífica. No fue hasta el

amanecer cuando se enteró de que era libre y podía volver a su casa. Al contármelo vi que allí había una novela, y la escribí menos de dos meses después en Vallirana, en Semana Santa (solía utilizar esos días para escribir un libro), aderezando la parte real con dosis de ficción para dotar al personaje de un mayor trasfondo. Después del encontronazo con el libro de Miguel Bosé, yo ya no estaba dispuesto a publicar en ATE, pero no recuerdo muy bien por qué se lo lleve a José Dalmau. Lo leyó y me dijo: «Empiezo a creer que usted llegará donde dice porque esto es muy bueno». Pero luego agregó: «Claro que no será porque yo le publique esta novela, porque tan loco no estoy». Este fue mi último contacto con él y con ATE. La editorial desapareció unos años después.

Tuve que crear mi propia editorial, como contaré más adelante, para que mis libros malditos y, por supuesto, *La noche*, vieran la luz. *La noche* apareció justo a los diez años del golpe de Estado.

45



¡SORPRESAS!

Escrito → 19-21 de junio
y 30 de julio - 14 de agosto de 1981
Publicado → junio de 1982
por Ediciones SM

Después de ganar con *El cazador* mi primer Premio Gran Angular, aterricé en Ediciones SM el día de la entrega del galardón. Por aquellos días, la sede estaba en la calle General Tabanera de Madrid, luego llamada Joaquín Turina, y en la editorial había pocas personas. Lo que más me gustó fue el tono familiar que encontré, un tono que, durante al menos dos décadas, fue algo especial y único, antes de que todo creciera hasta desbordarse. Siempre que llegaba a SM durante los siguientes años, decía «hola» a la recepcionista y subía sin necesidad de ser anunciado o guardar esperas en despachos vacíos. Era mi casa y me sentía como uno más.

Pablo Soler, el director, era una de esas personas de las que te haces amigo en cinco minutos. Fue él quien me preguntó (temerariamente): «¿No te gustaría escribir cuentos para niños?». Le dije que sí, que estaría encantado, y quedamos en que le presentaría unos cuantos para hacer un libro de lectura. Primero le mandé cinco, a modo de prueba, y cuando me dijo «adelante» me volqué escribiendo dos y tres por día. Exactamente redacté cua-

renta en apenas dos semanas y media. Muchas ideas se quedaron sin escribir; una de ellas, «El camino de las siete lunas», acabaría siendo mi primera obra de teatro. Un torrente. Las ideas brotaban de mí como las setas en el campo después de la primera lluvia de otoño. Pablo abrió una espita de mi creatividad.

El primero que escribí se tituló «El eco», y el segundo fue «La gota de lluvia que tenía vértigo», que para mí es más que un referente. Cuando los mandé a SM, hicieron una selección de treinta, que fueron los que se editaron en 1982, con dibujos de mi esposa Antonia, que también debutó así en el mundo de la ilustración infantil. La escogió el propio Pablo. Nunca la he impuesto como ilustradora para ningún libro, y cuando lo ha dibujado, ha sido por decisión de la editorial, no mía. Años después, algunos de los cuentos fueron ampliados y convertidos en novelas. «El cabello blanco» pasó a ser *Un cabello blanco en una cabeza peluda*; en el caso de «El guardián de la luna» conservé el título, y «La gota de lluvia que tenía vértigo».



*Me vi envuelto
en lo que pensaba
que sería mi gran
testamento
del mundo musical:
toda una enciclopedia
escrita por mi única
mano.*



tigo» y «La pesadilla molesta que fue de visita» se editaron aparte. El resto de lo que recuperé, o lo reescribí o fue a parar a otros libros de cuentos (*La ciudad que aprendió a sonreír*, *Cuentos imposibles*, *Cuentos para niños que creen en marcianos*, etc.).

¡Sorpresas! se convirtió en un éxito, con más de cien mil ejemplares vendidos, y en julio de 1989 volvió a editarse como libro de lectura pero en una nueva colección, con diez cuentos menos (quedaron veinte) y también con nuevas ilustraciones, así que llegó a superar los ciento cincuenta mil. La forma en que surgió el título es escatológica pero auténtica: estaba orinando en casa de Pablo cuando me preguntó a gritos desde la sala cómo llamaríamos al libro, y yo, también a gritos, no sé por qué, respondí: «¡Sorpresa!». «¡Genial!», contestó él. Y eso fue todo.

Con posterioridad a esto, Pablo Soler me propuso dirigir el Departamento de Publicaciones Generales de Ediciones SM, es decir, las colecciones El Barco de Vapor y Gran Angular. Le dije que no, que yo quería publicar en ellas y que si era el director, por ética, no podría hacerlo. Ya me ganaba bien la vida como escritor, pero más como *freelance*. Tampoco me veía con criterio para saber si un libro era bueno o malo. Soy demasiado apasionado. Desde luego, hice bien. La historia habría sido muy distinta en caso de haber asumido un reto que no iba conmigo. Con los años, El Barco de Vapor y Gran Angular se convirtieron en un referente, y yo estaba ahí como lo que era: escritor.

46

47

48



HISTORIA DE LA MÚSICA ROCK

Escrito → fascículos, otoño de 1981 (vol. 2), otoño-invierno de 1981 (vol. 3) e invierno de 1981-1982 (vol. 4)
Publicado → libro, febrero de 1982 (Historia de la música rock, vol. 2. El Beat, 1962-1966), junio de 1982 (Historia de la música rock, vol. 3. La era dorada del pop, 1967-1969) y octubre de 1982 (Historia de la música rock, vol. 4. El rock duro y la vanguardia de los años 70, 1969-1972), por Ediciones Orbis

Un día de verano de 1981 recibí una llamada telefónica. Una voz seria, recia, me anunció en catalán: «Soy José María Puig de la Bellacasa i Arenzana, de Folio», a lo que yo, cansado de las bromas de mi amigo Alberto Montere, estuve a punto de contestarle: «Y yo Jordi Sierra i Fabra, de Lápiz». No sé por qué me mordí la lengua, y resultó que era verdad. Querían comprarme los derechos de *Historia de la música pop*, mi primer libro, para convertirlo en una colección de cien fascículos semanales (seis volúmenes).

Me convocaron a una reunión y allí conocí a tres personas que luego han seguido formando parte de mi vida, sobre todo una: Virgilio Ortega, primero editor y luego amigo por encima de todo.

Las otras dos fueron el propio José María Puig, con los años un gran personaje del mundo de la edición y presidente de CEDRO, y Julián Viñuales, que era el que llevaba los galones de jefe. Los tres acababan de dejar Salvat para crear lo que luego sería Ediciones Orbis, pero entonces aún funcionaban bajo el nombre de Folio.

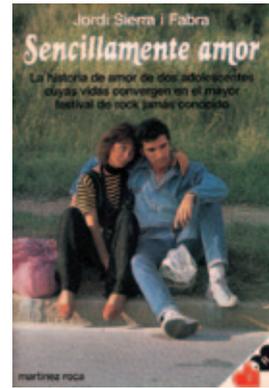
Yo les dije que *Historia de la música pop* no se podía fragmentar en fascículos porque era demasiado corta; que la había escrito un niño de veinticinco años loco por la música, no un adulto responsable, y que si querían mi nombre y un buen trabajo, tenía que partir de cero y planificar toda una enciclopedia en esos cien fascículos. Entendieron el razonamiento, aunque lo más duro fue la negociación económica, ya que por primera vez tuve que pelearme por un reconocimiento digno de un trabajo de tantos meses y tanta responsabilidad. Julián Viñuales quería darme un millón de pesetas por todo. Hablaban de un lanzamiento espectacular, con anuncios en radio y televisión (treinta millones en publicidad) Dije que, por menos de tres millones, no lo hacía: treinta mil pesetas el fascículo. Todo estaba a punto, aún no había escrito una línea y ya estaba fijada la fecha de lanzamiento del primer fascículo (acompañado por un elepé o un casete), así que, o lo escribía yo, o no había nada. Se firmó el acuerdo y, de esta forma, me vi envuelto en lo que pensaba que sería mi gran testamento del mundo musical: toda una enciclopedia escrita por mi única mano, con uniformidad.

Me apliqué en ello a conciencia. Preparé todo el ensamblaje de la obra a marchas forzadas, concidiendo con un viaje a Londres para asistir a un festival de rock con AC/DC, Whitesnake, Slade y otros. Me llevé mis libros sobre historia del rock de bolsillo y trabajé en el avión, el hotel y el autobús, con todos mis colegas riéndose y preguntándome qué hacía copiando mis propios libros y tomando notas. No se lo pude contar, claro.

Trabajé hasta febrero o marzo de 1982 en los tres primeros tomos, que fueron el segundo, el tercero y el cuarto. No quisieron empezar por el primero, los orígenes del rock, porque querían que el primer fascículo y elepé o casete fuera para el nacimiento del pop con los Beatles. La campaña de televisión fue espectacular. Nunca se había hecho nada así en España (ni creo que en el mundo) y lo estaba protagonizando yo. Junto a las fotografías, compradas en las mejores agencias, maquetamos cada fascículo con portadas de mi colección de discos, así que visualmente fue lo más impactante que se había hecho (y se ha hecho) en materia de música escrita. Pero, obviamente, resultó un trabajo muy pesado, dedicación íntegra, y tuve que aparcar novelas por la urgencia del tema. Si yo desaparecía, se quedaban colgados, así que quería escribirla cuanto antes. Como detalle, una anécdota: con los fascículos maquetados, yo tenía que redactar a toda prisa los pies de foto y adaptarlos al espacio que quedaba para ellos. Orbis ya se había trasladado a un piso de la calle Johann Sebastian Bach y yo escribía los pies de

foto in situ, en la cocina. Desde ese lugar, vi el anuncio de que se vendía un piso justo en frente, en el número 3 de la calle. Un día entré a curiosear, porque en mi segunda casa, desde mi boda, en la calle Emérita Augusta, volvíamos a tener problemas de espacio a causa de los discos, y... en 1982 lo compré. Lo habilité y vivo en él desde 1983.

La *Historia de la música rock* marcó un hito. Mi fama de «escribidor» rápido se disparó aún más. Pero hablaba de lo que yo sabía y conocía, y eran mis discos, mi propia vida la que estaba ahí en esas páginas. Durante casi un año Orbis tuvo solo ese lanzamiento, así que solían presentarme como «el autor», porque era el único que tenían. En pocos años, la empresa se convirtió en una de las grandes del mundo de la edición en fascículos, gracias al ojo de lince de Julián Viñuales, pero sobre todo por el trabajo inmenso de Virgilio Ortega, un todoterreno, un espécimen irreplicable. Los fascículos sobrantes de la enciclopedia, procedentes de la devolución de quioscos, fueron enviados a Latinoamérica; por ejemplo, en Colombia se convirtieron en objetos buscados y deseados, uno a uno, lo cual aumentó mi fama como rockero. Era lo único que llegaba en español al continente, y miles de jóvenes y futuros músicos los habían convertido en sus biblias. En 2001, en Bogotá, recibí la admiración de muchos que vinieron a verme. Fui a presentar una novela y me entrevistaron todos los medios por la música, no por el libro.



SENCILLAMENTE AMOR

Escrito → 3-13 de abril de 1982

Publicado → noviembre de 1983

por Ediciones Martínez Roca

Ediciones SM me pidió un nuevo libro para Gran Angular a rebufo del éxito que estaba teniendo *El cazador*. Yo todavía no sabía que, en apenas tres meses, iba a embarcarme en mi «obra cumbre» de estos años, ... *en un lugar llamado Tierra*, con la que ganaría el premio por segunda vez, así que acepté encantado y escribí esta novela en Semana Santa de ese año 1982 en Vallirana. El título original fue *Escapada alrededor del arco iris*. Luego explicaré por qué pasó a tener el peor título de todas mis obras.

Hacia tiempo que quería escribir una novela en torno al más famoso de los festivales de rock de la historia, el mítico Woodstock, que tuvo lugar los días 16, 17 y 18 de agosto de 1969. En el verano de ese año sucedieron muchos acontecimientos, personales (yo estrenaba novia) y universales (el hombre pisó la Luna). Woodstock fue la guinda y yo quedé fascinado por su leyenda. He visto la película del festival decenas de veces, por la música, por la fuerza de sus imágenes, soñando que estaba ahí, pero no tuve opción alguna: por un lado, estaba fichado por el TOP (Tribunal de Orden Pú-

blico) por el incidente con la revista *Besós* de 1968, por lo que no tenía pasaporte, y estaba en edad militar y demorando al máximo mi incorporación a filas. Ni siquiera sé si habría tenido vacaciones en agosto, ya que era el último de la empresa Construcciones Sabartés en elegirlos y dependía de cuándo las escogieran los demás.

Así que escribí *Escapada alrededor del arco iris*, a mi entender una hermosa novela muy del espíritu de Woodstock. Un chico se escapa de su casa en California (la tierra del arco iris, de ahí el título inicial), y cruza Estados Unidos de costa a costa para asistir al festival, exactamente como hicieron miles de jóvenes del país y también de Europa o Latinoamérica. En ese viaje descubre el mundo, a sí mismo, y se cruza con Jodi, una misteriosa chica de la que se enamora. Mi protagonista va a Woodstock en busca de la vida. Jodi, como los elefantes, va a morir allí.

Quedé muy satisfecho de la novela, pero, para mi sorpresa, Manuel Barbadillo, entonces ya nuevo director editorial de SM, no quiso publicarla. Para mí era un canto de amor a la vida y a la música; para él era demasiado atrevida y osada. Aún guardo la lista de «inconvenientes», obviamente absurdos para mí. Era un tropiezo inesperado y lo lamenté, pero la novela se publicó año y medio después, en la editorial Martínez Roca, que impuso el nefasto título con el que salió y, además, con una de las peores portadas de toda mi obra. El chico y la chica que aparecían en ella no tenían nada de *hippies* del 69. Siempre quise volver a publi-

carla con el título original, pero la verdad es que, con tanto nuevo por escribir o escrito, nunca lo intenté. Quizás en el quincuagésimo aniversario del festival...



*Mi protagonista
va a Woodstock
en busca
de la vida.
Jodi, como
los elefantes,
va a morir allí.*



50

HISTORIA DE LA MÚSICA ROCK, VOL. 5

Escrito → fascículos,
primavera de 1982 (vol. 5)
Publicado → libro, febrero de 1983
(Historia de la música rock, vol. 5.
La gran crisis, 1983-1977),
por Ediciones Orbis

Después de tomarme un respiro, escribiendo al menos un libro en la Semana Santa de 1982, retorné al trabajo de los fascículos y elaboré el volumen quinto de la *Historia de la música rock* (el cuarto para mí); dejé los dos últimos, el primero, para después de verano, y el sexto, para el tramo final, ya en 1983. Así cerraría la obra lo más al día posible.

De esta forma, llegamos a un nuevo punto de inflexión en mi vida.

LOS AÑOS DE LA REFLEXIÓN. 1982-1985

Puesto que esto son unas «memorias literarias», es hora de que revele algunos de mis secretos más inconfesables.

Entre 1982 y 1984, mi vida volvió a cambiar.

Los fracasos de mis novelas más ambiciosas, no publicadas, me llevaron a una profunda reflexión acerca de qué camino tomar. Por un lado, el impacto de la *Historia de la música rock* en fascículos volvió a colocarme en la esfera de experto en el rock.

Por el otro, las posibilidades que me ofrecía el mundo de la narrativa infantil y juvenil excitaban mi mente, mis dedos y mi corazón.

Se estaba abriendo un nuevo cráter en el volcán de mi creatividad, por el cual amenazaba con salir una enorme cantidad de lava retenida.

Y quedaba lo último, lo más asombroso y secreto: mi actividad como *freelance* escribiendo para las revistas de mi amigo Mariano Nadal. Y tenía muchas. Como en los días en que dirigía *Popular 1* y *Disco Expres*, era fácil acomodarse y dedicarse a vivir bien.

En 2012 habré vendido diez millones de libros. Pero es que, entre 1982 y 1984, las revistas de Mariano «regalaron»...

más de veinte millones de libros escritos por mí, aunque no con mi nombre. Repito: veinte millones.

Súper Pop salía cada quince días. En 1982 diseñamos una colección de libritos (cuarenta páginas escritas por mí) que se regalaban con cada número de la publicación. Los firmaba una tal Violeta de Sentín y su título era *Las aventuras de los Rodis*. Hicimos más de veinte. Las historias tenían mucho picante. Luego una tal Margaret St. Patrick firmó *Escuela de famosos* (por el éxito de la serie de televisión Fama). Y así sucesivamente. Después de hacer el guion previo, escribía cada uno de esos libritos los sábados por la mañana en Vallirana, de una sentada.

La muerte de Grace Kelly en 1982 sacudió al mundo. Escribí su biografía en un par de días y la revista *Garbo* la regaló a sus lectores una semana después, con una gran campaña de televisión. Un millón de ejemplares.

Cuando murió el actor Richard Burton en 1984, volví a batir el récord. Mariano me llamó de urgencia. Yo estaba en mi montaña. Me preguntó cuánto tardaría en escribir la biografía de Burton. Afortunadamente, como buen cinéfilo (cada noche, al cine o una película en vídeo), yo había visto todas sus películas y me las sabía de memoria. Solo necesitaba los datos de su vida, fechas y nombres. Me los trajeron a Vallirana y, en unas treinta y seis horas, escribí la biografía que la revista *Garbo* regaló a sus lectores apenas dos o tres días después de su muerte. Otro millón de libros. Todo el mundo pensó que ya la tenían hecha. Pero no, fue una gesta mía. Hablamos de 1984. Dos personas se turnaron día y noche viniendo a Vallirana para recoger los folios que había escrito y llevarlos a la imprenta para que los procesaran. Cuando uno salía de mi casa con cuatro o cinco páginas, el otro salía de la imprenta para volver a verme y recoger mis siguientes textos. Escribí unos ochenta o noventa folios y en *Garbo* me pidieron que el libro lo firmara yo, porque todos opinaban que era muy bueno. Me negué por varias razones: ya no quería firmar nada en prensa y, en lo relativo a los libros, quería que mi nombre solo apareciera en los que se vendían, aquellos que el público pagaba por leer, no los que se regalaban. De esta forma separé esas dos vidas: la del escritor que no acepta encargos y la del *freelance* que sí. Uno era Jordi Sierra i Fabra. El otro podía ser cualquiera.

A Grace Kelly y Richard Burton siguieron muchos más libros: Liz Taylor, Julio Iglesias (tres volúmenes), Indira Gandhi, Michael Jackson (dos volúmenes), Romy Schneider... Fueron dos años muy intensos. No solo escribía libros: también artículos de viajes, política, grandes acontecimientos... Gracias a estas colaboraciones pude pagar mi nueva casa. Nadie era más rápido, así que nadie discutía precios. Al llegar 1984 y la crisis que atravesé entonces, sufrí el cambio que me llevó a reorientar mi vida y mi trabajo a lo largo de 1985, para iniciar ya en 1986 mi actual carrera literaria.

Hubo algo más en aquellos años: Carmen Balcells.

Conocí a la agente en Orbis. Me preguntó: «¿Todo lo que has hecho lo has hecho tú solo?». Le dije que sí y entonces ella me propuso convertirse en mi agente. Dijo: «Conmigo llegarás a la

cima». Me lo creí. Aquella noche brindé con Antonia. Lo mismo que cuando gané el Ateneo de Sevilla, pensé que ya estaba, que lo había conseguido.

Durante dos años, hasta la crisis de 1984, estuve con Carmen. Le escribía un libro, se lo daba, lo llevaba a Planeta o a Plaza & Janés y, si no les gustaba, me pedía otro. Yo le decía que había otras editoriales y ella me respondía que no, que yo tenía que estar en las mejores. Y yo seguí creyendo en ella. Lo más asombroso era que me preguntaba cada vez que nos veíamos si necesitaba dinero. Supongo que mi imagen con el pelo largo no daba mucha confianza. Yo le decía que no, que dinero tenía, que ganaba lo suficiente, que lo que necesitaba era el empujón final y, sobre todo, publicar fuera de España.

Un día, un par de años después del Nobel a García Márquez, me dijo dos cosas que me hicieron ver que era mejor separarnos. A ella acababan de operarla de una pierna (creo recordar) y estaba algo deprimida. Me dijo, ante mi insistencia, que era imposible publicar fuera, y que «ojalá tuviera veinte años más de carrera como agente, para coger a un tipo como yo, trabajarlo y llevarlo a lo más alto». Hoy Carmen sigue viva y activa, pero en 1984 o 1985 (no tengo claro el momento) eso me hizo polvo. Si no podía publicar fuera, ni creía tener veinte años de vida para conducir mis pasos... ¿qué nos quedaba?

En 1984 no publiqué nada y sufrí la conmoción de *El plan Stalin*. Mi primer y único año a cero. En 1985 publiqué solo dos libros. Carmen únicamente logró vender dos novelas más en ese tiempo: *Sencillamente amor* a Martínez Roca y *¿Por Dios o por Alá, mi señor?* a Planeta. Las dos publicadas en 1983. Era maravillosa, pero...

Escribí muchos libros que regalaron las revistas de Mariano, siempre en el anonimato; muchos artículos que jamás firmé; escribía culebrones lacrimógenos y hasta eróticos; viajaba... Todo parecía perfecto porque me pasaba el día escribiendo, tenía a la más famosa agente y en su casa me codeaba con Vargas Llosa, Bryce Echenique, Juan Marsé, Vázquez Montalbán y muchos más. Pero me encontraba en un punto muerto en lo literario, pese a escribir sin parar, casi de vuelta al estrellato rock al que había renunciado en 1976. Afortunadamente escribí ... *en un lugar llamado Tierra* en 1982 y eso fue decisivo, pese al descalabro de *El plan Stalin*, como lo fue dejar amigablemente a Carmen Balcells y volver a enfocar mi vida a partir de 1985.



51

**... EN UN LUGAR
LLAMADO TIERRA /
... EN UN LLOC
ANOMENAT TERRA /
TRILOGÍA DE LAS TIERRAS**

Escrito → 7-30 de julio de 1982

Publicado → mayo de 1983

por Ediciones SM;

abril de 1990 por Cruïlla,

y en noviembre de 2008,

junto a Regreso a un lugar

llamado Tierra y El testamento

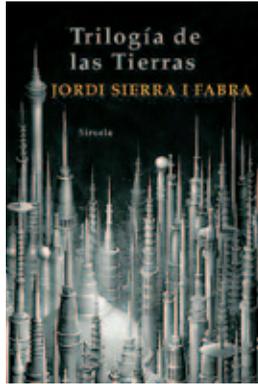
de un lugar llamado Tierra,

en un solo volumen,

Trilogía de las Tierras,

por Siruela

El 5 de julio de 1982 meditaba en la piscina de mi casa de Vallirana, como lo he hecho siempre en los meses de verano desde 1980, de la una a las tres de la tarde, tomando el sol sobre una colchoneta en el agua. Hacía un calor tórrido, excesivo para la época, y el riesgo de incendios nos hacía estar alerta. Vivir en lo alto de una montaña, en mitad de un bosque, comporta riesgos. En medio de un silencio solo roto de vez en cuando por los gritos de mis hijos y los de los vecinos, recordé de pronto una frase escrita en una de las muchas libretas en las que anoto mis ideas. Aquella frase, apuntada quizás años atrás, imposible de saber el momento exacto, decía «Asesinato hombre mata máquina. Estudiar tema».



Entonces tuve la visión. Imaginé la primera escena del libro: una nave, el espacio, una luz... que de pronto se apaga. Y en la nave, únicamente, una máquina y un hombre. Al llegar a la base, la máquina está muerta y el hombre es acusado de asesinato, algo que él niega porque estaba hibernando. Puesto que las máquinas, según las leyes robóticas, no pueden atentar contra sí mismas, ¿qué ocurrió en el espacio?

La visión de este inicio fue tan poderosa, tanto, que me incorporé temblando y me quedé sentado en la colchoneta mirando el inmenso bosque de espeso y cerrado verdor que envolvía mi casa. Y entonces, como en un vómito celestial que se abatió sobre mi cerebro, vi la obra entera, una película que pasó a cámara rápida por mi mente, un volcán apasionado de momentos, escenas, sentimientos, ideas, personajes... Una obra tan densa, tan peculiar, que obviamente no podía caber en un solo libro, sino en tres.

Aquel día de fiebres creativas fue una luz, lo mismo que el siguiente. Dos días después de mi explosión mental, el 7 de julio, mientras escribía algo parecido a un guion (como siempre, a mano, por la mañana), inicié la redacción de ... *en un lugar llamado Tierra* con mi máquina de escribir Olivetti. El 30 de julio,

la novela estaba terminada, con su impactante final. Lo que me invadía era algo más que la fiebre de todo creador ante uno de sus momentos más o menos gloriosos. Desde el primer instante supe que esa era una obra especial. Y, por ser especial, la presenté al Premio Gran Angular de Ediciones SM que ya había ganado dos años antes, a modo de reto. Ganar un premio dos veces en tres años me pareció lo bastante provocador para una novela de anticipación, porque, de alguna forma, yo no la sentí como una obra de ciencia ficción en esos días. ¿Era una novela juvenil? No. Pero tampoco lo era *El cazador*, y con ella había ganado el Gran Angular por primera vez. Así que, en febrero de 1983, para sorpresa de muchos, repetí premio y el libro se publicó en mayo.

Entonces, Montserrat Sarto, una de las grandes expertas de la literatura infantil y juvenil en España, se me acercó y me dijo una hermosa pero lapidaria frase: «Algún día, cuando mueras, esta será una de las tres obras tuyas que pasarán a la historia contigo».

Era un halago, sí, y se lo agradecí porque significaba mucho, y más viniendo de ella, pero a mí me entristeció. Pensé: «Si a mis treinta y cinco años (los cumplí el 26 de julio de 1982, en plena escritura) ya he escrito una de mis tres obras maestras... solo me quedan dos».

Parecerá una tontería, pero aquello me marcó durante meses. Yo empezaba a ser reconocido como autor de literatura infantil y juvenil en ese tiempo, y tener un éxito así significaba empezar la casa por el tejado. Por

esta razón, además, pensé que era absurdo continuar con la trilogía. ¿Cómo iba a superar la segunda parte a la primera? Y no digamos ya la tercera, que era la más aventurera. Así que, en verano de 1983, no retomé el trabajo, ni tampoco lo hice en 1984.

A comienzos de 1985, superada la sentencia emocional de Montserrat Sarto, cogí el guion previo de *Regreso a un lugar llamado Tierra*, recuperé la fiebre que me empujó a crear la primera parte y acepté el reto. La escribí entre el 19 y el 26 de abril y, para mí, esta es la mejor de las tres, porque es la reflexión entre el misterio de la primera y la aventura de la tercera. Ya lanzado, escribí *El testamento de un lugar llamado Tierra* entre el 29 de octubre y el 7 de noviembre del mismo 1985, prácticamente a continuación de haber escrito otro de mis futuros *best sellers*: *El joven Lennon*. Para entonces, ... en un lugar llamado Tierra ya llevaba varias ediciones y era libro de referencia y debate en escuelas de toda España. La segunda parte de la trilogía se publicó en abril de 1986, y la tercera, en febrero de 1987. Un tiempo después, Ediciones SM las presentó las tres juntas en una caja con el título *El ciclo de las Tierras*. Hablaré de ellas de nuevo en su momento.

... en un lugar llamado Tierra era una obra de anticipación más que de ciencia ficción. Yo suelo hablar de humanismo al referirme a mis novelas en las que siempre aparece en primer término la relación hombre-máquina en el futuro. Crear el mundo de ... en un lugar llamado Tierra fue excitante. Imagi-

name las nuevas leyes, el sistema de vida, todo resultó maravilloso. Llamé al protagonista de la novela Hal en honor al cerebro que rige la nave de 2001, *una odisea del espacio*. Saber que en España, en aquellos días, no había nada parecido me hizo feliz. La novela fue un hito y marcó un punto y aparte en este tipo de narrativa. Las ventas convirtieron al libro en el segundo más vendido de ciencia ficción en el país, por detrás del *Mecanoscrito del segundo origen* de Manuel de Pedrolo (que no me parece ciencia ficción, todo sea dicho). Durante años, el director de cine y teatro Ricard Reguant estuvo empeñado en llevarla al cine o hacer una serie de televisión. No lo consiguió. No había medios en España ni la tecnología adecuada en materia de efectos especiales, y mucho menos dinero para algo así. Pero dejó para la historia (al menos, mi historia), un comentario que siempre me ha emocionado: «En 1982 se hicieron las dos mejores obras de ciencia ficción, *Blade runner* en cine y ... en un lugar llamado Tierra en literatura». Teniendo en cuenta que esa es mi película favorita, la frase de Reguant es sorprendente.

Veinticinco años después, cuando Ediciones SM descatalogó las tres novelas, Siruela las publicó juntas, en un solo volumen, como *Trilogía de las Tierras*.



HISTORIA DE LA MÚSICA ROCK, VOLS. 1 Y 6

Escrito → fascículos, otoño-invierno de 1982 (vol. 1) y primavera de 1983 (vol. 6)
Publicado → libro, junio de 1983 (Historia de la música rock, vol. 1. El rock and roll, 1954-1962) y noviembre de 1983 (Historia de la música rock, vol. 6. Nuevas tendencias, 1978-1983), por Ediciones Orbis

Los dos últimos volúmenes de mi magna obra los escribí espaciados, uno después del verano de 1982, y otro ya en primavera de 1983. En medio, mi actividad como *freelance* y los libros con seudónimo, el cambio de casa, trabajar a destajo para pagarla... Cuando terminé el fascículo número cien, me juré no acometer nunca más una obra parecida. Año y medio entre el fascículo uno y el cien; dos años (cien semanas) para publicarse. Estaba cansado de fascículos, biografías, datos... Bueno, era un iluso, pero los buenos deseos están para eso, para que dejen de serlo si las circunstancias lo exigen o uno sigue estando loco por experimentar nuevas cosas.

Diez años después, volvería a caer en la trampa.



54

¿POR DIOS O POR ALÁ, MI SEÑOR?

Escrito → 6-15, 18-22, 30-31 de mayo y 1-2 de junio de 1983

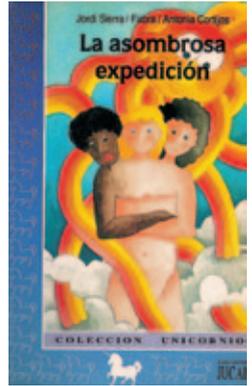
Publicado → noviembre de 1983 por Planeta

Otra gran novela. En este caso, incluso, presenté una sinopsis previa a Carmen Balcells, que la llevó a Planeta, y ellos aprobaron el libro antes de escribirlo. Fui sobre seguro. Después de *En Canarias se ha puesto el sol*, otro tema candente en la España de aquellos días era Ceuta y Melilla. El rey de Marruecos, cada vez que podía, arremetía contra la españolidad de las dos plazas en el norte de África. También se hablaba, y mucho, de que iba a crearse el Gran Magreb, una alianza de todos los países árabes de la zona. Así que me inventé una novela de política ficción con todos los ingredientes de las buenas novelas de suspense y, según mi estilo, con muchos personajes y una acción trepidante desarrollada en pocos días y, al final, en pocas horas.

La trama era compleja: los ingleses nos devolvían Gibraltar y, al desmantelar el arsenal nuclear de la roca, se les caía un artefacto al mar. Mientras ellos trataban de recuperarlo o desmantelarlo a toda prisa bajo las aguas, en Marruecos se producía un golpe de Estado y el general rebelde, tras matar al rey Hassan II y para

aglutinar al país, amenazaba con atacar Ceuta y Melilla. Vientos de guerra. Había de todo: personajes reales e imaginarios, gobierno, espías, embajadores, presidentes de otros países, la KGB, la ONU, los independentistas de Melilla, el Frente Polisario, un pescador torturado, un rico comerciante intriguando, su sirviente, una prostituta lista, el heredero del trono de Marruecos escondido... y la guinda: España había entregado una corbeta a Marruecos y había que hundirla con el general rebelde dentro (hasta conseguí los planos del barco). El final era delirante: cuando Marruecos atacaba y la guerra era imparable, la bomba del mar de Alborán explotaba y destruía todo.

En 1983 estos temas tenían salida, y a mí me encantaba escribirlos. Los guiones previos me exigían mucho, pero los disfrutaba. Curiosamente, no tengo anotado dónde hice el guion de esta novela, pero tuvo que ser en enero o febrero en Cadaqués. Luego me encerré en Vallirana para escribir el texto, que se publicó en noviembre, aunque no en una colección de tapa dura, sino en la más comercial de Planeta, Fábula, donde pasó sin pena ni gloria. Creo que no acerté con el título. Quise que tuviera siete palabras. Mi foto de la contraportada, lo mismo que la de *En Canarias se ha puesto el sol*, la tomé de una que tenía junto a Frank Zappa. Llevo el pelo largo, un collar hippie, camisa india y chaleco tejano. Estoy riendo. En la galería de autores de Planeta (sobre todo la de los premios y los premiados) yo era algo así como un molesto extraño entre tanto señor serio y con bigote.



55

LA ASOMBROSA EXPEDICIÓN

Escrito → 30 de agosto - 2 de septiembre de 1983

Publicado → junio de 1988 por Júcar

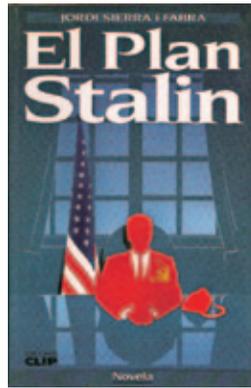
El verano de 1983 no fue muy productivo a nivel literario. Entre mis trabajos periodísticos y las obras de mi nueva casa (más el muy traumático divorcio de mis vecinos de Vallirana, a los que había dedicado ... *en un lugar llamado Tierra* apenas unos meses antes), no pude hacer nada más. Solo al final escribí este libro infantil.

Pese a que nadie quiso publicarme *Las extrañas e increíbles aventuras de Ikhaton, Thasis y Menkissar, de la Nada a la Eternidad en busca del sol perfecto*, yo insistí con el personaje, ese ser extraordinario con tres cabezas. Al menos, este libro sí lo publiqué, aunque al cabo de cinco años. Un famoso escritor de cuentos infantiles se deprimía, triste al morir su hijo, y decidía no volver a escribir. Cientos de personajes e historias quedaban atrapados en su mente. El Mundo de la Fantasía enviaba al Guardián para rescatarlos y allí, en la mente del escritor, tenía lugar el asombroso rescate. Al final, como de la memoria del escritor también se llevaban el recuerdo de su hijo y este, al despertar, lo reconocía, aceptaba seguir escribiendo sus maravillosas narra-

ciones. Años después, en 2002, reescribí el libro, con Hércules, Bella y Peter Pan de protagonistas (véase el n.º 276, *La gran aventura*).



El plan Stalin lo cambió todo, no por su éxito, sino por lo mucho que sufrí y tuve que hacer para publicarlo...



EL PLAN STALIN

Guión previo → octubre de 1980

Escrito → 7-11, 13-18, 21-25
y 30 de noviembre de 1983

Publicado → noviembre de 1988
por Ediciones Clip

Llegamos al libro que lo cambió todo, no por su éxito, sino por lo mucho que sufrí y tuve que hacer para publicarlo... sin que, de cualquier forma, sucediera nada.

El plan Stalin fue otra novela de suspense, de política ficción y anticipación, ya que se desarrollaba en los años noventa. Solo documentarme me llevó más de tres años. Me empapé de libros escritos por el expresidente Nixon, de política americana, de corresponsales hispanos en Estados Unidos, datos y más datos... Y no solo eso: me fui un mes allí, todo octubre de 1980, para seguir la campaña electoral del entonces presidente Carter y el candidato Ronald Reagan. Hice ese viaje con Carlos Sanmartín, por aquellos días jefe de promoción de una discográfica en España, amigo del alma y padrino de mi hijo Dani. Pese a tener los dos más de treinta años, también fue uno de esos viajes iniciáticos que no pudimos hacer de jóvenes. Estuvimos recorriendo el país (Nueva York, San Francisco, Los Ángeles, Las Vegas, Miami, etcétera) mientras iba pensando el guion de la novela.

La idea era la siguiente: en vida y nada más acabar la Segunda Guerra Mundial, Stalin tenía ya un plan para apoderarse de Estados Unidos desde dentro. Para ello, enviaba a cien parejas a vivir por todo el país (dos parejas por estado) con la misión de tener hijos y prepararlos para el asalto. Con dinero para que cada familia fuera pudiente, un enjambre de candidatos a la presidencia crecía en las sombras, hasta llegar al momento del asalto final. Entonces, un periodista era el encargado de escribir la biografía de un prometedor aspirante y, poco a poco, a medida que investigaba, iba descubriendo los entresijos de la conspiración. La trama (bien construida, sin cabos sueltos, porque la documentación era exhaustiva), incluía una vez más a espías de la CIA, del KGB, altas esferas de Washington, dinero, poder... hasta llegar a un final explosivo en el que el periodista tenía que matar al ya presidente antes de que este entregara el poder a los rusos. Como siempre me sucedía, me dijeron que esto era una película, y que era una pena que yo no me llamase George Percival Green Saw y fuera estadounidense.

Ocurrieron muchas cosas con este libro. De entrada, Carmen Balcells lo llevó a las corresponsales editoriales y Bruguera mostró interés. Un día, Carmen me dijo que fuera a firmar el contrato a la editorial. Acudí, pero lo que me encontré allí fue todo lo contrario: me pusieron el original en las manos y me dijeron que no, que era un error, que no iban a publicarlo. Más o menos igual que con *La visita del átomo*, pero más grave. Aquel día toqué

fondo. Llegué a casa, le di una patada al libro, que voló por los aires como un pájaro herido, y me eché a llorar mientras le gritaba a Antonia: «¿Qué hago con mi carrera?». No soy de lágrima fácil, me cuesta horrores llorar, pero ese día me hundí. No recuerdo la fecha, solo que era primavera de 1984.

Cuando se toca fondo, solo quedan dos caminos: quedarte ahí o empezar a trepar por las paredes del pozo, aun sabiendo que es un largo camino.

No me rendí. Mientras empezaba a ver de qué manera orientaba mi futuro como escritor, hablé con Francisco Gratacós, otro buen amigo. Paco era distribuidor de cine en España; un lince, hasta que se arruinó con la película *Silkwood*. Luego creó Luk Internacional y recuperó su lugar.

Paco era fan de *El plan Stalin*. Decidí que teníamos que ir a Hollywood a venderla y, entre el 27 de junio y el 10 de julio de 1984, convertí la novela en un guion de cine. Era mi primera experiencia en este campo, así que transcribí literalmente la obra. Él pagó la traducción al inglés, buscó un abogado y un representante en Los Ángeles y, en marzo de 1985, nos fuimos allí, al American Film Market. Recuerdo que eran los días en que el dólar estaba más alto al cambio con relación a la peseta, así que me gasté una fortuna. Me di de alta en el Writers Guild of America (la asociación de guionistas estadounidenses) y asistimos a las citas ya concertadas con las *majors* de Hollywood, que ya tenían o habían leído el guion del proyecto.

De entrada, lo que me sorprendió fue que nos recibieran auténticos prohombres de la industria, jefes de estudio o de proyectos. Como el responsable de PSO (Producers Sales Organization, entonces muy poderoso) era hispano, le pregunté a qué se debía ese honor, y su respuesta me dejó sorprendido: «Es que imaginamos que usted, con su curriculum, es un escritor muy importante en España». En el país donde hay especialistas para todo, y el que escribe novela policiaca solo escribe novela policiaca, y el que se dedica a la ciencia ficción no se sale de eso, asombraba que un tipo de treinta y siete años tuviera premios en varias categorías y hubiera publicado ya tantos libros. Una vez aclarado esto... lo que ocurrió aquellos días fue delirante (amén de invitarme, incluso, a ver rodajes con grandes estrellas o a fiestas «made in Hollywood»). Una compañía me dijo que no podían producir la película porque era anti-Reagan: «Usted plantea unos Estados Unidos caóticos en la siguiente década, lo cual presupone que ahora nuestro presidente lo hace mal, y nuestro presidente lo está haciendo muy bien». Al final, fue la ABC la que se quedó una opción de dos años para hacer una serie. Resultó que mi guion, desmesurado, necesitaba cuatro horas de metraje. Por supuesto, pasaron los dos años y no sucedió nada.

El plan Stalin fue la guinda del pastel. Caí entonces en la trampa de pensar que tenía que publicarme yo los libros y le propuse a Mariano Nadal crear una editorial, al 50% en todo. Ediciones Clip nació en 1988 (seis mi-

llones de pesetas pusimos cada uno) y el primer libro que se publicó fue *El plan Stalin*, que dediqué a Francisco Gratacós. La editorial funcionó unos años y murió sin más. Ni yo era editor ni Mariano, pese a su imperio editorial, logró pasar de ser el número uno en el mundo de las revistas a ser uno más en el mundo de los libros. Vi publicada la novela, eso sí, con una espléndida portada de Toni Dalmau, y aún hoy recuerdo todo aquello con felicidad, pese a las frustraciones por publicarla. Sirvió para que me diera cuenta de lo que tenía que hacer, cuándo, dónde y cómo.



Sirvió para que me diera cuenta de lo que tenía que hacer, cuándo, dónde y cómo.





57

EL ÚLTIMO VERANO MIWOK

Escrito → 27 de marzo - 1 de abril,
4, 7, 8, 10, 11 y 14-20 de abril de 1984
Publicado → octubre de 1987
por Ediciones SM; reeditado en junio
de 2009 por Algar

Desconcertado, sin saber qué escribir, pasé unos meses terribles. No tenía ni siquiera ideas. Mis libretas con anotaciones aparecían vacías. Nada despertaba mi interés literario. No quería hacer ya más novelas de suspense internacionales. Así hasta que un día, leyendo *La Vanguardia*, encontré una pequeña noticia: un indio llamado Swift Turtle (Tortuga Veloz), de la tribu miwok, se había crucificado a sí mismo en protesta porque se pretendía construir un edificio en un viejo cementerio de cinco mil años de antigüedad. Una historia perfecta.

No tenía ni idea de quiénes eran los miwok, solo conocía a las tribus de las películas: sioux, cheyenes, pies negros y demás. Tardé mucho en dar con ello, aun con la ayuda de Antonia. Resultó que ellos ya estaban en California antes de que llegase Hollywood, y que eran un pueblo asombroso. Cuanto más leía acerca de sus costumbres y, sobre todo, leyendas, más me apasionaba el tema. De ahí que, en la novela, el protagonista experimente en un momento dado mis mismas sen-

saciones de cariño hacia ellos. Además, Tortuga Veloz era una leyenda entre los *shucking shaman* (chupadores) de la tribu miwok; curaban así los males de la gente, chupando sobre la zona afectada, un poder ancestral que viene de su pasado. Yo uní todo esto, y la realidad de ese cementerio, con las leyendas miwok y la historia de un chico, hijo de un famoso escritor, que viaja a Estados Unidos después de diez años sin ver a su padre para estar con él. No sabe que el padre se muere de cáncer y es su último verano. Allí conoce a una chica de la que se enamora y a Swift Turtle, con el que comparte su lucha.

Escribí el guion del libro en Queralbs, un pueblo de Cataluña, pero no tengo anotadas las fechas. Solo sé que hacía frío. Después mandé el manuscrito a SM. Por aquellos días ya estaba en la casa Emilio Ortega, al que tantos debemos tanto. Era un hombre prodigioso que nunca dormía. Le mandabas un libro hoy y te llamaba al día siguiente para decirte algo porque ya lo había devorado. Fue él quien me dijo (e insistió en vida hasta que

murió) que era lo mejor que había escrito. Fue un fan de esa novela, por eso se la dediqué a él y a Manuel Barbadillo, que era el jefe. Y si tardó tres años en aparecer fue porque antes quisimos publicar la segunda y la tercera parte de mi trilogía galáctica, ambas escritas después.

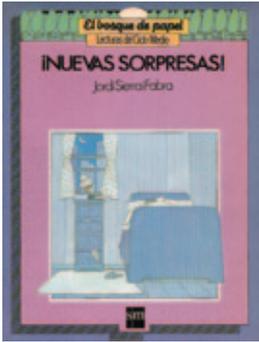
Después de ganar dos veces el Premio Gran Angular, alguien me retó a ganarlo por tercera vez y me presenté con *El último verano miwok*. Quedó en segundo lugar. Hubiera sido excesivo ganar tres veces en cinco años.

Cuando el libro fue descatalogado por SM, Algar me lo pidió enseguida y lo publicó en 2009.



*Desconcertado,
sin saber qué
escribir, pasé unos
meses terribles.
No tenía ni siquiera
ideas. Mis libretas
con anotaciones
aparecían vacías.*





58

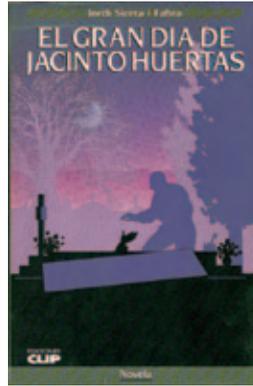
NUEVAS SORPRESAS

Escrito → 12-22 de julio de 1984

Publicado → mayo de 1985
por Ediciones SM

~~~~~

No iba a dejar de escribir para adultos, pero con SM abriéndome sus puertas (lo cual facilitaba un cauce de creatividad diferente y asombroso) y la crisis por la que estaba atravesando, ponerme a escribir cuentos infantiles fue un descanso mental, refrescante y plácido. Carmen Balcells era solo mi agente para lo adulto, no intervenía en lo musical ni en la literatura infantil y juvenil. Escribí otro puñado de cuentos, aproveché algunos de los diez sobrantes de *¡Sorpresas!* y completé otro libro que superó los cien mil ejemplares en los años siguientes. Uno de los cuentos, «Plot, el robot», era de mi hijo Daniel. Le pedí permiso para adaptarlo y me lo dio. Como en el anterior, algunos de los cuentos los reescribí después, convirtiéndolos en novelas largas o agrupándolos en otros libros (*La ciudad que aprendió a sonreír*, *Cuentos imposibles*, *Cuentos para niños que creen en marcianos*, etcétera). «La casa vieja» se editó como álbum ilustrado. Por su parte, «El vecino misterioso» dio pie a *El extraordinario Félix Feliz*.



59

### EL GRAN DÍA DE JACINTO HUERTAS

Guion previo → 1-3 y 10-11 de noviembre de 1984

Escrito → 14-23 y 26-30 de noviembre de 1984  
Publicado → junio de 1989  
por Ediciones Clip

~~~~~

Cuando murió mi tía Teresa, la hermanastra de mi padre, en el hospital me hablaron de un necrófilo que iba a todos los entierros, se metía en todas las capillas, les lloraba a todos los muertos y, si podía, les robaba algo como recuerdo. El personaje me interesó y tuve la idea de esta novela el 22 de octubre de 1984. Un necrófilo abre un ataúd enterrado horas antes y encuentra vivo al muerto que contiene. Catalepsia. Desde este momento, y haciéndose pasar por policía, inspector de Hacienda, detective, médico, abogado y otros oficios, entrevista a la familia en busca de un posible asesino y acaba poniéndolos a todos en guardia. La idea era original, policiaca pero curiosa, y, por supuesto, tenía un desenlace estupefaciente. El lector descubría a la mitad que el desenterrado estaba en casa del protagonista, pero loco, de ahí que el tipo indagara a ciegas. Y, al final, volvía a morir accidentalmente y el necrófilo lo volvía a enterrar justo cuando alguien decidía exhu-

marlo por el asunto de la herencia. Raro pero novelesco.

Antonia y yo estábamos en Mallorca, la primera de mi colección de islas refugio para pensar, cuando descubrimos un hotelito paradisiaco en Pollensa: el hotel Sis Pins. Tenía realmente seis pinos. Allí escribí el guion definitivo los días 10 y 11 de noviembre. Me di cuenta de que ese era el mejor proceso que podía existir para trabajar: redactar los guiones lejos y los libros en casa, Barcelona o Vallirana. Mi afición por las islas comenzó entonces.

No entregué este libro a Carmen Balcells. Lo guardé. Y se publicó en mi editorial cuatro años y medio después sin la menor repercusión.

👉

Uno de los cuentos, «Plot, el robot», era de mi hijo Daniel. Le pedí permiso para adaptarlo y me lo dio.



Para redondear la sensación de crisis de 1984, me enteré de la verdad sobre mi padre. La muerte de mi tía Teresa hizo que entrara en su casa (de hecho, la casa de mi abuela y el lugar en el que yo había nacido y pasado los primeros siete años de mi vida) para recoger fotos y recuerdos. Entonces encontré datos de mi abuelo Valeriano (que llevaba el mismo nombre que mi padre), una única foto, recorte de un periódico, en la que se le imponía una alta condecoración de tiempos de Franco; supe que había muerto cinco años después que mi padre, y pude hilvanar un poco la historia de mi familia. Pero la certeza final y los detalles (que tenía tres tíos y tías, y ocho primos desconocidos) me los facilitó uno de esos primos.

Josep Herrero, director de Cruïlla, me habló de que su vecino se jactaba de ser primo mío. Yo le dije que mis tres primos, Antonio, Francisco y Jaime, hermanos, no vivían donde vivía él. Insistió, y una noche fui a cenar con ese presunto primo. Era real. Él me contó todo. Incluso me dijo que podía reclamar cierto título nobiliario por ser el hijo mayor del hijo mayor, y que una de mis tías me despreciaba por ser hijo de su hermano bastardo. Había prohibido a sus hijos y sobrinos que se pusieran en contacto conmigo para que yo no reclamara herencias. Menos mal que alguien le dijo que no necesitaba reclamar nada. Tampoco lo hubiera hecho. He sido el escritor que ninguno de ellos pudo ser. En la vida, todo lo que no se gane uno mismo... Pero fue así como seguí sin saber nada de una familia a la que jamás he cono-

cido. Descubrir todo esto no me hizo daño; al contrario, casi me alivió porque entendí las razones por las que mi padre fue como fue. Pero sentí dolor por él, porque le fastidiaron la vida, y luego la guerra y su hijo escritor lo remataron. Jamás los he buscado, no pienso en venganzas, mis tíos deben de estar muertos. En paz descansen.

Iba a llegar 1985, el año de la reconversión. Mi viaje de marzo a Hollywood me ayudó a reflexionar y tomar mis decisiones, a elegir el camino que debía seguir. Por eso a mi regreso de Estados Unidos me lancé a tumba abierta y escribí nueve libros en diez meses, al menos cuatro de ellos emblemáticos, y casi todos en Vallirana, donde vivía de mayo a septiembre sin viajar porque bastante me movía dictando conferencias por España de octubre a mayo con SM. En una cena en mi casa con Carlos Pujol, director de Planeta con el que había trabado amistad a raíz del Ateneo de Sevilla, le dije que en diez años yo sería uno de los mejores escritores de literatura infantil y juvenil (y eso que no creo en las etiquetas) de España.

Sabía que no hablaba por hablar. Diez años después, me lo dijo él a mí.